

HANNAH HOWE

UN MISTERIO DE SAM SMITH

AMOR &

BALAS



LA SERIE DE LIBROS MÁS VENDIDA
EN AMAZON A NIVEL INTERNACIONAL

Amor & Balas

Hannah Howe

Traducido por Laura V. Narváez

“Amor & Balas”

Escrito por Hannah Howe

Copyright © 2019 Hannah Howe

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Laura V. Narváez

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenido

[Título](#)

[Derechos de Autor](#)

[Amor & Balas \(Los Misterios de Sam Smith\)](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#) |

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#) |

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#) |

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#) |

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

AMOR & BALAS

AMOR & BALAS

Hannah Howe

Goylake Editores

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares, es totalmente coincidental.

Para mi familia, con amor.

Capítulo Uno

Había pasado una semana desde el incidente de la cantera, desde que disparé y maté a una persona, desde que mi exesposo fue asesinado. Fue una semana muy emotiva.

Por suerte, había estado por fuera de mi oficina por cuatro días, trabajando como «invitada misteriosa» en un hotel lujoso. El trabajo como invitada misteriosa es mundano e involucra muchas noches en vela, pero por lo menos estos últimos cuatro días han sido una distracción de todo el revuelo mediático alrededor del tiroteo en la cantera.

Colgué mi abrigo en el perchero y me dirigí a mi escritorio para encender mi máquina contestadora, que estaba abarrotada de mensajes. Unos eran de tipos que querían contratarme para dispararle a sus esposas, otros de personas que me felicitaban por mis acciones y varios de ciudadanos indignados porque había «tomado justicia por mano propia». Es un país libre, o eso nos gusta creer, y todos opinan diferente. Sin embargo, ninguna de estas personas estuvo al tanto de los hechos, es decir, que descubrí un cuarto de juegos perversos para los ricos y famosos donde personas jóvenes y discapacitadas eran ofrecidas para la prostitución. La señorita Fiona Grimsley, conocida como la señorita Diamante, la principal sospechosa en todo este embrollo, se había enterado de mis investigaciones y me había llevado a la cantera para asesinarme. Estando ahí, mató a Dan, periodista y mi exesposo, y estuvo a punto de matarme pero pude dispararle primero en la cabeza. Fue en defensa personal y los testigos respaldaron mi versión. Sin embargo, y a pesar de las evidencias, las personas siempre formarán sus propias opiniones basadas en sus prejuicios, así que para algunos yo era una heroína pero para otros era una princesa de las tinieblas.

Apagué la máquina y revisé mi correo. Como siempre, mi correo consistía en facturas y basura, las cuales deposité en sus respectivas bandejas. Me encontré con un rostro en la ventana, un rostro felino, maullando. Sonriendo, abrí la ventana y saludé a Marlowe.

Acaricié al gato y este ronroneó, frotando su cabeza contra el dorso de mi mano.

—¿Me extrañaste? —le pregunté y él maulló. Marlowe era un gato muy hablador, cariñoso e independiente. También tenía aspecto malvado y andrajoso por sus múltiples peleas callejeras. Marlowe me adoptó hace tres meses y hemos sido amigos desde entonces. De hecho, él era uno de los pocos elementos estables en mi vida.

Mientras lo seguía acariciando, miré por la ventana hacia el techo de un cobertizo de planta baja, el punto de acceso de Marlowe; luego, a una calle llena de basura, con casas victorianas a medio caer. Mi oficina estaba situada en Butetown, Cardiff, cerca de los muelles. La verdad era que todas mis vecinas eran prostitutas, lo que indicaba que este no era el distrito más sano, pero era todo lo que podía pagar.

Vi un hombre de pie junto a un poste de luz, mirándome. Llevaba una cámara alrededor de su cuello y parecía estar esperando para poder tomarme una foto. Suspiré y me alejé de la ventana. Aunque amaba mi trabajo como investigadora privada, odiaba la atención de los medios. De hecho, era una persona muy reservada y detestaba cualquier clase de atenciones.

Atravesé la oficina, caminando por el piso desnudo (algún día compraré una alfombra) hacia el lavabo. Debajo del lavabo guardaba comida para gatos. Marlowe ronroneaba con fuerza mientras yo abría la lata de comida, frotándose contra mis piernas.

—Toma —le puse un plato de pavo con salsa en el suelo. *¿Por qué la comida para gatos no viene con sabor a ratón?* Arrugué la nariz con asco, una reacción natural en una vegetariana —. Cómete esto y si algún reportero viene a tocar la puerta, tienes mi permiso para comerlos también.

Tan pronto como me erguí de nuevo para lavar la cuchara en el lavabo, escuché un golpe en la puerta, seguido de los pies de policía del detective inspector MacArthur entrando en la oficina.

—¿Quieres contratarme? —pregunté con amabilidad. Era una pregunta innecesaria, hecha por el hábito y la desesperación.

—¿Quieres uno? —preguntó «Dulces», ofreciéndome un caramelo. Me negué con cortesía. Él se lo comió y se acomodó en la silla de los clientes. Dulces medía unos seis pies de alto, tenía una enorme barriga y el cabello salpicado de canas. Sus ojos azules eran juguetones y su piel blanca estaba llena de pecas. Había un gran espacio entre sus dientes frontales. Estaba

bastante consiente de su calvicie y por eso llevaba siempre un sombrero de terciopelo, junto con su gabardina de detective.

Dulces se llevó las manos por detrás de la cabeza y habló:

—Un director de compañía está entrevistando candidatos para una posición importante y decide seleccionar el individuo que pueda responder a la pregunta: «¿Cuánto es dos más dos?» el primer candidato es un ingeniero. Sacó una regla de cálculo e indicó que la respuesta es cuatro. El segundo candidato es un abogado. Argumenta que en el caso de hombre versus hombre en la corte, se comprobó que dos más dos es cuatro. El candidato final es un contador. Cuando se le preguntó cuánto es dos más dos, el contador se desliza de su silla, mira debajo del escritorio, repasa la habitación, buscando micrófonos escondidos y se asegura de que nadie escuche desde afuera. Luego, dijo: «¿tenía un número particular en mente?»

Me reí y me alisé la parte de atrás de mi falda para sentarme detrás del escritorio.

—¿Estas tratando de hacerme sentir mejor, o estás aquí por otra razón?

—La señorita Fiona Grimsley —replicó Dulces con solemnidad—. Le disparaste.

—Ya lo sé.

—Cuatro veces.

—Como dije en mi declaración...

—Tu dedo se atascó en el gatillo —dijo Dulces, mirándome con desconfianza. Se acomodó el sombrero y silbó—. Dos, es entendible. Una en defensa propia y la otra para confirmar. Pero tres y cuatro...

—Tal vez me superó la emoción del momento.

Dulces asintió con la cabeza. Me dirigió una sonrisa mezclada con una mueca.

—Eres una chica emocional, Sam.

Sentí que mis mejillas se encendían. Me incliné hacia adelante, poniendo mis manos sobre el escritorio y miré a Dulces con enojo. Abrí mucho los ojos, mostrando mi indignación.

—¿Estás diciendo que estoy loca?

—Cielos... —Dulces se quitó el sombrero y lo lanzó hacia mi escritorio. Se pasó los dedos entre el poco cabello que tenía, revelando un brazalete de cobre en su muñeca derecha —. Ahí vas de nuevo, gritándole a la gente que solo quiere ayudarte. Arremetes contra el que diga algo negativo sobre ti. Te lo tomas muy a pecho. Estoy aquí para ayudarte, ¿entiendes?

Mis mejillas seguían rojas, ahora con vergüenza en lugar de indignación. Agaché la cabeza y mi cabello castaño cayó sobre mis ojos.

—Lo siento, Dulces —murmuré—, ha sido una semana difícil.

—Seguro —dijo Dulces con un suspiro. Recogió el sombrero, de las garras de un curioso Marlowe, quien después de su desayuno buscaba un lugar adecuado sobre mi escritorio par lamer sus partes privadas. Dulces miró al gato con recelo y prosiguió—: Los testigos apoyan tu declaración. Le disparaste a esa perra en defensa propia. La evidencia que proporcionaste prueba que ella manejaba un burdel para los ricos y famosos explotando adultos vulnerables y menores. El mundo es un lugar mejor sin ella y todos en la oficina te aplauden por lo que hiciste, pero...

—Cuatro balas.

Dulces retiró los pelos de gato de su sombrero y lo giró entre sus dedos mientras sus pensativos ojos azules buscaban los míos—. Tienes problemas, Sam. Problemas emocionales. Necesitas solucionarlos. Lo digo como alguien que se preocupa por ti.

—¿Piensas que soy violenta?

Se encogió de hombros, frunciendo los labios.

—No lo sé, pero sí sé que has visto mucha violencia en tu vida.

—He sido la victima de la violencia. No soy una persona violenta —respondí a la defensiva.

—Sé que has sufrido. Sé que eres una buena chica. Pero para mantenerte así debemos justificar las balas tres y cuatro.

Asentí, pensando en el incidente de la cantera y recordé cuando vi el cañón cargado de un arma.

—Ella aún estaba viva después de las dos primeras balas. Tenía su arma en la mano. Su dedo estaba en el gatillo, iba a dispararme.

Dulces sonrió, era una sonrisa real. Se puso el sombrero y le dio un golpecito con su dedo.

—Eso es lo que pondré en mi reporte. Necesitaremos más evidencia de tu parte, pero no habrá más críticas, me encargaré de ello.

—Gracias, Dulces —sonreí con recato—. Eres muy bueno conmigo.

—Sí, pues... debe ser penitencia por mis pecados —dijo él, desviando la mirada con timidez.

Mientras hablábamos, Marlowe se había acurrucado en mi escritorio y se quedó dormido. Sus bigotes se movían, como si soñara con peleas callejeras, una novia felina o persiguiendo ratones.

Organicé los papeles en mi escritorio y encendí mi computadora. Miré mis uñas, que eran un desastre, todas mordisqueadas. Solía morderlas cuando estaba nerviosa; era un mal hábito, del que intentaba deshacerme pero, como le había dicho a Dulces, había sido una semana cargada de energía nerviosa.

Dulces se acercó a la puerta. Allí, se detuvo, contemplando su argolla de matrimonio, y se volvió a mirarme con lascivia.

—No es de mi incumbencia, pero escuché que planeas un fin de semana sucio con tu novio psicólogo.

—Uno —dije, con los ojos fijos en la pantalla de la computadora—, no es un fin de semana sucio. Dos, él es solo un amigo, no estamos en una relación.

—Lo que tú digas —replicó Dulces con un gesto de la mano—. Pero de todos modos, tal vez puedas hablar con él, discutir algunos de tus problemas.

—Tal vez —oprimí un botón, pero en lugar de abrir un archivo, recibí un mensaje diciendo que la maldita máquina no estaba «respondiendo».

—¿Cómo te sientes por el fin de semana? —me preguntó Dulces. Su mano descansaba sobre el pomo de la puerta, pero su rostro curioso sugería que no quería dejar la oficina.

—Nerviosa —respondí, tecleando con agitación. Dulces se frotó la barbilla, pensativo.

—Las relaciones no son lo tuyo, ¿verdad, Sam?

Ni las computadoras.

—Mi madre me golpeaba hasta que fui lo bastante grande para defenderme, mi ex me golpeó por cuatro años sin parar, fracturándome la mandíbula y el cráneo... así que definitivamente no son lo mío.

—El doctor Storey es un buen hombre —dijo Dulces—. Lo he estudiado. Nos ayudó con un caso de homicidio hace como un año. No me gusta mucho todo eso sobre psicología, eso de «era el tercer trillizo que no pudo conseguir el pezón de su madre y creció odiándola y a toda la sociedad y se dedicó al crimen» me guió por los hechos y por mis instintos. Pero incluso yo debo admitir que el doctor Storey sabe sus cosas. En el caso de homicidio, se negó a tomar el crédito de lo que le correspondía y se lo dio a un detective que necesitaba ascender en su carrera. Todos hablaban bien del doctor Storey. Él puede ayudarte. Puede hacerte una mejor mujer.

—Ya veremos —dije con tono casual, tratando de esconder que estaba temblando por dentro.

—Me voy a la morgue —anunció Dulces, contento—, lo que me recuerda... tres cuerpos llegaron a la morgue, todos con enormes sonrisas en

sus rostros. El coronel me llama para decirme la causa de muerte. «El primer cuerpo es Able, un conocido idiota. Murió sonriendo al colapsar mientras perseguía a una mujer bonita en el parque. El segundo cuerpo es Bullman, un conocido idiota. Ganó diez mil euros en la lotería, se la gastó toda en whiskey y murió sonriendo de intoxicación por alcohol. El tercer cuerpo era Clatterbake, un conocido idiota. Murió sonriendo cuando fue alcanzado por un rayo.» «¿Por qué estaba sonriendo Clatterbake?», pregunté con solemnidad. El coronel respondió: «pensó que le estaban tomando una fotografía».

Sonreí por la broma de Dulces y por la pantalla de mi computadora; el archivo se había abierto y pude trabajar en mi reporte de «invitada misteriosa» para mi cliente.

Mientras yo trabajaba en mi reporte, Dulces miró hacia la ventana y al fotógrafo merodeando entre las sombras.

—Aléjate de todo este circo mediático. Disfruta tu fin de semana. Te lo mereces, Sam. Mereces buenas cosas en tu vida.

¿Eso crees, Dulces? —me detuve para mirar a mi amigo.

—Por supuesto —se ajustó su abrigo y dio golpecitos a su sombrero. Luego, desapareció bajo la llovizna de aquella mañana de principios de noviembre.

Capítulo Dos

Después de pasar todo el día en la oficina escribiendo reportes, haciendo la limpieza y acariciando a Marlowe, fui a mi apartamento en Grangetown y empaqué una bolsa de viaje. Había quedado en verme con Alan en su casa en St. Fagans porque estaba *de camino* a su cabaña en la península de Gowen.

Por primera vez, el pronóstico del clima había acertado y conduje el corto trayecto desde Grangetown hasta St. Fagans en medio de la lluvia. Aunque Grangetown y St. Fagans eran ambos suburbios de Cardiff y vecinos cercanos, en términos de afluencia, eran dos mundos opuestos. Y, de alguna manera, yo pensaba lo mismo sobre Alan y yo: nuestros antecedentes eran muy diferentes, éramos opuestos en muchos aspectos y no podía negar que había atracción mutua.

Cuando llegué a la casa de Alan, lo encontré afuera, poniendo una maleta dentro de su auto. Alan conducía un Jaguar XJ6, que contrastaba con mi Mini. Era un auto antiguo rojo, muy limpio y elegante.

Como siempre, Alan se veía inteligente, relajado y apuesto. Tenía cabello castaño, corto y ondulado, y una barba de chivo, ojos cafés y facciones amigables. Se veía muy bien en sus jeans negros y su camisa deportiva a rayas.

Al terminar con su tarea, Alan me llevó hasta la entrada, lejos de la lluvia. Me miró, sonriendo.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Eso creo —dije, con una sonrisa apretada.

—¿Cómo te sientes?

—Nerviosa.

la verdad era que me sentía como si dos aplanadoras me halaran en dos direcciones diferentes. Una dirección me decía que si me acerca demasiado a este hombre, se convertirá en Dan, mi ex, y empezaría a jopearme, mientras que la otra insistía en que si no tenía un compromiso emocional hacia él me dejaría por otra menos compleja y sabía que si él se iba de mi vida, me rompería el corazón. ¿Por qué me golpearía si solo me había demostrado compasión y bondad? Bueno, Dan había empezado así y aunque pensaba que Alan era un tipo de hombre diferente, aún tenía mis dudas. Llámelo el efecto Sam: todas las personas a quienes me acercaba, parecían sacudirse de sus

frustraciones conmigo. Me gustaba creer que los sentimientos de Alan hacia mí eran reales. Sin embargo, debido a mi pasado violento, desconfiaba de todos los hombres y era muy prudente en cuanto a formar relaciones. *¿Jaqueca tensionante y nerviosa? Así es, tenía una jaqueca tensionante y nerviosa.*

—La cabaña te relajará —dijo Alan. Tomó mi bolso y abrió la puerta del pasajero de su Jaguar. Me subí a su auto, apretando los dientes—. Es un lugar relajante, con un bonito paisaje —insistió.

Emprendimos el viaje en silencio. Mientras conducíamos hacia el oeste, el clima empezó a mejorar. Seguimos la cinta de luces traseras de los autos de las personas que dejaban la ciudad para encontrarse con sus familias, buscando dejar sus problemas de trabajo atrás por el fin de semana.

Alan era un conductor tranquilo y el murmullo suave del auto me calmó un poco. Me recliné en el asiento, y admiré la cojinería y observé los interruptores en el tablero. La combinación perfecta entre la elegancia de un soneto de Shakespeare y el silencio de una biblioteca.

Al pasar por el Valle de Glamorgan, Alan puso un CD y *A Trick of the Tail* empezó a sonar.

—¿Te gusta esto? —preguntó, lanzándome una mirada.

—Es de mi época musical favorita, los sesentas y los setentas.

—Ajá. He notado que la mayoría de tus referencias culturales y gustos son de antes de que hubieras nacido.

Eso era cierto. Mis bandas favoritas, la música, películas, libros, incluso programas de televisión eran de antes de los años ochentas.

—¿Hay alguna razón psicológica?

—Tal vez —respondió él, sonriendo.

—¿Y vas a decirme cual es? —pregunté, impaciente.

—¿Quieres que lo haga?

Me negué. Si Alan empezaba a explorar los oscuros acantilados de mi mente, quien sabe que encontraría ahí.

—Ahora no —dije, con la mirada fija en el parabrisas y en el camino que teníamos delante.

La primera pista, «Dance on a Volcano» terminó y escuchamos el coro de la segunda «Entangled»... enredada a veces en tus propios sueños... *dímelo a mí.*

No mucho después de las últimas notas de «Los Endos», llegamos a la cabaña de Alan en la península Gower. Gower es un lugar de belleza natural excepcional y aunque la niebla lo cubría todo y la cabaña estaba a oscuras, su

techo de paja, sus paredes de piedra blanca y el jardín de rosas me transportaron a una época simple y tranquila.

—Tienes razón —dije mientras caminábamos entre el jardín—, es muy bonito.

—Te lo dije —Alan me rodeó los hombros con su brazo y me abrazó—. Trato de venir aquí al menos una vez al mes y más seguido en el verano. Alis no suele acompañarme siempre, prefiere estar con sus amigos adolescentes, como debe ser.

Alan abrió la puerta y entramos. No supe por qué, pero tan pronto como puse un pie en la entrada, todas mis dudas regresaron. Es loco, pero sentí ganas de llorar.

—Aquí estamos. Puedes tener la habitación de Alis.

Alan me conducía hacia la habitación de su hija, con su voz clara y segura, demostrando el orgullo por su casa de campo, pero yo pensaba en mi madre, en Dan..

—El teléfono está ahí. El baño está allá. Y la cocina está por aquí y es ahí a donde nos dirigimos ahora. Eres vegetariana, ¿verdad?

—Sí.

—Pensé e preparar unos vegetales gratinados, calabaza, puerros, repollo, Red Leicester, cheddar y mostaza Dijon. ¿Qué tal suena?

Mi corazón empezó a martillar, mis ojos perdieron el foco, mi cabeza empezó a nadar, mi pecho se oprimió... no podía respirar... salí corriendo de la cabaña hacia el jardín.

No supe cuanto tiempo estuve ahí, con mis manos garrando la valla del jardín, pero cuando me volví vi a Alan junto a mí. Su rostro mostraba reocupación y tenía una bebida azucarada en su mano.

—Ataque de pánico —dijo Alan. Destapó la bebida y me dio ofreció la botella—. Bebe esto, la glucosa te ayudará.

Toé la botella con manos temblorosas y me la llevé a los labios. Bebí un sorbo, luego un trago y dejé escapar un largo suspiro.

—Lo siento, Alan, no puedo hacer esto —miré sus manos para ver si se habían convertido en puños. ¿Me golpearía? Lo miré a los ojos y le pregunté —: ¿este enfadado conmigo?

Negó con la cabeza y me ofreció una débil sonrisa.

—Estoy molesto porque tú estás molesta. Estoy decepcionado porque esperaba pasar el fin de semana contigo. ¿Estoy enfadado? Estoy enfadado conmigo porque te traje hasta aquí, por hacerte correr antes de que pudieras

caminar. Debí haberme dado cuenta de que necesitabas más tiempo para pensar, para trabajar en tus emociones sobre tu pasado. Fue egoísta de mi parte el traerte aquí. Me arrepiento de eso, pero de nada más.

Observé mis zapatos. El ataque de pánico había pasado, podía respirar de nuevo y me sentí aliviada. También sentí vergüenza por defraudar a Alan y a mí misma.

—Eres un hombre muy tolerante y paciente.

—He esperado siete años, desde que Elin murió, para encontrar la mujer adecuad. Puedo esperar un poco más —Alan tomó mi mano, luego, pasó su brazo sobre mis hombros—. Estas temblando. Ven adentro. Vamos a hablar y te llevaré a casa.

Dentro de la cabaña, me senté en un sofá frente de una chimenea de piedra, que ahora funcionaba a gas y Alan había encendido con un interruptor. El calor pronto se extendió por todo el lugar, ayudándome a relajar mi mente y mi cuerpo. Me di cuenta de que estaba empezando a enfadarme conmigo misma.

—Lo arruiné todo —dije—. Sabía que pasaría.

—No seas tan dura contigo misma, Sam.

—Dan decía que estoy loca. Incluso Dulces piensa que tengo problemas.

—¿Y qué piensas tú? —preguntó Alan, solicitó.

—Tengo problemas para construir relaciones —respondí la verdad, mirándolo a los ojos.

—Es entendible, por tu pasado.

—Dulces me dijo que tal vez tu podías ayudarme.

—¿Profesionalmente? —preguntó Alan, frunciendo el ceño.

Asentí, desviando la vista hacia mi regazo. Aunque no me gustaba la idea, tal vez era el momento de dejar a alguien adentrarse entre los oscuros lugares de mi mente.

—No es posible —respondió Alan—Te amo, no sería ético. Sin embargo, podría recomendar a otro profesional, una mujer, si prefieres.

—No —dije, sacudiendo la cabeza—, no podría hablar de mi con otra persona además de ti.

—De acuerdo —concedió Alan—tal vez podamos hablar de manera informal, como amigos.

—¿Funcionaría?

Alan frunció los labios, mirando el carbón artificial de la chimenea.

—tocaríamos temas fuertes. Podría hacerte preguntas incómodas y te enfadarías conmigo.

—Me gustaría intentarlo —dije. Podía entenderlo y aceptarlo. Era un riesgo que debía afrontar.

—Dame un par de días y organizaré una cena en mi casa. Puedes conocer a Alis.

Acepté. Hablar con Alan sobre mi pasado era un riesgo. Podría mejorar o empeorar nuestra relación. Pero tenía que hacer algo, no podía continuar así.

—Este fin de semana no cambia nada —aseguró Alan, poniéndose de cuclillas delante de mí. Puso su mano izquierda sobre la mía—. Aun te amo, Sam.

Apreté sus dedos y le dirigí una sonrisa dolorosa.

—Dan decía eso. Muchas veces. Sus palabras eran un prelude de un puño en la cara.

—¿Crees que yo te lastimaría?

—Creo que eres un buen hombre.

—Pero todavía tienes dudas.

—Sí —admití. Mi garganta estaba seca y mi voz era débil. De repente, la habitación estaba demasiado caliente y tuve que ventilarme para no hiperventilar—. ¿Estas ofendido?

—Claro que no. Ya me has contado sobre tu vida. Entiendo tus miedos. Tus emociones son naturales y no tienes por qué avergonzarte.

—¿No crees que soy una loca?

Alan se rio a pesar de la tensión del momento.

—Pienso que eres una mujer maravillosa y hermosa, un precioso diamante. Solo necesitas pulirte un poco para brillar. Has capturado mi corazón, me has dejado sin palabras.

Alan abrió los brazos y yo acepté el abrazo. Nos dimos un abrazo de amigos, con calidez pero sin pasión. Puse mi cabeza sobre su hombro mientras él me cepillaba el cabello con su mano. Lo miré y noté que estaba observando la chimenea y a una caja de regalo de latón que se encontraba sobre la misma, un recuerdo de la Segunda Guerra Mundial. Me pregunté que estaría pensando. En su esposa fallecida, en su hija o en mí y en los obstáculos que había puesto delante de él. Acaricié su mano.

—Me gustas, Alan. Me gustas mucho.

Levantó su mano y puso un dedo bajo mi barbilla, levantando mi cabeza para verme a los ojos. Supe que ya había regresado de sus recuerdos. Suspiró.

—Mírate a ti misma como yo te veo, Sam. Tal vez así aprendas a amarme.

Capítulo Tres

Volvimos a Cardiff, recogí mi Mini y conduje hasta mi apartamento. Allí, tomé paracetamol para aclarar mi mente y fui a la cama. Pasé el fin de semana sola, meditando. En el fondo, sabía que Alan era buen hombre, pero aún no podía confiar en él, ni en mis emociones. Aquel pensamiento me decía que yo estaba agotando su paciencia y que él me dejaría antes de que yo pudiera resolver mis problemas. Si eso pasaba, confirmaría mis sospechas sobre mi incapacidad de formar una relación seria y que la única opción era andar por la vida en soledad.

El lunes en la mañana, volví a mi oficina, lo que era un alivio. En la oficina, yo era Sam, la investigadora privada, alguien que tenía el respeto de sus compañeros. En mi oficina, dejaba mi carga emocional en la puerta y me concentraba en mi trabajo. Y sin querer sonar arrogante o engreída, los testimonios de mis clientes afirmaban que era una buena investigadora.

Descubrí que Marlowe había entrado un ratón muerto. El siempre hacía eso cuando yo dejaba la oficina por un periodo de tiempo, aunque tuvo que soportar momentos difíciles cuando estuve de invitada misteriosa en el hotel. Con una punzada de lastima por el ratón, lo recogí por la cola y arrugando mi nariz, lo deposité en el cubo de la basura.

Por suerte, el interés de la prensa por la señorita Diamante se había aplacado. Ahora, la escandalosa vida sexual de un futbolista dominaba las primeras planas. Tampoco había muchas referencias a la Señorita Diamante en mi contestadora. El mundo estaba cambiando y estábamos avanzando. Estábamos progresando.

Me encontraba observando la pantalla de la computadora, preguntándome si debía retirar mi Smith & Wesson .32 de mi escritorio para terminar con su miseria, cuando un hombre entró en la oficina. De seis pies de altura y tan delgado como un rastrillo, vestía zapatos de cuero y traje de tweed, corbata de moño con puntos y una camisa a rayas, una combinación que podría inducir migrañas. Tenía la coronilla calva rodeada de una corona de cabello corto de color gris, que contrastaba con sus oscuras y tupidas cejas. Sus ojos eran azules y estaban parcialmente escondidos tras gafas de media luna. Iba recién afeitado y su aire de erudito lo hacía ver como un maestro de escuela

victoriano, un maestro que te castigaba si te portaban mal y te elogiaba si te portaban bien.

Limpié los objetos de mi escritorio en seguida, por lo menos los que estaban a mi alcance, y sonreí con cortesía.

—¿Desea contratarme?

El erudito frunció el ceño. Echó un vistazo a mi oficina con ojos vidriosos, como si dudara que una mujer del siglo veintiuno pudiera trabajar en una oficina del siglo diecinueve.

—¿Es usted Sam Smith? —inquirió. Asentí con la cabeza, consciente de que mi sonrisa se había congelado en mi rostro—. Supongo... que esperaba a alguien más, alguien...

—¿Más imponente? —dije. Mi sonrisa se convirtió en un gesto de confusión.

—La verdad es que sí.

—Pues lo siento —comenté, encogiéndome de hombros—. Esto es todo lo que soy.

—No quería ofenderla y me disculpo si lo hice —el erudito arrastró sus pies, incomodo. Luego, se sentó en la silla de los clientes—. He estado leyendo sobre usted en la prensa —continuó. Su tono era ansioso—. Hizo un trabajo excepcional descubriendo esa basura en la Casa Mansetree. Estoy muy impresionado.

—Escarbar en la basura es mi trabajo.

—Sí que lo es —sonrió él—. Pero aun así, no es lo que esperaba.

Me recosté sobre el respaldo de mi silla de cuero y le devolví la sonrisa. Había algo excéntrico este hombre que encontré algo tierno.

—¿Qué esperaba?

—Alguien menos femenina, más dura, más directa y agresiva.

—Las personas reservadas no pueden tener éxito, ¿eso es lo que quiere decir?

—Está claro, señorita Smith, que independientemente de su personalidad, de su aspecto o de su mente, usted puede triunfar, ya lo ha demostrado.

Me removí en la silla y noté que mi computadora había abierto el archivo correcto, que esperaba por mi atención.

—Entonces, ¿desea contratarme?

—Creo que sí —el maestro de escuela se inclinó hacia adelante, poniendo sus codos huesudos sobre sus piernas. Me sonrió con timidez mientras me

miraba por encima de sus gafas de media luna—. ¿Puedo discutir mi situación con usted?

Le dije que sí y alcancé mi libreta y un bolígrafo.

—¿Puedo tomar notas?

El asintió, y procedió a relatarme su historia.

—Mi nombre es Henry Chancellor. Soy profesor de astronomía en la Universidad de Cardiff. Estoy casado con la doctora Ruth Carey. Ruth es psiquiatra. Soy quince años mayor que ella. Nos conocimos cuando ella era estudiante en Oxford y yo era un profesor invitado. Nuestra relación se desarrolló lentamente y nos casamos cuando ella recibió el título de psiquiatra. Como puede ver, Ruth conservó su apellido de soltera. Decidimos no tener hijos, bueno, Ruth lo decidió. Ella está muy dedicada a su carrera. A veces puede ser algo brusca y no es muy carismática. Aun así, la amé cuando nos casamos y todavía la amo. Me gustaría contratarla, señorita Smith, para que descubra quien está amenazando a mi esposa.

—¿Qué tipo de amenazas?

—Cartas.

Incliné la cabeza, me retiré el cabello de los ojos y escribí en mi libreta.

—¿Tiene un ejemplo de estas amenazas?

El profesor Chancellor negó con la cabeza. Frunció los labios y me dirigió una mirada triste.

—Mi esposa destruyó todas las cartas. No se toma las amenazas muy en serio.

—Pero usted sí lo hace.

—Definitivamente. Por favor, descubra quién envía esas cartas, señorita Smith. Quiero que haga un reporte completo.

Abrí un nuevo archivo en mi computadora y lo nombré «Profesor Henry Chancellor». Luego, registré sus datos personales y los resultados esperados.

—¿Está la policía enterada? —pregunté, con los dedos sobre el teclado, que parecía responder si se mantenía activo. En cambio, si ignoraba la computadora por un minuto empezaba a hacer rabieta. Por supuesto, la solución era obvia, comprar una nueva computadora. Y como siempre, había un obstáculo: la falta de fondos.

—Sin policía —replicó el profesor Chancellor—. Lo pide mi esposa.

—¿Alguna idea de quién está detrás de las amenazas?

—Ninguna —dijo, negando con la cabeza.

—¿Alguna idea de por qué ella ignora las amenazas?

—Dice que es un maniático, alguien con la mente perturbada.

Hice otra nota en la computadora y en mi libreta, en caso de que mi computadora decidiera quitarse su propia vida.

—Alguien con una mente perturbada... ¿uno de sus pacientes? —pregunté.

—Ruth se rehúsa a discutir el tema, así que no lo sé —el profesor Chancellor ajustó su corbata. Él estiró el cuello, como liberándose de un nudo. Estaba claro que se preocupaba por su esposa y las cartas. Yo estaba perpleja por la actitud de la mujer. Si alguien me amenazara, loco o no, me lo tomaría muy en serio. Ignorar, e incluso destruir las cartas demostraba una indiferencia extrema.

—¿Le gustaría conocer a mi esposa? —preguntó el profesor Chancellor, sacándome de mi ensimismamiento.

—Por supuesto —dije, sonriendo.

—Aquí está mi tarjeta —el profesor Chancellor sacó la billetera del bolsillo de su pantalón, de la cual sacó una tarjeta de negocios ajada y la dejó sobre mi escritorio—. Sea muy amable de llamar a mi casa a eso de las siete esta noche. ¿Le parece bien?

—Ahí estaré —respondí, observando la dirección en la tarjeta.

—Fue un placer conocerla, señorita Smith.

El profesor Chancellor se puso de pie e inclinó su cabeza hacia adelante en una ligera reverencia.

—Espero que llegue al fondo de este asunto y lo resuelva amigablemente.

—Pregunte a cualquiera dentro del sector y le dirán que una vez empiezo algo no lo dejo.

—Parece que la gente la subestima, señorita Smith. Y eso es un error —comentó él, satisfecho, y con esas palabras, salió de mi oficina.

Después de tomar unas cuantas notas en mi libreta, volví a mi problemática computadora. *Debería dejar que Marlowe orine sobre la computadora y reclamar el seguro. Solo era una idea.*

Capítulo Cuatro

Henry Chancellor y Ruth Carey vivía fuera de la ciudad, al sur, en la pintoresca aldea de Cosmeston, una aldea rodeada por doscientas hectáreas de lagos, bosques y praderas. Más allá, en el Country Park puedes encontrar la aldea medieval Cosmeston, con aldeanos en trajes medievales que trabajan la tierra y cuidan el ganado, como lo hacían las personas en la Edad Media.

Supuse que Henry Chancellor sería un aficionado del tiempo, así que me aseguré de llegar a su casa antes de la hora indicada. Estacioné mi Mini en un camino de tierra y caminé hacia la acera, admirando el impresionante edificio que Henry Chancellor llamaba hogar.

La noche estaba oscura y húmeda, pero la casa Chancellor estaba bien iluminada. Conté diez ventanas e la fachada, dominada por una extensión central sobresaliente. La extensión era cuadrada en el fondo con un curioso diseño de diamante para los pisos superiores. Las paredes de la extensión eran biseladas, complementando las paredes de la parte derecha de la casa. La entrada estaba ubicada a la derecha de la extensión y encontré en l puerta encontré un timbre bastante sencillo. Toqué el timbre y esperé, dando golpecitos en el suelo de piedra con mi pie, para calentarme un poco. Sonreí cuando Henry Chancellor abrió la puerta

—Pase, pase —me indicó con un gesto de la mano—. Entre en el estudio, la seguiré en un momento.

Me dirigí hacia el estudio, una habitación dominada por muebles de caoba, tapicería de cuero y papel tapiz de figuras color marrón. Había un piano vertical, un escritorio con un telescopio decorativo y un giroscopio y en la pared opuesta a la ventana, había una pizarra cubierta con numerosos garabatos y cálculos.

—Qué encantadora habitación y qué encantadora casa —dije, cuando Henry entró en el estudio.

—No puedo llevarme mucho crédito, infortunadamente —respondió él con modestia—. Esta es la casa Chancellor, ha estado en la familia por generaciones. Nos mudamos cuando mis padres murieron, mi padre seis meses después de mi madre. Cuando mi padre, que era un negociante muy perspicaz, decidí volver a casa. Así que renuncié a mi empleo de profesor en Londres y

volvimos a Gales. Al principio, Ruth no estaba feliz, pero se ajustó rápidamente. Es una buena casa —concedió—. Es difícil de mantener pero es conveniente para el campo de golf y la universidad.

—¿Es bueno en el golf? —pregunté.

—Juego por diversión —dijo con una sonrisa triste.

El estudio estaba claramente bajo el dominio de Henry y no pude evidenciar que Ruth pasara tiempo en ese lugar. Me encontré buscando a Ruth con la mirada cuando Henry me desvió de mi hilo de pensamientos.

—Ruth está algo ocupada en este momento. Está preparando una conferencia para mañana en la mañana. Nos acompañará en un instante. ¿Puedo ofrecerle algo de beber, señorita Smith?

—Samantha.

—Samantha —dijo mi nombre como si lo saboreara—. Samantha —repitió. Su expresión contenta indicaba que le agradaba el sabor—. Muy femenino. Muy femenino, de hecho —debió haber visto la expresión de curiosidad en mi rostro, por lo que despertó de su ensueño y se disculpó—. Disculpe, me perdí por un segundo. ¿Un trago?

—Jugo de fruta estaría bien.

Mientras Henry se dirigía con lentitud hacia otra parte de la casa para preparar mi bebida, seguí examinando el estudio. Los libros de astronomía dominaban las estanterías junto con libros de poetas victorianos y obras de Arthur Conan Doyle. Una colección de discos clásicos se encontraba en un rincón, pero no pude ver un tocadiscos. Tal vez estaba dentro de algún compartimiento de su escritorio. Miré hacia el escritorio, donde vi un libro de jardinería.

—¿También le gusta la jardinería?

—No, no —dijo— ese libro es de Ruth, está tratando de cultivar la rosa perfecta.

—Henry...

Ambos nos giramos al mismo tiempo. Una mujer había entrado al estudio. Parecía ser Ruth Carey.

Tenía el cabello corto y ondulado, teñido de rubio con raíces marrones. Sus cejas eran pobladas y sus ojos eran grises y como de felino. Su rostro parecía estar estirado y emitía el usual brillo anaranjado de un bronceado falso. Llevaba retes de perlas y anillos de oro. Parecía tener una operación de pechos.

—¿Quién es ella? —preguntó ella, mirándome con el ceño fruncido.

—Querida, esta es Samantha. Es una investigadora privada. Le pedí que examinara las amenazas de muerte.

—Oh, Henry —suspiró ella—, eres tan dulce —entró a la habitación y plantó un delicado beso en la mejilla derecha de Henry—. Pero no necesitamos que alguien se entrometa en nuestras vidas privadas. No necesitamos a una investigadora privada, mucho menos a una que se vea tan patética como ella —se miró y soltó un gruñido—. Parece una niña abandonada, como si hubiera salido de los libros de Dickens... ¡Olivia Twist! *Por favor, señor, quiero un poco más.* Deshazte de ella, Henry. Vamos a cenar.

Ruth Carey se dio la vuelta, garrando a Henry del brazo, pero Henry no se movió. Me miró por encima del hombro, disculpándose.

Lo cierto es que sí tengo aspecto de niña abandonada y estaría bien aumentar un poco de peso. Sin embargo, no me agradó su comentario referente a Dickens porque siempre había intentado lucir presentable y vestirme adecuadamente. En esta ocasión estaba representando a mi cliente en su casa, así que llevaba una falda lápiz un chaleco negro y una blusa roja de botones. Tal vez no estaba en una pasarela, pero tampoco era desaliñada.

—Debes tomar en serio estas amenazas, querida —dijo Henry, que se había soltado del agarre de su esposa y a miraba por encima de sus gafas de media luna con aire humilde—. Samantha puede ayudarnos. Por favor, se amable con ella y responde sus preguntas.

Ruth Carey suspiró y movió sus brazos de manera desdeñosa, recorriendo toda la habitación.

—¿Sé quién envió las amenazas? No. ¿Estoy preocupada? No. ¿Por qué no estoy preocupada? Porque obviamente provienen de un loco. ¡Qué clase de loco? Un loco que busca atención, así que no debo prestarle la atención que él tanto pide —volvió a suspirar, esta vez con un efecto dramático—. Ya respondí sus preguntas. Vamos, Henry. Estoy hambrienta, vamos a cenar.

—Él —dije con voz suave—. Dijo «él». Sabe que es un hombre.

Ruth Carey dudó. Miró su esposo, luego a mí. Me miró con desconfianza y repulsión.

—Por supuesto que asumí... —fue hasta la puerta y llamó a su esposo—. Ven, Henry. Esta... mujer... empieza a molestarme.

De algún modo ella logró hacer que la palabra «mujer» sonara como un insulto.

—Es como una policía o algo así —dijo Ruth entre risitas infantiles—. Parece apta, ¿no crees?

—¿Puedo ver una de las amenazas? —pregunté, intentando ignorar sus palabras.

—Las destruí todas —respondió con brusquedad.

—¿Puede escribir las palabras que él uso? Tan exactas como pueda.

—Ya he olvidado las palabras. Tengo cosas más importantes en qué pensar.

Una respuesta interesante, pensé, mientras sacaba mi libreta de mi bolso.

—¿Cuántas amenazas ha recibido?

—Tres o cuatro. No lo recuerdo.

—¿Escritas mano o en máquina?

—Llegaron en el correo.

—Como recortes de periódico —intervino Henry—. Bastante pintoresco en esta época, ¿no cree?

—¿Reconoció el tipo de letra?

—Henry... —suspiró Ruth de nuevo—. ¿Tenemos que seguir soportando a esta mujer?

—¿Reconoció el tipo de letra? —repetí.

—¡No, no lo reconocí! Voy a cenar. Querido, si no te deshaces de esta mujer, iré yo sola.

Henry tosió, avergonzado. Me dirigió una mirada de disculpa y siguió a su esposa. Yo los seguí con pasos lentos.

—Me gustaría que Samantha te acompañara a la conferencia de mañana —le dijo Henry a Ruth.

—¿En serio...? —Replicó mientras se ponía su abrigo—. Perdería su tiempo. Y tú desperdiciarías nuestro dinero, Henry.

—Tenemos suficiente —respondió Henry—. Y tu seguridad vale cada penique.

Ruth se volvió a mirar a su esposo. Me pareció reconocer un gesto de humildad en todo ese brillo anaranjado. Una sugerencia de qué pudo haber atraído a Henry de ella en primer lugar.

—Muy bien —aceptó ella—. Dile a esta indigente que se dirija a la vieja capilla en la Calle Pisgah mañana al mediodía —me miró con odio mientras se ajustaba el abrigo, como si quisiera freírme ahí mismo—, y cuando la conferencia acabe, no quiero volver a verla. ¿Entendido?

Henry asintió y murmuró:

—Perfectamente, querida.

Capítulo Cinco

Estuve en la Calle Pisgah en el centro de Cardiff a las once y media la mañana siguiente. La capilla, abandonada y convertida en una sala pública, se encontraba al final de la calle, sola y descuidada. La construcción estaba abierta y encontré a Ruth Carey en el pulpito, examinando sus notas. Echó un vistazo en mi dirección y regresó a sus notas sin prestar mayor atención a mi presencia. Por supuesto, no es esencial agradar a tus clientes para hacer un buen trabajo, así que decidí comportarme de la mejor manera y ofrecer el mejor servicio a pesar de la hostilidad de Ruth hacia mí.

Hacia el mediodía, la capilla se había llenado. Me retiré hacia el fondo de la sala al ver que la gente llegaba. Desde mi posición, cerca de unos escalones que daban a una galería, observé a la congregación, buscando un posible sospechoso. No encontré a nadie que entrara en aquella categoría, a no ser que los pensionados se dedicaran ahora a escribir cartas amenazantes. La audiencia de Ruth se parecía a una reunión de «Inglaterra Media», que era irónico porque estábamos en la capital de Gales.

Ruth comenzó su conferencia. Escuché la introducción y el preámbulo mientras observaba a la audiencia. Llevaba mi bolso conmigo, para fines prácticos y para cargar mi Smith & Wesson .32. Me pregunté si el castigo por disparar un arma dentro de una antigua capilla sería un pase directo al infierno, aunque yo no tenía convicciones religiosas fuertes. De hecho, pensaba en los políticos y en la religión organizada de igual manera: estaban para su propia conveniencia y para controlar a la población.

—Eugenesia —decía Ruth—. ¿Qué significa esa palabra? La eugenesia la autodirección de la evolución humana. La eugenesia converge la psicología, la biología, la política, la psiquiatría, la economía, la educación la religión, la medicina, la genética y muchas otras disciplinas. Al igual que un árbol, la eugenesia extrae los nutrientes de diferentes fuentes y los organiza en una entidad armoniosa. La palabra «eugenesia» proviene del griego, que significa «bien nacido» y para aquellos de nosotros que creemos en la eugenesia, ese es nuestro objetivo: mejorar la calidad genética de la población humana. La eugenesia es una filosofía social que aboga por la mejora de los rasgos genéticos. Pero, ¿cómo logramos esto? Bien, un método es incentivar un mayor

nivel de reproducción en las personas que muestren una serie de rasgos deseados y, al mismo tiempo, desalentar a las personas que poseen rasgos indeseables para la reproducción. Después de todo, es solo sentido común. ¿A quién preferirían tener como vecino entre una persona enferma y una fuerte? ¿A un inútil o a un triunfador? Podemos agradecer a William Goodell, un caballero victoriano, por defender la castración y la esterilización de los dementes. Pero, los oigo decir, ¿no son esas prácticas inhumanas? Bueno, yo argumento que es mejor identificar un defecto en la humanidad y prevenir que ese defecto se reproduzca, por el bien de la sociedad y por el bien del individuo afectado. También debemos agradecer a Francis Galton, medio primo de Charles Darwin, por el desarrollo de la eugenesia. Francis Galton tomó la teoría de la evolución de las plantas y los animales de Darwin y la aplicó a los humanos. En 1883, Galton le dio un nombre a su investigación: Eugenesia. La eugenesia rechaza la doctrina de que todos los seres humanos nacen iguales. Es absurdo pensar que una persona que realiza tareas domésticas, como barrer y limpiar las calles, es igual a alguien con experiencia y bien educado, como un psiquiatra, por ejemplo. La igualdad no puede existir en nuestro mundo si los humanos pretenden tener un futuro próspero. Para prosperar debemos luchar por las aptitudes genéticas. Debemos buscar la eliminación de los menos aptos en nuestra sociedad y eso incluye la promoción de una raza pura a expensas de razas más débiles. Para prosperar debemos imponer restricciones maritales, segregación racial, segregación de salud mental, esterilización forzada, abortos forzados. Es demasiado severo, los oigo gritar. En absoluto, respondo, porque hablo de un bien mayor, por el bienestar de la humanidad. Debemos cultivar huertos fuertes y poderosos. Debemos segregar e institucionalizar a prostitutas, hombres y mujeres homosexuales; discapacitados, ciegos, sordos, enfermos mentales. Debemos promover una sociedad basada en el consumismo donde las personas puedan identificar los rasgos que desean para sus hijos y seleccionarlos del laboratorio. Siguiendo el camino de la eugenesia, podemos eliminar las enfermedades, podemos llevar vidas más largas y sanas, con mayor inteligencia. Nuestro objetivo es simple: mejorar la reserva genética, deshacernos de la hemofilia y la enfermedad de Huntington, para nombrar algunas. Nuestro objetivo es animar a los inteligentes, los exitosos, los sanos, para que se reproduzcan a través de estímulos políticos y económicos, a través de fertilización in vitro, trasplantes de óvulos y la clonación, a través de separación demográfica. Incentivar la buena crianza pre dio de una licencia

que certifique que los padres son moral, mental y físicamente aptos para tener hijos. Es un hecho que las personas con un nivel más alto de inteligencia tienen menos hijos. Es un hecho que la inteligencia media de los británicos está decreciendo y que los criminales tienen más hijos que los que no lo son. Un programa de licencias aseguraría que todos los padres tengan bases morales sólidas y posean un alto nivel de inteligencia. Y en caso de que crean que estamos solos, les recordaría que Winston Churchill, Theodore Roosevelt, George Bernard Shaw, John Maynard Keynes, John Henry Kellogg y muchos otros han escrito o hablado a favor de los principios eugenésicos. Estas personas, ustedes y yo, estamos del lado de la humanidad. Luchamos por una sociedad mejor, basada en la moralidad, en la pureza y en la fuerza.

Mientras Ruth Carey daba su discurso, algunas personas la abuchearon y se retiraron de la sala. La congregación que quedaba, que era la mayoría, empezó a aplaudir. Era un aplauso tibio, pero se fue haciendo más caluroso cuando Ruth enseñó una sonrisa radiante a su audiencia. Su rostro naranja brillaba con satisfacción. Me parecía que Ruth Carey demostraba perfección a expensas de otros considerados «menos perfectos». Ella había modificado su aspecto físico mediante cirugía plástica, admitiendo así que no se consideraba naturalmente perfecta. Me pregunté si reconocía aquella ironía al mirarse en el espejo en las mañanas. Seguramente no; fanáticos como ella no reconocerían la ironía aunque envolviera un yunque y se las arrojaran a la cara.

Después de pasar un rato con su audiencia y firmar algunos autógrafos, Ruth Carey se me acercó.

—¿Le gustó mi conferencia? —me preguntó con una presumida sonrisa de satisfacción.

—No. Creo que sus ideas son peligrosas, racistas e inhumanas.

Ella se rio. Guardó sus notas dentro de un maletín de cuero.

—Tal vez no entendió el tema. No parece ser muy inteligente. ¿Fue a la universidad?

—No.

—Una pregunta tonta, pero debe saberse —con la maleta bajo el brazo, Ruth Carey se dirigió hacia la salida. Aunque no me agradaba aquella mujer, tuve el deber de seguirla—. Usted es patética. Es flaca, tiene todo ese cabello, el lenguaje corporal de un ratón asustado y claramente no está bien educada. Y su profesión... meterse en la vida de las personas no es edificante para ningún hombre, y mucho menos para una mujer.

Decidí comportarme de la mejor manera y me prometí que ofrecería a mi cliente, el profesor Chancellor, el mejor servicio posible. Sin embargo, estaba tentada de sacar mi arma y usarla en Ruth Carey. En lugar de eso, me incliné hacia adelante y le dije lo que pensaba.

—Soy delgada porque soy vegetariana. Miro muy bien lo que como y llevo una vida activa. Llevo mi cabello largo porque así me gusta. Si parezco tímida es porque tengo muchas cosas en mi cabeza en este momento. Mi familia era pobre así que no fui a la universidad, pero estoy bien educada. De niña, me uní a la biblioteca local y leía cientos de libros al año. Aun lo hago, desde los aterrizajes en la luna del Apolo hasta el pueblo Zulú. En cuanto a mi profesión, soy muy dedicada, diligente y leal a mis clientes. Tengo un gabinete lleno de testimonios, si está dudando de mi o de mis habilidades.

Ruth Carey se burló y sacudió la cabeza y me miró con ojos fríos.

—Buen discurso, para una plebeya. Sin embargo, su opinión no me importa.

Mi frustración empezaba a crecer, a pesar de mis buenas intenciones. Me pasé los dedos por el cabello mientras golpeteaba el pavimento con el pie.

—¿Fue uno de sus pacientes quien envió las cartas? —le pregunté entre dientes.

Ruth Carey me dio la espalda y caminó hacia su BMW.

—No discuto sobre mis pacientes con nadie, y no lo haré con usted.

—Creo que usted sabe quién las envió —dije, tratando de seguirle el paso—. Tengo razón, ¿no? Podré ser una plebeya, parecer insignificante y problemática, pero soy muy buena en mi trabajo y soy buena identificando mentiras cuando las veo y ahora estoy viendo una.

Ella se dió la vuelta y levantó la mano derecha, lista para abofetearme pero saqué mi arma del bolso rápidamente.

—Si me golpea —dije—, se muere.

Alguien gritó, probablemente al ver mi pistola, mientras las personas que aún quedaban en la congregación salían corriendo a las calles, buscando refugio. Ruth los ignoró, así como a la lluvia que empezaba a caer. Me miró con odio.

—Usted es una mujer perturbada. Aleje esa arma antes de que haga que la arresten. Está despedida. Mi esposo sabrá sobre su insolencia. Me aseguraré que nunca vuelva a trabajar en esta ciudad.

Yo le apuntaba con mi Smith & Wesson .32. Suspiré, bajando el arma. En ese momento, un auto frenó en el borde de la acera. Dos hombres bajaron del

auto y agarraron a Ruth Carey por los codos. Ella chilló e intentó en vano luchar contra ellos con su maleta. Yo volví a apuntar con mi arma.

—¡Oigan! —grité a los asaltantes. Todos se volvieron a verme. Luego, se metieron de nuevo en el auto y se fueron.

Agitada y temblando, Ruth se quedó de pie en el pavimento. Estaba en tan conmocionada que no protestó cuando la tomé por el codo y la llevé hacia mi Mini. El incidente había ocurrido en cuestión de segundos y apenas pude notar el tipo de auto y el color. Era un Subaru negro, pero no pude identificar número de placa.

—¡Sáqueme de aquí! —ordenó Ruth—. ¡Lléveme a casa!

Abrí mi boca para decir algo, pero lo pensé mejor y puse el Mini en marcha.

Capítulo Seis

Nos encontramos sentadas en los sillones de cuero del estudio de Henry Chancellor. Ruth tenía un fino vaso de whiskey en la mano, Henry se encontraba de pie junto a su esposa, observándola por encima de sus gafas de media luna con ojos melancólicos y nublados con preocupación.

—¿Más Whiskey, querida? —preguntó Henry, solícito.

Ruth asintió. Observaba el fondo de su vaso y con voz queda, respondió:

—Sí, gracias, querido.

Henry aceptó el vaso de la mano de su esposa. Fue hasta el gabinete de las bebidas y sirvió otros dos dedos de whiskey. Después de darle el vaso a su esposa, Henry se volvió hacia mí y sonrió.

—Aquí tienes, querida. Y creo que deberías ofrecerle tu agradecimiento a Samantha.

Ruth agarró el vaso con fuerza hasta que sus nudillos se pusieron blancos y sus dedos parecían querer quebrar el cristal.

—Quiero que esa mujer se vaya de mi casa —gruñó Ruth, volviendo a su antigua voz—. No sabe comportarse y dice cosas terribles. ¡Deshazte de ella, Henry!

—Samantha te salvó de un secuestrador, querida. Te salvó la vida. Creo que le debes tu gratitud y tu respeto.

—Era una broma —Ruth insistió con nerviosismo, bebiendo su whiskey de un trago—. Nada de lo que debamos preocuparnos.

—Si solo fue una broma —pregunté desde el borde de mi silla—, ¿por qué aún le tiemblan las manos?

Ruth me miró con desprecio y lanzó una mirada de rencor a su esposo.

—¿Ves lo que digo? No tiene ningún respeto por sus superiores. ¡Es una vagabunda mal hablada y la quiero fuera de mi casa!

—Nuestra casa, querida —murmuró Henry en voz baja—. Además, ya lo he decidido, Samantha se queda, hasta que todo se resuelva —Henry me miró—. Me disculpo por el comportamiento de mi esposa; aún está conmocionada.

—Tal vez deberíamos pasar el caso a la policía —sugerí.

—Nada de policía —dijo Ruth, sacudiendo la cabeza. Su rostro era severo, determinado. Y completamente libre de arrugas—. De acuerdo. Tendré que soportarla, pero no quiero policías rondando mi... nuestra casa.

El ambiente aún estaba tenso, como un húmedo día de verano justo antes de la tormenta. En ese momento, un hombre entró en el estudio. Tenía bello negro y corto, ojos pequeños y oscuros, una gran nariz, mejillas sobresalientes y barbilla inexistente. No era demasiado gordo pero su estómago se apretujaba contra su chaleco.

—Ruth, ¿estás bien? —preguntó el hombre. Su entrada había sido algo dramática y confiada, como si el lugar le perteneciera. Ignorando a Henry, se acercó a Ruth, quien se levantó de su silla y ambos se abrazaron por un largo tiempo, mostrando que se conocían de antes—. Vine tan pronto como recibí tu mensaje.

—Estoy bien. No fue nada, solo una broma. Pero Henry insiste en hacer un drama.

El hombre se volvió para mirar a Henry, quien a su vez desvió la mirada, como estudiando los garabatos de la pizarra, avergonzado.

—¿Cómo estás, Henry? —preguntó el hombre.

—Soportándolo —contestó Henry Chancellor—, aunque debo admitir que estos últimos días han sido difíciles.

—No te preocupes —le dijo el hombre con una sonrisa alentadora—. Cuidaré muy bien de Ruth, nada le sucederá.

—Mi auto aún está en la capilla... —dijo Ruth con una palmada en la frente.

—Enviaré a alguien por él —aseguró el hombre. Había llegado a asumir el control de la situación.

—Boris es un encanto, ¿verdad, querido? —sugirió Ruth a su esposo, quien solo gruñó como respuesta y se acercó a mí.

—Samantha, este es Boris St. John Boris es el director de la Fundación de Investigación sobre la Eugenesia. Boris, esta es Samantha... una detective privada que contraté para establecer quién está detrás de las amenazas.

—Una detective privada —Boris hizo una mueca, que no logró desfigurar mucho su rostro—. Una mujer, qué pintoresca.

—Es un placer conocerlo, Boris —dije con una sonrisa dulzona.

—Señor St. John, se pronuncia Sinjun, por favor.

Mi sonrisa se tornó un poco ácida.

—Creo que seguiré llamándolo Boris.

—Me llamará Señor St. John y solo me dirigirá la palabra cuando se lo diga, ¿entiende?

Oh, no, otro de esos. ¿Qué los hacía pensar que podían ser tratados con tal superioridad? ¿Su dinero? ¿Su raza? ¿Sus delirios de grandeza?

—Ella es tan densa como un bloque de mármol, querido —intervino Ruth. No pierdas tu tiempo tratando de comunicarte con ella.

Quise sacar mi arma del bolso, pero solo saqué mi libreta y el bolígrafo.

—¿Sabe de alguien que quiera amenazar a la doctora Carey?

—Obviamente es el mismo loco que me amenaza a mí.

—¿Y quién es él?

—Greg Goodman. Es un estudiante de teatro. Dirige una campaña anti-eugenesia. Es solo un insecto muy ruidoso.

—¿Conoce usted a Greg Goodman? —le pregunté a Ruth Carey, después de anotar el nombre en la libreta.

—Sé de él. No quise mencionarlo antes, pero creo que está detrás de las amenazas de muerte.

—¿Por qué no quiso mencionarlo antes?

Ella vaciló y miró a Boris, como buscando consejo. Luego, prosiguió, aun sin convencerse.

—No quiero meter a alguien más en problemas.

Hice otra nota y guardé la libreta en mi bolso. GreGoodman era una posible pista, uno que quería seguir, aunque Ruth y Boris se lanzaban disimuladas miradas maliciosas, lo que me parecía un mal augurio.

—Tal vez debería interrogar a Greg Goodman, Samantha —sugirió Henry rápidamente.

—Lo haré.

—Y mientras tanto —continuó—, tú, Ruth, te quedarás aquí, donde pueda verte.

—Pero Henry...

—Sin peros —dijo, dirigiéndole una mirada severa, mostrando por fin que tenía el mando—. Te quedas aquí, Ruth. Samantha, interroga a Greg Goodman y haga otras averiguaciones si cree necesario. Repórtelas a mí personalmente. Quiero que este asunto se resuelva. No podemos seguir viviendo así —miró a Ruth y Boris—, ¿verdad, querida?

Capítulo Siete

Tenía el presentimiento que Ruth Carey me estaba escondiendo algo y que sabía quién estaba detrás de las amenazas de muerte. ¿Podría ser Greg Goodman? Tenía mis dudas, pero decidí interrogarlo de todos modos.

Después de preguntar en la escuela de drama, descubrí que Greg Goodman estaba en una sala de exploradores cercana a la escuela donde practicaba con su banda de rock. Imaginé que Greg no accedería a hablar conmigo si conocía mis motivos, así que decidí hacerme pasar por una periodista, Abigail Summer, y entrevistarle sobre su campaña antieugenesia.

Me estacioné afuera de la sala de exploradores, un edificio reformado de los años cincuenta. Me detuve frente a la puerta y escuché el sonido de una guitarra eléctrica, batería y bajo. No reconocí la canción, pero a mi indocto oído, sonaba muy bien y claramente la banda tenía potencial.

Llamé a la puerta, un gesto sin sentido debido al nivel de ruido de la banda. Entré en el edificio. La banda, compuesta por tres desaliñados estudiantes, tocaban sobre una tarima al final de la larga habitación. El guitarrista y vocalista me vio y la canción se detuvo.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó el guitarrista.

—¿Greg Goodman? —inquirí.

—Soy yo —sonrió él.

—Mi nombre es Abigail Summer. Soy periodista. Quisiera saber si puedo hacerle una entrevista.

—¿Sobre la banda? —quiso saber él, saltando de la tarima, emocionado.

—La banda y otras actividades extracurriculares.

El baterista miró por encima de su instrumento. Observó mis piernas y lanzó un silbido junto con un toque de su batería. Greg señaló por encima de su hombro con su pulgar.

—Ignore a Bruce, es un sexista del siglo veinte. Si quiere hablar, debe entrar aquí, porque no la dejará en paz.

Greg abrió la puerta lateral y lo seguí hacia una cocina bien equipada. Para ser un explorador, se debía estar bien preparado, sobre todo en lo

relacionado con la comida.

Al dirigirnos hacia unos taburetes, noté que Greg no era mucho más alto que yo. Era delgado y tenía el cabello castaño y ondulado, que ya escaseaba hacia la coronilla. Sus ojos eran oscuros y amables y su rostro era definido cubierto por una fina barba que parecía no tener intención de seguir creciendo.

—Usted estudia en la escuela de drama —dije

—Sí —respondió Greg, remangándose la camisa hasta los codos. Sonrió—. ¡Seré el próximo Richard Burton! —exclamó—. De hecho, creo que lo mío es la comedia. Espero conseguir papeles en comedia dramática, o en la comedia en vivo. ¡Mi ambición es llegar al QI!

—Te deseo muchos éxitos —le dije con una sonrisa. Tomé m libreta y bolígrafo de mi bolso y seguí mi entrevista—. Cuéntame de tu banda.

—*Modus Operandi* solo es por diversión. Podemos tocar bien, pero, pero es básicamente una distracción, algo para relajarnos.

En ese momento, la banda empezó a tocar y yo di algunos golpecitos en la base del taburete con mi pie.

—También te interesa la política —me aventuré.

—Es de familia —Greg respondió como si fuera algo obvio—. Mi padre es concejal y mi madre hace campañas para Greenpeace, Amnistía, Amigos de la Tierra... ¡soy un rebelde desde el día en que nací!

—Manejas una sociedad que se opone a la Fundación de Investigación sobre la Eugenesia.

—Así es, aunque llamarla sociedad es un poco exagerado. Somos unos pocos y la mayoría no tiene mucho tiempo.

—¿Están muy ocupados estudiando? —pregunté.

—Ocupados embriagándose y teniendo sexo —dijo entre risas.

—¿Tienes novia?

—Ahora no —su rostro se puso serio y adoptó un tono conspiratorio. Se inclinó hacia mí y prosiguió—: soy un poco torpe con las chicas. Se lo puedo contar porque usted es una señora. Es decir, no intento ligar con usted. No es que no me agrade, es muy atractiva, pero debe ser por lo menos diez años mayor que yo, ¿verdad?, es demasiado mayor, ¿verdad? No me refiero que está vieja y fea. De hecho, parece joven y es tan atractiva... lo que digo es que...

Levanté mis manos, que sostenían la libreta y el bolígrafo y Greg comprendió el gesto.

—¿Te has dicho que cuando estás en un agujero es mejor dejar de cavar?
—le dije con una sonrisa.

—De acuerdo —me dirigió una sonrisa avergonzada—. ¿Quisiera salir conmigo? —murmuró.

—Ya estoy con alguien —respondí con torpeza.

—Oh, está bien —Greg se removió en su taburete y se tomó un momento para escuchar a su banda, que se encontraba haciendo el mayor ruido posible. Greg volvió su atención a la cocina, mirando mis rodillas y tobillos—. Es muy atractiva. Para ser mayor. Lo que quiero decir es...

Me reí mientras le daba un pequeño golpe con mi libreta.

—De acuerdo, —dijo al fin, riendo también—. Dejaré de cavar.

—Hábleme de tu sociedad —probé, volviendo al punto de la entrevista.

—No hay mucho que contar —dijo él, encogiéndose de hombros—. Nos reunimos cuando estamos de humor, distribuidos boletines informativos, publicamos comentarios en las redes sociales...

—¿Quién escribe los boletines?

—Yo lo hago.

—¿Tienes un ejemplo?

—Qué bueno que lo pregunta —dijo, sacando una hoja de papel A4 doblada.

Leí el boletín mientras Greg escuchaba a su banda. La noticia afirmaba que la Derecha usaba los medios para convertir a la gente a sus ideas, que las personas aceptan fácilmente lo que los medios de comunicación muestran, que la Derecha controla el 90% de todos los medios, que las mentiras se repiten tanto que son aceptadas como verdades, que las personas vulnerables y las minorías étnicas son usadas para acrecentar miedos y odios, que los marginados son usados como una cortina de humo para desviar la atención de los abusos del capitalismo y la avaricia corporativa.

—Es algo fuerte —dije, devolviéndole el boletín a Greg, que la guardó de nuevo en su bolsillo.

—Gracias.

—Entonces está bien decir que te opones a alguien como Ruth Carey.

—Ella es un monstruo —confirmó Greg—. Sé que es psiquiatra, pero tiene problemas mentales. ¿Cómo alguien cuerdo podría pensar algo así?

—Mucha gente la admira —dije.

—Entonces también están enfermos. Como dijo G.K. Chesterton, «lo más sabio es gritar antes de que te hagan daño. No es bueno gritar después de que

has sido lastimado, en especial si has sido moralmente lastimado. La gente habla sobre la impaciencia del pueblo, pero los historiadores saben que la mayoría de las tiranías han sido posibles porque han reaccionado demasiado tarde. Es esencial resistir una tiranía antes de que exista. La respuesta no está en decir, con distante optimismo, que el esquema está solo en el aire. El golpe de un hacha solo puede detenerse mientras está en el aire.»

—Es muy apasionado por sus creencias.

—Sí... pues si cree que soy apasionado debería escuchar a mis padres.

Me acomodé en mi taburete y me alisé la falda sobre las rodillas. Me deshice de una hebra de cabello sobre mi hombro, sabiendo que Greg me dirigía una mirada interesada. Aunque se me dificultaba aceptar la atención, me sentía cómoda con Greg, tal vez porque compartía mi incomodidad y mis problemas para interactuar con el sexo opuesto.

Hice otra nota en mi libreta y miré a Greg a los ojos.

—Alguien atacó a Ruth Carey esta mañana.

—¿Y usted cree que yo lo hice? —preguntó Greg, sorprendido.

—¿Lo hiciste?

—No, pero admiro a quien lo haya hecho.

—¿Sabes quien atacó a Ruth Carey?

—No tengo idea —respondió, con expresión triste.

—¿Alguien que pertenece a tu movimiento, tal vez?

—Mis compañeros no son violentos. Claro, hay bastante charla agresiva, pero cuando se trata de acción... —dejó su comentario flotando en el aire. Entonces, me devolvió la mirada—. ¿Por qué tantas preguntas?

Nunca seré una actriz. Me ruboricé ante su sospecha y sentí que era momento de decir la verdad y admitir mi engaño.

—De hecho, mi nombre es Sam, no Abigail. Soy detective privada, no periodista. Pensé que estaba actuando.

Greg me observó con curiosidad.

—¿Pensaba que no hablaría con una detective privada?

—Si te decía la verdad, no hubieras sido tan comunicativo.

—¿Trabaja para Ruth Carey? —preguntó entonces Greg, rascándose la barbilla.

—Su esposo, el profesor Henry Chancellor, me contrató para investigar una serie de cartas amenazantes.

—¿Cree en lo que ella dice?

—Sus opiniones me parecen abominables.

—¿Y por qué se quedó?

—Necesito el dinero, pero además tengo mi orgullo profesional. Cuando alguien me contrata, me quedo en el trabajo hasta el final.

Greg sonrió. Sus sospechas se desvanecieron y de nuevo éramos amigos.

—Quienes te contratan deben ser muy extraños. Quiero decir...supongo que tienes que estar muy desesperado para contratar a una investigadora privada. Lo que digo es... —vio que mi expresión se tornaba divertida y levantó las manos en señal de rendición.

—Dejar de cavar —dijo.

—La mayoría de mis clientes son personas honestas y decentes. Las recompensas del trabajo no son económicas, sino ayudar a las personas a resolver sus problemas.

Nuestra conversación alcanzó su conclusión natural, así que guardé mi libreta en el bolso y seguí a Greg hasta la sala. Nos encontramos con un infantil coro de «sabemos lo que hacían ahí». Como respuesta, Greg les mostró el dedo medio a sus compañeros.

Ya en la puerta de la sala, Greg murmuró:

—Es un hombre con suerte.

—¿Perdón?

—Su novio. Espero que aprecie lo que tiene.

—No —respondí, pensando en Alan—, yo soy la afortunada. Gracias por la charla.

—De nada —dijo Greg con modestia.

Capítulo Ocho

Llegué a casa, dejé mi ropa de trabajo en la lavadora y me metí en la ducha. Ruth Carey estaba segura en su casa, sin más preocupaciones hasta el momento. Greg Goodman no la había atacado y tampoco le había enviado amenazas de muerte, en mi humilde opinión. En algún punto, Ruth había molestado a alguien lo suficiente para amenazarla y, debido a sus estridentes creencias, la lista podría ser bastante larga. Yo aún pensaba que ella sabía quién estaba detrás de las amenazas y que probablemente ella dirigía esta farsa.

Esta noche iba a conocer a Alis, la hija de Alan. Me pregunté qué pensaría ella de mí. Alan sugirió que tal vez me tuviera recelo, o incluso celos, porque por siete años habían estado solos, sin ninguna compañera permanente en la vida de Alan. Sin querer parecer demasiado inocente, decidí ponerme algo casual y juvenil, así que escogí un par de jeans y un suéter con capucha y conduje hasta St. Fragens donde se encontraba la bonita casa del siglo dieciséis de Alan.

Sintiéndome algo nerviosa, toqué el timbre mientras golpeteaba el piso con mis pies. En segundos, Alan abrió la puerta con su acostumbrada sonrisa.

—¿Cómo estás? Pasa.

—Estoy bien —logré enseñar una sonrisa algo forzada.

—Qué bueno verte —dijo él.

—Gracias.

—Por aquí. Permíteme presentarte a Alis.

Seguí Alan por el pasillo hacia su sala de estar. La habitación era limpia y moderna con muebles de madera de haya, una alfombra que cubría los pisos de roble y los típicos aparatos tecnológicos contemporáneos. Encontramos a Alis recostada en el sofá, ocupada en su computadora del tamaño de la palma de su mano.

La observé. Parecía medir unos cinco pies con nueve pulgadas. Tenía piernas largas y delgadas cabello castaño, largo y rizado y facciones tractivas.

Sus ojos marrones mostraban su inteligencia y su aspecto en general sugería que crecería para ser una mujer hermosa.

Al igual que yo, Alis llevaba jeans y un suéter con capucha, pero la de ella era rosa, en lugar de crema. Llegué a la conclusión de que mi atuendo había sido un error porque se veía mucho mejor en Alis que en mí. También pensé que debería recortar un poco mi cabello para parecer más “adulta” y dejar de reconectarme con mi juventud. Fue un pensamiento confuso porque, gracias a mi madre, no tuve infancia ni adolescencia. Aunque le doblaba la edad, treinta y dos ante dieciséis, se me ocurrió que Alis tenía una mejor noción sobre sí misma, lo que me hizo dudar de mi misma al acercarme a ella.

—Hola —dije, sonriendo.

—Hola —respondió Alis, mirándome por encima de su aparato y luego volvió a él, apretando unos cuantos botones.

—Veo que ya se conocieron —para mi alivio, Alan apareció en la sala—. Deja eso —le dijo a Alis—. Puedes hacerlo mas tarde. Vamos, habla con Sam.

—Solo déjame terminar esto—se quejó Alis, ignorando a su padre.

Alan me miró y suspiró. Luego, miró hacia el techo, como pensando «¿qué puedo hacer?». Me indicó una silla para sentarme.

—¿Puedo traerte algo de beber?

—Beberé vino con la cena, si no es molestia.

—Seguro. Estoy haciendo una tarta de vegetales y lentejas especialmente para ti —miró por encima de su hombro, hacia el apetitoso aroma que emanaba de la cocina—. Será mejor que vuelva a la cocina. Alis, se amable con Sam. Volveré pronto —esto último me lo dijo con una mano sobre mi hombro.

—¿Hablando con amigos? —le pregunté a Alis cuando Alan se había ido.

—Es solo un chico.

—¿Un novio?

—No realmente —dijo, encogiéndose de hombros—. Es solo un chico —tecleó unas cuantas palabras y luego me miró—. Eres una investigadora privada.

—Sí.

—Genial.

—Sí.

Alis volvió a su aparato y sonrió. Su novio parecía haber escrito algo divertido.

Eché un vistazo alrededor y vi un dibujo a lápiz de Alan. Recordé que Alis era una artista, así que en un intento de estimular la conversación, pregunté:

—¿Tú dibujaste eso?

—Sí —respondió Alis, mirando el dibujo

—Eres muy talentosa.

—Solo es algo que hago por diversión —dijo.

—Tal vez podrías dibujarme.

—No —se rio ella. Luego, frunció el ceño—. Te insultaría, no soy tan buena.

La charla sobre arte se estaba apagando, así que enfoqué mi atención en una pila de libros en el piso junto Alis.

—¿Son tus libros de la escuela?

—Sí.

—¿Qué quieres hacer cuando termines la escuela?

—Ir a la universidad y hacer una carrera en medicina.

—¿Cómo psicóloga?

Alis lo pensó un momento antes de responder.

—Tal vez solo práctica general, como mi madre. No estoy segura.

Terminando su charla en línea, Alis dejó su dispositivo sobre una pequeña mesa a su lado. Acomodándose en el sofá, me dirigió toda su atención por primera vez.

—Papá habla mucho de ti.

—Ajá.

—Él te ama.

—Ajá.

—Pero tú no lo amas.

Solté un suspiro. Quise mirar al techo pero sostuve la mirada de Alis y sonreí.

—No es tan simple.

—¿Qué podría ser más simple? —dijo ella—. O amas a alguien o no lo amas.

Cómo explicarlo... no podía encontrar las palabras adecuadas.

—He tenido una vida complicada. Soy una persona complicada.

Alis se inclinó hacia adelante. Ahora sí estaba centrada en la conversación, con sus grandes ojos cafés ofreciéndome toda su atención.

—Has aparecido en los periódicos.

—Ajá.

—Le disparaste a alguien.

—En defensa propia.

—¿Cómo te hace sentir saber que le disparaste a alguien?

—No muy bien —admití.

—Si tuvieras que hacerlo de nuevo, ¿lo harías?

—espero no tener que volver a hacerlo.

—Pero si tuvieras que...

Lo pensé durante un momento y decidí responder con la verdad.

—Si las circunstancias fueran desesperadas, supongo que sí.

Alis observó una foto enmarcada de Elin, su madre fallecida.

—Mi madre era una persona pacífica, odiaba la violencia.

—Y yo también.

—Pero mataste a alguien. Y lo harías de nuevo.

—La verdad, Alis, no soy una persona violenta. De hecho, he sido víctima de violencia.

Ella frunció el ceño y desvió la mirada. Su cabello rizado cubrió el lado derecho de su rostro, pero ella lo retiró con su dedo.

—¿Que quieres decir? —preguntó con confusión.

—¿Te ha contado tu padre sobre mi pasado?

—No.

Suspiré de nuevo, me pregunté si estaba haciendo lo correcto, pero decidí darle a Alis un resumen de la historia de mi matrimonio con Dan.

—¿Por qué soportaste todo aquello? ¿Por qué te quedaste? —me preguntó Alis cuando terminé.

Me encogí de hombros. La verdad era que era difícil ofrecer una respuesta honesta.

—Creo que pensé que podría mejorarlo si me quedaba, que todo estaría bien. —y luego, con más honestidad—. Y tal vez no tenía la suficiente confianza para dejarlo.

Alis me miró con sus ojos pensativos, retirándose el cabello de los hombros y cambiando de postura en su sofá.

—¿Sabes qué pienso?

—¿Qué piensas, Alis?

—Pienso que has recibido demasiada violencia en el pasado y ahora eres una persona violenta y te pareces a Dan, y ahora, en lugar de recibirla, la das.

Me incliné hacia atrás, pasmada. Definitivamente era la hija de su padre y sabía algo de psicología, pero yo no coincidía con sus conclusiones. De

hecho, no las aceptaba.

—No soy una persona violenta, Alis. Lo prometo.

Como en un cuadro congelado, Alis y yo nos mirábamos desde lados opuestos de la habitación, ambas sosteniendo opiniones diferentes. Alan entró y anunció:

—La cena está servida.

Alis se dirigió hacia el salón comedor. Yo me puse de pie con algo de dificultad.

—¿Estás bien, Sam? —me preguntó Alan, extendiendo un brazo hacia mí.

—Sí, bien —le ofrecí una enorme sonrisa—. Huele muy bien.

—Vamos —Alan sostuvo mi brazo y me llevó al salón comedor, donde encontramos Alis sentada a la mesa—. Come, te encantará.

Capítulo Nueve

Durante la cena, que estaba deliciosa, por cierto, observé la manera tan sencilla en que Alan y Alis interactuaban, como reían y bromeaban entre ellos. Pensé en la idea que Alis tenía de que yo era una persona violenta y me pregunté si su comentario tendría algo de verdad. Involuntariamente, Alis había abierto una puerta hacia un pensamiento perturbador y yo era muy buena para los pensamientos perturbadores.

Concluí que no era una persona violenta, pero, ¿quién era? ¿Quién era Samantha Smith? Tal vez debería preguntárselo a mi padre, si lo conociera.

Después de ayudar a su padre a retirar los platos de la mesa, Alis se retiró a la sala para usar su computadora. Mientras tanto, Alan y yo fuimos a su estudio, donde nos sentamos en sillas de cuero a beber vino blanco.

—Estás muy callada, Sam. ¿Te gustó la cena?

Levanté la mirada, de repente consciente de que me había perdido en las profundidades de mi copa de vino.

—Sí, lo siento. Fue una cena muy agradable.

—Espero que Alis haya sido comunicativa. No se pasó todo el tiempo hablando con sus amigos de internet, ¿verdad?

—Fue una charla... interesante —luego, con más entusiasmo, añadí—: ella es encantadora, muy linda.

—Ella es igual a su madre.

Asentí, reconociendo el parecido entre ella y Elin.

—Ustedes se aman mucho.

Alan sorbió un poco de su vino, sonriendo un poco por encima de su copa.

—Tenemos mucho para compartir.

—no me gustaría molestarte, o a Alis.

—Tu no nos molestarás, así que no pienses en eso —Alan volvió a llenar mi copa. En ese momento, llegó un mensaje a su celular. Al leerlo, me preguntó —¿En qué estás trabajando ahora?

—¿Qué opina de la eugenesia? —le pregunté, bebiendo de mi copa.

—Creo que es una afrenta a la humanidad. ¡Por qué preguntas?

—Estoy trabajando para la doctora Ruth Carey.

—Ah —Alan guardó su teléfono en el bolsillo de su pantalón.

—¿Ha escuchado de la doctora Carey?

—Nuestros caminos se han cruzado.

—¿Qué piensas de ella?

—Es muy segura de sí misma, directa, dogmática. No creo que sea una buena psiquiatra, pero tiene sus seguidores y admiradores.

—El esposo de la doctora Carey me contrató porque ella está recibiendo amenazas de muerte y esta mañana fue atacada después de dar una conferencia sobre eugenesia —me sentí muy cansada por todo lo ocurrido en el día y agarré mi copa con más fuerza, pero mi mano tembló un poco, haciendo que el vino casi se derramara sobre mis piernas—. Ella sabe quién la está amenazando y quien la atacó, estoy segura, pero no quiere hablar.

—¿Por qué no?

—Porque creo que el atacante es uno de sus pacientes.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Alan, inclinándose hacia adelante en su silla con una mirada curiosa que revelaba que estaba de verdad intrigado.

—Una corazonada. Además, es muy evasiva cuando intento tocar el tema.

—Llegarás al fondo de esto, estoy seguro.

Le agradecí y bebí más vino. Nos quedamos en silencio por un minuto entero. Alan me ofreció mas vino pero no acepté.

—Tú crees en mí, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Eres una buena detective y lo sabes.

—Pero soy mala compañera y novia. —me ruboricé cuando pronuncié aquellas palabras así que agaché mi cabeza y mi cabello cayó hacia adelante.

—Estás siendo muy dura contigo misma de nuevo, Sam.

—Dan siempre dio que yo era un desastre. Tal vez tenía razón.

Alan sacudió la cabeza. Me dirigió una mirada severa.

—¿Por qué te casaste con él?

—Porque estaba sola y era insegura. Él me sonrió, se interesó en mí. Él era apuesto y encantador, así que pensé, tómalo, podrías no tener otra oportunidad.

—¿No mostró indicios de personalidad violenta antes del matrimonio?

—Era el caballero perfecto, hasta la noche de bodas. Tuvimos una ceremonia sencilla pero yo estaba cansada. Esa noche, él quería sexo, pero yo no. Él se enojó, discutimos y me quebró la mandíbula. Y fue igual durante los próximos cuatro años. En nuestro matrimonio, yo me consideraba una amante inútil. Pero últimamente he estado reflexionando. Tal vez Dan también tenía problemas. Él me deseaba, pero cuando estábamos en el momento, nada pasaba. Quizás tenía algo que ver con el alcohol, o tenía problemas con el sexo. Él era problemático, pero escondía todo cuando salía al mundo exterior. Era encantador, amable, como...

—Yo. Y piensas que si me acerco demasiado, me convertiré en Dan.

—Sí —dije. Por suerte, mi cabello era largo y escondía parte de mi vergüenza—. ¿Soy cruel por pensar eso? ¿Estás ofendido?

—Entiendo perfectamente, Sam. Es normal y natural. No eres cruel y no estoy ofendido —Alan se acercó a mi silla y se puso de cuclillas a mi lado. Sentí valor y lo miré a los ojos—. Te doy mi palabra de que no seré como Dan, pero mi palabra no te convencerá, ¿verdad?

—¿Qué me convencerá, Alan? Quiero que me convenzas.

Alan retiró la copa de vino de mis manos y la dejó sobre la mesa. Luego, me tomó de las manos y me dio un ligero apretón en los dedos.

—Imagínate esto. Tú estás parada en un lado de un cañón yo estoy en el otro lado y entre nosotros hay un viejo puente de madera. Para llegar hasta mí, tienes que cruzar el puente, pero por supuesto, te dices que es demasiado peligroso y serías muy arriesgada si pusieras un pie en él. Yo te quiero conmigo, así que reparo el puente para que sea seguro. Pero aún estás reacia a pararte en el puente sólido porque en tu cabeza, no es seguro, aún lo ves como peligroso. Tienes que convencerte a ti misma que puedes poner un pie en el puente y cruzarlo. Y esta noche es sobre ello, que tú des otro paso en ese puente, que te acerques a mí, que explores el puente para que veas que es seguro. Y cuando alcances ese punto correrás hacia mis brazos y te llevaré al paraíso.

—Seremos viejos para cuando yo cruce ese puente —dije con una débil sonrisa. Él se rio.

—Habrá valido toda la espera. Pero creo que ya estás llegando. Creo que solo necesitas un paso sólido y luego todo será más fácil. Lo digo por lo de tu pasado, y por lo que has logrado con tu agencia. Cuando te anuncias como agente privada, debes estar llena de dudas y temores. Pero poco a poco, caso a caso, te has probado a ti misma que eres capaz y que puedes hacer un

excelente trabajo. Una vez te decidas a poner un pie en el puente, lo cruzarás todo, no tengo la menor duda.

Su rostro estaba muy cerca del mío. Sus labios estaban cerca de los míos. Nos besamos con ternura. Su e en mi era conmovedora, sobre todo porque mi cabeza daba vueltas, llena de dudas. Quería estar con este hombre, pero el miedo amenazaba con arruinarlo todo. Me sentía enfadada conmigo misma, frustrada con mi inhabilidad para aceptar su amor y reciprocárselo.

—Vamos a estar en la exhibición de fuegos artificiales en el castillo en la noche de las hogueras. ¿Quieres ir con nosotros?

—Me encantaría —dije.

Alan me dio otro apretón en las manos y sonrió.

—Un paso firme en el puente, Sam. Podrás dejar tu violento pasado atrás.

Capítulo Diez

La mañana siguiente la doctora Ruth Carey estaba de vuelta en el trabajo y el profesor, Henry Chancellor, me dio instrucciones para seguirla. Mi tarea era establecer quién estaba detrás de las amenazas de muerte y el intento de secuestro.

La oficina de Ruth estaba situada en Cathedral Road, Riverside, en el corazón de la ciudad, al oeste del río Taff y cerca al campo de cricket. Su oficina era vecina de la «Novello House», un edificio llamado así por un famoso actor, compositor y productor, Ivor Novello. Estacioné mi minien Cathedral Road, cerca de la «Novello House» y estuve tentada de cantar una canción de Ivor «Keep the Home fires Burning». Sin embargo, mi rango musical solo se extendía a una sola nota, Si, decidí no cantar. En su lugar, me enfundé en mi gabardina y observé la calle, buscando posibles secuestradores o autores de cartas amenazantes.

Por supuesto que, a no ser que alguien lleve una placa proclamando «soy un asesino» es difícil distinguir una persona amenazante de una benévola. No vi a nadie caminando por la calle planeando algo malicioso.

Si mi teoría era correcta y la persona detrás de las amenazas era uno de los pacientes de Ruth, entonces las personas que entraban a su oficina eran las que cargaban la mayor amenaza. Le pedí a Ruth que me permitiera quedarme en la sala de espera para poder encontrar el peligro estando cerca, pero ella declinó mi oferta. De hecho, fue muy estricta en su negativa, lo que no era muy bueno para nuestra relación cliente-agente.

Mis pies se estaban convirtiendo en bloques de hielo por el frío de la calle, estudié atentamente a los pacientes de la doctora Ruth. Todas las personas se veían normales. Claro que tenían problemas, pero ninguna se veía amenazante ni parecían secuestradores.

A la hora del almuerzo, Ruth Carey dejó su oficina y se acercó hasta mi auto.

—Voy encontrarme con Boris. Tenemos asuntos que discutir, ya puede irse a su casa.

—Pero su esposo me dijo que me quedara con usted.

Ruth Carey miró hacia el cielo gris y dejó escapar un suspiro.

—Muy bien. Puede seguirme en su feo auto.

Cerré el vidrio de la ventana de mi auto y seguí al BMW de Ruth fuera de la ciudad, hacia el pueblo costero de Penarth en el sur. Un elegante asentamiento victoriano que ha conservado su herencia, Penarth hace alarde de una buena playa y un magnífico puerto. Me pregunté si iríamos de paseo por el puerto cuando Ruth dio un giro para salir del pueblo y dirigirse hacia el campo. Cinco minutos después, llegamos a un granero convertido. Era un edificio de piedra color crema, paneles de madera y ventanas grandes. La casa era privada y atractiva, una residencia deseable para personas en constante movilidad.

Y hablando de ello... mientras Ruth se estacionaba en la carretera, Boris salió de la casa.

—Hola, querida —le dijo a Ruth, besándola en la boca. Luego, mirándome con suspicacia, preguntó—: ¿Qué hace ella aquí?

Ruth caminó hacia la casa, con su bolso colgando de su hombro.

—Henry le dijo que me siguiera.

—Pues no puede entrar en la casa —Boris movió sus brazos como si estuviera espantando palomas—. ¿Por qué no se va a su casa, niña? Fuera de aquí.

La niebla se convertía en una ligera llovizna, y yo me estaba mojando, de pie ante las puertas del jardín.

—El profesor Chancellor me dijo que me quedara con la doctora Carey.

Las facciones desagradables de Boris se tornaron en una sonrisa burlona.

—¿En caso de que el coco se la lleve?

—Así es.

—Entonces quédese aquí. Sugiero que espere en la puerta por si viene el coco. Desde aquí tiene una buena vista del campo y del camino.

Así que me quedé afuera, mojándome. Me estaban haciendo enfadar. Era tan solo un juego perverso, otra diversión en sus cerradas y crueles vidas.

Me subí el cuello de la gabardina, pero no sirvió de nada porque la lluvia me corría por el cuello. También podía sentir la humedad en la parte trasera de mis jeans. Nada como sentarse en un trasero húmedo. Podría entrar en mi auto, pero si alguien se acercaba y yo no estaba...

Me quedé en el mismo lugar por tres cuartos de hora. Sin ninguna amenaza a la vista, me volvía para ver hacia la ventana del cuarto principal. Sabía qué estaban haciendo. Había sido una agente privada el tiempo suficiente tiempo

para saber que estaban teniendo sexo, que eran amantes. Había seguido a bastantes hombres y mujeres para saberlo con toda seguridad.

Observé una escalera reposando junto un cobertizo. Caminé hacia ella, la levanté y la examiné por si tenía alguna allá. No encontré ninguna, así que la llevé hacia la parte frontal de la casa y subí hacia la ventana de la habitación.

Una mirada me confirmó que estaba en lo cierto, estaban teniendo sexo (noté que Ruth se había operado los senos). Con mi cabeza apenas asomándose por el alfeizar de la ventana, saqué mi celular y los filmé por doce segundos. Me sentí sucia, pero Henry Chancellor quería un reporte completo y merecía conocer la verdad. Estar parada sobre una escalera bajo la lluvia observando dos personas poco atractivas teniendo sexo es lo menos erótico que había hecho (ver dos pared de calcetines dando vueltas dentro de la lavadora es más estimulante) pero sentí que debía hacerlo, por cómo se comportaban conmigo y porque no disimulaban para nada su lujuria. Tal vez esta era la verdadera razón por la que Henry Chancellor, para descubrir este engaño. Si así era, ¿Dónde quedaban las amenazas de muerte y el intento de secuestro?

Me bajé de la escalera y la llevé de nuevo al jardín, sobre las marcas que había dejado en el césped por su inactividad. Después de limpiarme las manos en el pasto húmedo, volví a mi lugar de centinela y me limpié el agua de las piernas.

Dieciocho minutos después, Ruth y Boris emergieron de la casa, luciendo felices y ligeramente ruborizados.

—¿Alguna señal del coco? Me preguntó Boris con su sonrisa burlona.

—No —respondía con solemnidad.

—Creo que vi algo moviéndose entre esos árboles por ahí —Boris señaló hacia la parte de atrás de la casa, hacia un campo pantanoso y un bosque.

—Más vale que haya investigado —añadió Ruth con voz aguda y dando traspies después de su agitación carnal.

Con renuencia, me dirigí hacia el campo pantanoso. Salté una reja de cinco barras y caminé entre el lodo, haciendo ruidos extraños con los pies. Como era de esperarse, me caí. Caí sobre mi espalda y Ruth y Boris se rieron como locos. Me convertí en Sam el payaso y les estaba dando una gran diversión. Intenté ponerme en pie pero el lodo era tan denso que volví a resbalar y caí de nuevo. Ellos se rieron una vez más. Mis manos, mi ropa y mi rostro estaban todos cubiertos de fango. Por fin pude levantarme justo a tiempo para escuchar el grito de Ruth. Corrí entre el lodo y encontré a Boris tendido sobre su

espalda. No había señal de Ruth. La habían secuestrad. Solo una cosa era segura: nadie se estaba riendo ahora.

Capítulo Once

Llamé a la policía. Llegaron y recorrieron la escena en busca de pistas, guiados por un sargento llamado Hopkins. Prestaron mayor atención al área cercana a la puerta principal y tomaron placas de yeso de las huellas de los neumáticos que se encontraron en el lodo.

Sintiéndome (y viéndome) como una idiota, le di mi declaración al detective sargento Hopkins. Aparentemente satisfecho, pasó a interrogar a Boris St. John, quien había revivido con ayuda de alguna medicina.

Boris no me permitía entrar a su casa para limpiarme, así que me encontré sacudiendo el lodo de mis manos cuando llegó el detective inspector “Dulces” MacArthur.

Dulces habló con Hopkins y luego se acercó a mí, sonriendo.

—¿Qué te pasó, Sam? —me preguntó, observando mi rostro lleno de fango.

—No preguntes. Y si te ríes, te dejaré igual.

—Te pareces a mi señora, aunque ella se aplica lodo verde para preservar su belleza.

El lodo estaba tan espeso que no iba a ceder hasta cuando llegara a casa, me duchara y me cambiara de ropa, así que me conformé con soltar un suspiro y esperar. Le ofrecí a Dulces una explicación de lo que había ocurrido.

Dulces se comió un dulce y lo masticó pensativamente.

—¿Viste algo cuando regresaste a la reja?

—Ví un Subaru negro pero siguió hacia el oeste por el camino principal y lo perdí.

—¿Número de placa?

—Estaba cubierta de lodo, aunque sí noté que tenía calcomanías.

Dulces se colocó su sombrero encima de su calva y se rascó la cabeza mientras silbaba con el espacio entre sus dientes delanteros. Boris salió de la casa; parecía entirse mal consigo mismo.

—Soy el detective inspector MacArthur. ¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó Boris cuando Boris se acercó a la reja.

—Boris St. John. Se pronuncia...

—Sinjun —interrumpí.

Dulces se volvió y me ofreció una sonrisa paciente.

—Gracias, Sam —continuó—. ¿Vive aquí, señor St. John?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Por qué estaba la doctora Carey aquí?

—Discutíamos un asunto de negocios.

—¿En relación con...?

—La Fundación de Investigación en Eugenesia.

—¿En casa?

—Es una asociación que busca mejorar la humanidad.

Dulces frunció los labios e hizo una mueca. Sacó una libreta del bolsillo de su chaqueta e hizo una anotación.

—Así que la doctora Carey y usted se ven envueltos en conversaciones pesadas —dijo mientras escribía.

—Somos personas muy intelectuales. Hay un encuentro mental, sí.

Y corporal, pensé, pero permanecí en silencio.

—¿Sabe quién secuestró a la doctora Carey?

—Personas que se oponen a nuestras ideas, por supuesto —respondió Boris con impaciencia y petulancia.

—¿Por qué se oponen a sus ideas?

—Porque... —Boris hizo una pausa. ¿Se atrevería a admitir que sus ideas eran horribles?

¿De verdad creía que había una «raza superior» y que su promoción hacía bien al mundo?

—¿Debemos seguir hablando? —se quejó Boris—, me estoy mojando.

Dulces miró hacia el cielo nublado mientras se secaba una gota de agua del ojo.

—Mal día, ¿verdad? —observó—. Hábleme de las personas que odian sus ideas.

—Debería interrogar a Greg Goodman —dijo Boris, moviendo su pie de forma autoritaria y mirando a Dulces con odio. Si las miradas mataran, el detective ya estaría bajo tierra—. Él es un estudiante de teatro. Es un agitador que tiene enlaces con extremistas.

—Amigos de la Tierra, Amnistía... —intervine de nuevo. Dulces me regaló otra de sus sonrisas tolerantes.

—Gracias, Sam —volviendo a Boris, preguntó—: ¿Dónde puedo encontrar al señor Goodman?

—Ya le he dicho, es un estudiante de la escuela de teatro. ¿De verdad es un detective inspector?

Dulces silbó y anotó algo más en su libreta.

—Fingiré que no escuché ese comentario —murmuró. Levantó la cabeza y miró con enojo a Boris. Generalmente, Boris era tan dulce como los que se comía, pero cuando se enfadaba podía ser muy duro—. Hablaré con el señor Goodman. ¿Hay alguien más en el que usted pueda pensar, de una rama diferente de la vida de Carey?

—No sé sobre las demás ramas de la vida de la vida de Carey —mintió Boris—. Tenemos una relación estrictamente de negocios. Si quiere saber más de ella sugiero que hable con su esposo.

—El profesor Henry Chancellor, el astrónomo —añadí.

—Gracias, Sam —contestó Dulces, pero esta vez lo decía en serio—. La señorita Smith me dice que usted vio a alguien entre los árboles.

—Era un chiste—dijo Boris, levantando los brazos en un gesto de rechazo—. Ella es un chiste, solo nos divertíamos.

Dulces entrecerró los ojos y siguió observando a Boris por debajo de su sombrero de terciopelo.

—¿Cree que la señorita Smith es una broma?

—Pues... de hecho, sí lo creo. Una mujer que cree que es una investigadora privada. Gana dinero con engaños.

—Tal vez debería arrestarla —comentó Dulces, en tono casual.

—Sí, oficial —replicó Boris de inmediato—. Debería hacerlo.

—Y también debería arrestarlo a usted por participar en el secuestro de la doctora Carey.

—Mire... —Boris palideció. Entrecerró los ojos y sus mejillas se hundieron en su rostro y las venas en su nariz se hicieron notorias con su indignación.

—Como yo lo veo —usted creó una distracción, llevó a la señorita Smith hacia el bosque para que los secuestradores se llevaran a la doctora Carey.

—Secuestrador —corrigió Boris—. Solo había uno.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. Él me golpeó antes de que pudiera defenderme.

—Deme su descripción —dijo Dulces.

—Era... —se quedó en silencio, moviendo los brazos. Parecía querer irse —. Todo pasó tan rápido —añadió.

—Tal vez debería acompañarme a la fábrica —sugirió Dulces.

—¿Fábrica?

—La estación de policía —contestó Dulces, aguantándose un comentario.

—Mire, yo no tuve nada que ver con el secuestro. Yo... me gusta la doctora Carey. Mucho. Somos grandes amigos, nos queremos. No haría nada para lastimarla.

La lluvia había empapado el abrigo de Dulces, quien movió sus hombros como para sacudir la tensión de su artritis, que empeoraba con el mal clima.

—De acuerdo —concedió Dulces. Guardando su libreta en el bolsillo—, lo dejaremos así por ahora. Tendré más preguntas para usted más adelante, señor St. John; estará en casa, ¿verdad?

—Estaré en casa —murmuró Boris, dirigiéndole una mirada de odio.

Dulces y yo fuimos hasta mi Mini, donde puse mi abrigo sucio. Me senté en el asiento del conductor mientras Dulces se acomodaba en el del pasajero con expresión pensativa.

—¿Quién piensas que es el secuestrador?

—Un paciente.

—¿Por qué?

—Intuición. Y además siempre evade el tema.

—Jum.

Vi que tenía los ojos en el espejo retrovisor, observando sus pocos cabellos canos, con la intención de cubrirse la calva.

—Psicólogos y psiquiatras —comentó luego, mirándome—. Definitivamente te involucras con intelectuales, ¿verdad? Lo que me recuerda, ¿cómo fue el fin de semana?

—No fue —repliqué con fastidio y procedí a darle un resumen de mi fin de semana con Alan.

—Vamos, Sam —exclamo—, ya decídete, él no te esperará por siempre.

—Ya lo sé. No me presiones, dulces, lo estoy intentando —por alguna razón, miré hacia el espejo retrovisor y vi mi cabello pastoso, mi rostro untado de lodo y mi expresión de irritación—. ¡Me enfado conmigo misma, me frustró tanto que podría GRITAR!

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó Dulces con voz calmada y expresión serena, contento por mi pequeña explosión.

—No realmente.

Dulces salió del auto. Me miró desde afuera con una sonrisa mientras golpeaba el techo del auto con las uñas.

—Será mejor que vayas a casa y le laves mientras yo me quedo a seguir hablando con este cabeza de chorlito.

Empezó a caminar hacia la casa, pero antes se acercó a mi ventana y me dijo:

—Oye, Sam, ¿qué piensas de esto? Todas las noches mi mujer se pone una mascarilla de lodo en el rostro y rizadores en el cabello. Eso no ayuda, aún veo que es... esto... ella ha intentado usar esa mascarilla para ser más bella. Funcionó por un tiempo y luego se cayó... o qué tal esto... algunas esposas obtienen su belleza de sus madres, la mí la obtuvo del químico... una más... un niño pequeño ve a su hermana ponerse una mascarilla en el rostro. «¿Por qué estás haciendo eso?», pregunta. «Para verme más atractiva» responde su hermana. Cuando su hermana se retira la mascarilla, el niño dice «no funcionó, ¿verdad?»

Capítulo Doce

Me metí a la ducha tan pronto llegué a casa. Luego me puse un pantalón gris a rayas y un suéter de cuello redondo para ir a la casa de Henry Chancellor. El secuestro de Ruth Carey era un problema de la policía ahora; sin embargo, me sentía culpable porque no pude evitarlo.

Nos encontrábamos en el estudio del profesor. Él estaba en un estado de angustia. De alguna manera parecía aún más delgado que antes, su cabello se veía despeinado y sus ojos estaban enrojecidos.

—Lo siento mucho, profesor —me disculpé débilmente.

—No es su culpa, señorita Smith. En absoluto.

Noté que ahora era «señorita Smith», no «Samantha», un detalle pequeño, tal vez, pero era uno que me indicaba que el profesor Chancellor sí me consideraba responsable del secuestro.

—La policía me ha dado su versión del acontecimiento —continuó, con la mirada su regazo—. Me gustaría oír la historia desde su punto de vista.

Sentada en el asiento de cuero, expliqué sobre la broma y mi aventura en el fango. Al terminar, el profesor Chancellor solo asintió y emitió un gruñido ambiguo.

Aunque sabía que era agregarle sal a la herida, sabía que debía comentarle todos los hechos, así que continué:

—Su esposa y Boris St. John están envueltos en una Aventura. Tengo evidencia en mi teléfono.

El profesor me miró con agudeza por encima de sus gafas de medialuna. Sus ojos parecían más vivos y brillantes.

—¿Qué tipo de evidencia?

—Un video de doce segundos.

—¿Los atrapó *in fragante delicto*?

Asentí con la cabeza. Él giró su cabeza para esconder la expresión de repulsión que se formaba en su rostro.

—Deme la evidencia por escrito, en un reporte completo. Mientras tanto, destruya el video.

—Pero —protesté— esta es la única evidencia que tenemos. Si la destruyo será mi palabra contra la de ellos y por supuesto ellos lo negarán.

—¡Destruyalo! —replicó con firmeza, mostrando su faceta de maestro de escuela victoriano—. No quiero que alguien más ve esa... porquería, y francamente, señorita Smith, me sorprende que haya caído tan bajo.

Su reproche me hizo ruborizar. Sin embargo, agarré mi celular de mi bolso y borré el video.

—La evidencia ha sido destruida. Si quiere llevar esto hasta la corte, será mi palabra contra la de ellos.

—Esto no irá hasta la corte —murmuró, con los ojos perdidos en la distancia.

Yo tenía que defenderme, así que continué hablando.

—Usted me contrató para descubrir el engaño, ¿verdad? Esa es la razón por la que caí tan bajo. Sospechaba de la aventura y quería pruebas. Apuesto que la doctora Carey ha tenido otros romances en el pasado y uno de esos romances está ligado a su desaparición.

El profesor Chancellor se encontró con mi mirada con renuencia.

—Ella era fiel en los primeros años de nuestro matrimonio. Pero ahora se hace tratamientos de belleza, se pone prótesis, tiene amantes... tal vez está tratando de probarse algo ella misma, que aún es atractiva para los demás hombres, quizás tenga una crisis de confianza —sonrió ligeramente—... tal vez... ella debería consultar a un psiquiatra. Todo lo que puedo decir con certeza es que ella no es la mujer con la que me casé. Yo tenía la esperanza que mi apoyo a su fundación pudiera disminuir su... comportamiento extramatrimonial, pero parece que era una falsa esperanza.

—¿Quiere recuperar a la doctora Carey? —le pregunté.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —me dijo él, confundido.

—¿Aun la ama?

—La amé hace mucho tiempo, pero cuando alguien traiciona tu confianza...

Lo entendía muy bien. Dan, mi ex, me había traicionado, y eso conllevó el fin de nuestro matrimonio. Aunque su esposa no me agradaba, simpatizaba con el profesor Chancellor.

—¿La quiere tener de vuelta?

—Quiero que la encuentre.

—Necesitaré acceso a todos sus documentos privados. Todos ellos.

El profesor se puso de pie de inmediato, asintiendo con su cabeza.

—La policía removió muchos de sus documentos...

—Pero debe tener copias de seguridad.

Él asintió de nuevo y salió del estudio.

—Sígame.

Lo seguí por un largo pasillo adornado con retratos del siglo diecisiete, hasta llegar al estudio de Ruth Carey. El espacio contenía muebles de caoba y solo alguna muestra de feminidad: un espejo de pared, un cepillo para el cabello y un jarrón con flores. En realidad, los puritanos hubieran estado muy orgullosos de este estudio.

Me senté en el escritorio de Ruth y busqué entre sus cajones, que estaban muy desordenados, llenos de papeles y otros materiales. Leí varios de los documentos, la mayoría cartas sobre la Fundación de Investigación para la Eugenesia y su práctica psiquiátrica, todas muy secas y con lenguaje técnico en extremo. No encontré nada que me llevara al secuestrador.

En el último cajón del escritorio de Ruth encontré una pequeña computadora portátil. La abrí y encontré que tenía contraseña. La mayoría de las personas usan contraseñas que son cercanas a ellas para poder recordarlas. Ruth no tenía hijos así que no podía ser el nombre de un niño. Ella era una fanática de la eugenesia, se podría decir, así que intenté la palabra «eugenesia» y variaciones de la misma, pero no logré descifrarla. Como ella era psiquiatra, utilicé palabras relacionadas con la psiquiatría, pero no tuve éxito. Escribí una lista de psiquiatras famosos, empezando por Freud. Nada. Rebusqué en mi mente y encontré el nombre del fundador de la psiquiatría moderna, Philippe Pinel. Yo leo mucho, leo libros que amplíen mi mente, como complemento de una educación fracturada al perder muchos momentos de mi infancia por tener que cuidar de mi madre enferma. Recordé que Philippe Pinel publicó un texto de psiquiatría en 1801, así que tecleé philippepinel1801. No funcionó. *Maldición*. La modifiqué a philippepinel. Tampoco sirvió. Luego intenté pinel1801. *jeureka!* La computadora se abrió y tuve acceso a los archivos de Ruth. Afortunadamente, la cuenta de correo electrónico estaba abierta y no tuve que concentrarme en buscar otra contraseña. Examiné los archivos, en su mayoría relacionados con la Fundación de Investigación en Eugenesia y el trabajo de Ruth como psiquiatra, hasta que llegué a un archivo grande, con el nombre de Peter Vanzetti.

Abrí en archivo de Vanzetti y descubrí un montón de cartas de amor. Las primeras cartas eran tiernas y amorosas, pero luego empezaron a ser más íntimas y eróticas hasta convertirse en pornográficas. Hacia el final de la correspondencia, Peter mostraba su ira mientras Ruth le decía que su romance debía terminar. El último correo electrónico hablaba de venganza y retribución. Este último correo era gráfico y explícito y era incomodo de leer;

sugería que Peter Vanzetti tenía una mente inestable. Con esto en mente, investigué los correos del trabajo de Ruth y descubrí que Vanzetti era uno de sus pacientes y que sus síntomas habían sido exacerbados por las drogas. Esta era evidencia circunstancial, pero apoyaba mi hipótesis de que Ruth conocía a su secuestrador y que había tenido una relación con ese hombre. Ruth había cruzado la línea embarcándose en esa relación, personal y profesionalmente y era obvio que quisiera mantenerla en secreto. Además de esto, reconocí el apellido Vanzetti; Peter tenía un hermano llamado Vincent Vanzetti, una especie de «Padrino», un hombre con una reputación peligrosa y varios homicidios en su nombre.

Bien hecho, Samantha. Ahora todo lo que tienes que hacer es encontrarte con Vincent Vanzetti e informarle que Peter es sospechoso de secuestro. ¿Ya tienes tu testamento? ¿Es posible que dejes todas tus posesiones a Marlowe? O simplemente deberías dejar el mundo del crimen organizado y abrir una agencia de búsqueda de gatos perdidos...

Cerré la computadora de Ruth y suspiré. Estaba de más decir que ese no era mi día.

Capítulo Trece

Mi siguiente paso estaba claro: tenía que encontrar a Peter Vanzetti y hablar con él. El camino más corto hacia él era a través de su hermano Vincent. Y el camino más corto para llegar a Vicente r a través de un colega investigador privado, Mickey Anthony.

Mickey Anthony tenía unos cuarenta años y era bueno en su trabajo. En sus más de doce años de carrera había establecido un número importante de contactos. Esperaba que Mickey pudiera ponerme en contacto con Vincent Vanzetti. Sin embargo, no quería ver a Mickey; él era un mujeriego que hacía que Casanova pareciera un monje. Él quería acostarse conmigo pero yo sabía que sus sentimientos no iban más allá. Mickey era un hombre apuesto y yo entendía por qué las mujeres se sentían atraídas hacia él. Él ya me había hecho proposiciones pero yo lo rechazaba cada vez. Sentía que mis rechazos eran como un reto para él y que quería probarse algo a sí mismo. Pero para mí, el sexo estaba atado al amor y mi vida amorosa tenía demasiados nudos. Además, me sentí muy frustrad. A pesar de mi apariencia profesional, me encontraba más y más enfadada conmigo misma.

Mickey Anthony rentaba una oficina en una ubicación de primera, en el cuarto piso de un moderno edificio de ladrillo que daba a la estación de ferrocarril Queen Street en el centro de Cardiff. Entré en el elevador y cuando llegué al piso de Mickey caminé hasta su oficina y llamé a la puerta.

—Pase —dijo él, falto de aliento. Abrí la puerta y lo encontré sin camisa, golpeando un saco de boxeo—. Deme un minuto —añadió, dando un derechazo.

Me estremecí al ver los golpes en el saco de boxeo. Había tenido suficientes cuando estaba con Dan. los recuerdos me revolviéron el estomago y aparté la mirada para observar el resto de la oficina.

La oficina era limpia y moderna con una variedad de plantas interiores que suavizaban las esquinas. Vi algunos cuadros de carros de carreras colgados en las paredes, una foto de la esposa de Mickey sobre el escritorio y una computadora portátil, que estaba encendido, por lo que pude observar la lista de los contactos de las redes sociales de Mickey. Tenía cientos de contactos, la mayoría mujeres.

Una mano sudorosa lanzó la tapa de la computadora y la cerró.

—No, no, Sam —sonrió Mickey—. La curiosidad mató al gato, pensé que lo sabías.

—Solo estoy perfeccionando mis habilidades de fisgoneo—respondí a la defensiva pero correspondiendo su sonrisa—. No puedes culparme por eso.

Mickey volvió al saco de boxeo. Después de unos cuantos ganchos de izquierda y cruces de derecha, detuvo el saco y se puso una toalla sobre los hombros sudorosos.

—Iré a tomar una ducha rápida —me informó, señalando su enorme cuarto de baño—. ¿Me acompañas?

Me di la vuelta y miré por la ventana. No quise responder a su pregunta.

Desde la ventana de Mickey, observé los trenes llegar y partir de la estación, los viajeros que andaban por las plataformas y las personas que se dispersaban por la ciudad para comprar, conducir negocios y buscar entretenimiento. El día estaba gris, muy nublado, aunque la lluvia se había detenido. Me pregunté si el clima arruinaría el evento de juegos artificiales en la noche. También me pregunté si encontraría la valentía para caminar por el «puente» de Alan y descubrir la confianza en mí para amarlo completamente.

Seguía pensando en Alan cuando Mickey salió de la ducha. Se encontraba secándose su oscuro cabello mientras me observaba con sus ojos risueños. Su ojo derecho siempre parecía estar a punto de ofrecer un guiño sugestivo, una mirada que seducía a muchas mujeres pero que a mí me dejaba fría.

—Te ves bien, Sam. ¿Has estado ejercitándote?

—Solo salgo a trotar cuando el tiempo lo permite.

—Supongo que estás algo corta de tiempo en estos días, con todo el estruendo sobre el caso de la Señorita Diamante, tus servicios deben ser muy solicitados. Felicidades, por cierto, ese fue un trabajo excelente. Mereces todo el crédito. Siempre supe que podía hacerlo, que triunfarías.

Mickey dejó su toalla sobre un radiador y se volvió hacia mí, ofreciendo una vista completa de su torso desnudo y musculoso, su rostro de pugilista, con una hendidura en la base de su nariz, su mandíbula cuadrada y su barba de diseñador. Se había envuelto en una segunda toalla, aunque dejaba poco a la imaginación, revelando sus poderosos muslos y su considerable virilidad.

—¿En qué estás trabajando ahora? —preguntó mientras se ponía un suéter negro de cuello redondo por encima de su cabeza.

Le expliqué mi enredo con Ruth Carey y su secuestro.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó.

—Quisiera hablar con Vincent Vanzetti. Tal vez él pueda llevarme hacia Peter. Peter tiene una serie de desórdenes mentales y eso me preocupa. Esperaba que pudieras actuar como mediador y arreglar una cita entre Vincent Vanzetti.

—Bien —Mickey aceptó—, pero te costará.

—¿Cuánto? —pregunté.

Mickey tomó una chaqueta de cuero y la puso al respaldo de su silla, en la que se sentó luego, con su modestia apenas escondida y se puso un par de calzoncillos y unos jeans azules.

—¿Qué te parece una cena en mi casa? —dijo con perversión.

—¿Y tu esposa? —pregunté.

—Está en un viaje de negocios. Tenemos un acuerdo mutuo.

—¿La amas? —me sorprendí ante mi pregunta, pensando en que no había forma en que el respondiera que sí.

—Por supuesto.

—¿Ella te ama?

—Está loca por mí —replicó Mickey, riendo.

—Y eres tan modesto.

—Bueno... —me sonrió de nuevo —cuando tienes el aspecto de una súper estrella, encanto, carisma... —parecía estar leyendo mis pensamientos, porque añadió—. El amor viene en todas las formas y colores, Sam. Lo que nosotros tenemos funciona. Somos devotos el uno con el otro, pero sabemos que también necesitamos libertad. Así que, ¿qué dices? Cena en mi casa, mañana en la noche.

—Lo siento —me di la vuelta y me dirigí hacia la salida—. Tus precios son muy caros.

—Espera —con un movimiento ágil, Mickey me acompañó en la puerta. Levantó su mano derecha y me acarició la mejilla—. Tú me gustas, Sam —dijo con un susurro seductor—, eres una mujer hermosa. Haces que mi pulso se acelere. No puedes culparme por intentarlo.

Retiré su mano de mi rostro y tomé el picaporte de la puerta. Lo miré con hostilidad.

—No tendrás nada de mí, Mickey, así que déjalo.

—No tendré nada de ti, excepto tu frialdad.

Fruncí el ceño y mis mejillas se encendieron con ira.

—¿Qué quieres decir?

—Pues es bien sabido que eres un tempano de hielo; fría y distante.

Sentí que mi espíritu caí al piso.

—¿De verdad piensas eso de mí?

—Es de lo que se habla en el negocio —dijo Mickey, volviendo a acariciar mi mejilla. Acercó su labios hacia los mí —tal vez quieras probar lo contrario...

Lo empujé hacia atrás y me escondí detrás del saco de boxeo.

—¡Ya déjalo, Mickey! Solo porque no me acuesto contigo, ¿me llamas tempano de hielo?

Él se encogió de hombros y fue a sentarse a su escritorio. Abrió su computadora para hacer algo en ella.

—No soy yo quien lo dice, Sam. No culpes al mensajero.

—Pero yo no soy así —insistí. *¿O sí lo soy?*

—Te diré qué —dijo Mickey, poniendo sus manos detrás de su cabeza y subiendo sus pies al escritorio—. Contactaré a Vincent Vanzetti y veré que podemos arreglar. Estaremos en contacto cuando tenga algo para tí. Pero no me mires así, sol o es una forma de hablar.

Capítulo Catorce

Mientras esperaba que Mickey Anthony arreglaba un encuentro con Vincent Vanzetti, reflexioné sobre la imagen que la gente tenía sobre mí, de alguien que es fría y violenta. ¿Así es como me presentaba? ¿Era esa mi verdadera forma de ser? En mi interior, consideraba que era una persona amable, amorosa y pacífica, pero supuse que solo veíamos lo que queríamos ver y que todos nos ven de manera diferente, a través del filtro de sus propias experiencias.

Era una noche oscura y fría, pero seca, perfecta para un evento de juegos artificiales. Con el hedor del azufre en el aire y los fuegos artificiales de todos los colores ardiendo en el cielo, conduje a Cooper's Field, en el Castillo de Cardiff para presenciar la exhibición.

Encontré a Alan cerca de las ruinas del viejo monasterio, como lo habíamos acordado. Estaba hablando con una mujer, una mujer atractiva, pequeña, de unos cuarenta años con cabello corto y ojos sensuales. Ambos se reían y por alguna razón sentí una punzada de celos y resentimiento. Entonces, cuando ella se puso de puntillas y lo besó en la mejilla, quise correr hacia ella para sacarle los ojos. En lugar de eso, tomé aliento y me acerqué a Alan mientras ella se alejaba.

—¿Quién es ella? —pregunté, sugiriendo que Alan me había traicionado con otra mujer.

—Solo una amiga —replicó él sin preocuparse—. Ella es la doctora Felicity Barr.

—Oh —me sentí avergonzada por mis celos y mi sensibilidad. El secuestro de Ruth Carey me estaba afectando más de lo que quería reconocer y tenía los nervios de punta.

Alan me rodeó los hombros con su brazo para abrazarme.

—Te vez muy bien, Sam. Estoy feliz de que hayas venido.

Lo miré a los ojos y sonreí. Pero dejé de sonreír al contarle sobre Ruth Carey.

—No es tu culpa, Sam —dijo Alan, dándome un apretón en el hombro—. Ella es la arquitecta de su propia caída.

—Lo sé, pero me siento culpable. Tengo que encontrarla, para redimirme y rescatar algo de confianza y orgullo.

Él asintió, demostrando que comprendía. De hecho él me comprendía más de lo que yo me comprendía a mí misma.

—La encontrarás, Sam, tengo fe en ti.

Los fuegos artificiales iluminaban las sonrisas en los rostros de los niños. Mientras el resto de la personas contemplaban la escena, Alan miró a través del campo, hacia donde estaba Alis hablando con sus amigos. Alis me vio y sacudió su mano en forma de saludo, pero solo por cortesía. También la saludé, pensando en que, probablemente, Alis preferiría ver a otra mujer al lado de su padre.

—Alis es una chica adorable —dije con honestidad. A pesar de las dudas que ella tenía sobre mí, a mí me agradaba.

—Ella extraña a su madre. Tal vez debí haberme casado cuanto antes para darle un modelo a seguir. Pero no parecía bien involucrarme románticamente con otra mujer en ese momento.

Tomé la mano de Alan y le di un apretón tranquilizador.

—Tú eres un buen modelo a seguir.

—Como padre, intento serlo. Pero es difícil ser mamá y papá.

Los juegos artificiales seguían alumbrando en el cielo, esparciéndose en formas de arcoíris. En el fondo, las luces iluminaban el castillo y me pregunté qué pensarían los antiguos fantasmas sobre este moderno ritual.

—Cuéntame más sobre tu madre, ¿Cómo era ella?

—En una palabra, borracha.

—¿Y cuando estaba sobria?

—Tal vez estaba sobria mientras yo estaba en la escuela, pero cuando llegaba a casa ella ya se encontraba ebria.

—Así que te convertiste en su madre.

—Desde que tenía siete años preparaba la comida, hacía la limpieza, lavaba y planchaba. Era una inútil, no sabía lo que estaba haciendo. Aun soy una pésima cocinera. Mi madre se enfadaba conmigo porque preparaba alimentos incomedibles. Ella gritaba y tiraba la comida a la basura. Supongo que su actitud hizo que perdiera confianza. No he tenido confianza en la cocina ni en otras áreas de mi vida desde entonces.

—Debió haber momentos buenos con tu madre —comentó Alan.

Era cierto. Aunque mis recuerdos solían ser tristes, había unos cuantos que eran luminosos.

—La navidad era buena. Yo me encargaba de ello. ¿Puedes creerlo? Una niña de siete años encargada del árbol de navidad... yo solía poner el hada

encima de la estrella del árbol la mayoría de las veces... ya veo por qué ella siempre se veía tan molesta. Una vez, dejé caer una docena de huevos del refrigerador para ver si rebotaban... por supuesto, recibí una paliza por eso. Recibí muchas palizas...

Por alguna razón, una lágrima se asomó a mis ojos. La limpié pero no con suficiente rapidez porque Alan lo notó.

—Está bien dejar salir las emociones, Sam, si necesitas hacerlo.

—No con todas estas personas aquí —dije, mirando a mi alrededor.

Él asintió y me ofreció una sonrisa de simpatía. Continuamos observando los fuegos artificiales.

Un extraño estaba repartiendo bengalas y de algún modo me encontré sosteniendo una. Le di un giro, como lo hacía de niña. Mi madre decía que era un desperdicio de dinero, que solo alcanzaba para alimentar su adicción.

—Después de que tu padre, o debo decir, el esposo de tu, murió, madre ¿hubo más hombres en su vida?

—Tal vez. Pero los mantuvo escondidos. Durante los últimos años de su vida ella estuvo demasiado enferma para estar con alguien; estaba demasiado metida en el alcohol. Para ser honesta, creo que es impresionante que haya vivido tanto tiempo. Para esa época ya había dejado de golpearme para empezar a criticarme por como me veía, por mi ropa, mis intereses... todavía puedo escuchar su voz. Samantha, no hagas eso, Samantha, no puedes salir así... y cuando ella no estaba feliz conmigo siempre era Samantha, no Sam...

Giré mi cabeza para observar a Alan y vi que había desviado su atención hacia la parte del campo que daba al castillo, donde había una mujer caminando hacia nosotros. Ella era bastante tetona y tenía cabello rubio que parecía natural. Estaba consciente de sus encantos porque iba con el abrigo abierto y mostrando u escote. *¿Por qué no vas sin blusa y ya está?*, pensé de mal humor. Ella hizo un gesto con la mano a Alan y él le devolvió una sonrisa. Era obvio que se conocían y no me gustaba su amistad. Estaba de mal humor y no apta para andar sola, como decía mi madre.

—Discúlpame, debo hablar con Yvonne —Alan estaba hablando conmigo, pero tenía los ojos puestos en su amiga—. Nos veremos luego, ¿de acuerdo? Te llamaré y acordaremos algo.

—Bien —respondí, pero mi voz se perdió en medio de los fuegos artificiales y las risas de la multitud.

Él iba a dejarme, lo sabía. Con sus palabras amables y aparente paciencia, se aburriría de mí. Era un hombre con necesidades, con una fila de mujeres

atractivas interesadas en él, así que, ¿por qué perdería su tiempo conmigo, con alguien tan fría e indecisa? Mientras yo seguía batallando con mis inseguridades, él correría tras alguien más y solo sería mi culpa. Tal vez Mickey Anthony tenía razón, yo era un témpano de hielo, después de todo.

Capítulo Quince

Al día siguiente me encontraba en mi oficina, alimentando a Marlowe, cuando sonó el teléfono.

—Hola, agencia de investigación de Sam, ¿en qué puedo ayudarle? — contesté, haciendo malabares con el teléfono y la lata de comida para gato con sabor a salmón.

—Soy Mickey. Arreglé el encuentro, al medio día frente al mar. Vincent Vanzetti tiene un yate, la *Esmeralda*, encuéntralo ahí —pude sentir la sonrisa lasciva de Mickey a través de la línea telefónica—. ¿Quieres que te acompañe y te tome de la mano?

—Puedo arreglármelas con Vanzetti yo sola. Pero gracias, Mickey, por tu tiempo y tu trabajo.

—No hay problema, nena. Ya lo he anotado en la pizarra, no lo olvides.

Como si pudiera olvidarlo. Dejé el teléfono en el escritorio y puse el plato del delicioso salmón en sus jugos naturales en el suelo.

Me dediqué a pensar en el encuentro con Vincent Vanzetti y decidí estar segura. Llamé por teléfono al Detective Inspector «Dulces» MacArthur y dejé un mensaje con la dirección de la cita en caso de que alguien encontrara mi cuerpo flotando en el puerto.

Conduje desde mi oficina hasta la zona frente al mar. Me estacioné y recorrí la bahía, buscando a la *Esmeralda*. La encontré en cinco minutos, espléndida, blanca con destellos negros, pulcra y depredadora, como un tiburón ballena. Esta reputación podría aplicarse también a Vincent Vanzetti.

Estaba admirando el yate cuando un hombre apareció en la cubierta. Con seis pies de estatura y contextura mediana, tenía una amplia frente y cabello ondulado, que se veía gris en las sienas. También tenía ojos color avellana, nariz recta, barbilla firme y un bigote recortado limpiamente. Además, noté que Vanzetti tenía varios lunares pálidos regados en la parte derecha de su rostro. Llevaba un serio traje gris, una camisa de color azul claro y una corbata azul oscuro con lunares blancos. Un reloj de oro adornaba su muñeca izquierda. Si el yate no existiera, Vanzetti podría pasar por el dueño del banco

local. Dado el peligroso estado de mis finanzas, sentí el mismo nerviosismo que si fuera a visitar al señor Russell en el banco.

Vincent Vanzetti puso sus manos en la barandilla del yate y me miró. Lo reconocí por los recortes de periódico: en mis primeros días como agente, había cultivado el hábito de archivar objetos de posibles intereses en mi escritorio. La mayoría de esos recortes no llevaba a nada y no volvía a verlos, pero ocasionalmente ofrecían una pista para algún caso.

—¿Sam Smith? —Vanzetti frunció el ceño cuando asentí con la cabeza—. Suba a bordo. Le daré cinco minutos de mi tiempo y ni un minuto más.

Subí a la *Esmeralda*. Lo primero que noté fue la decoración color ceniza. Lo segundo fue que el bote se movía con el muelle. Prefería tener los pies en tierra firme. Como consecuencia de esto, tuve que sostenerme de una barandilla mojada para no perder el equilibrio.

—Veo que no es marinera —comentó Vanzetti con diversión.

—¿Qué le hace pensar eso?

Seguí a Vanzetti hasta una zona del bote que tenía paneles de roble. Había alacenas relucientes a un lado del bote y sofás azules que formaban una L alrededor de una mesa de roble pulido. Noté que el emblema era una brújula. Me senté en uno de los sofás, de frente a la mesa y a los paneles de roble que dividían las zonas del bote. Mi conocimiento sobre barcos era limitado, lo suficiente para escribirlo todo en una nota y meterla en una botella diminuta.

Vincent Vanzetti se sentó en el sofá a mi izquierda. Observó sus manos, admirando su cuidadosa manicura y luego me miró con irritación.

—Usted es la mujer que puso cuatro balas en el cuerpo de la señorita Fiona Grimsley.

—Ajá.

—¿Y ahora quiere poner una bala en mi cuerpo?

Miré con suspicacia a mi alrededor, buscando a las personas encargadas de la seguridad de Vanzetti. No vi a nadie, pero supuse que nos estaban vigilando desde las sombras.

—Me gustaría hablar con usted —dije—, sobre su hermano, Peter.

Vanzetti entrecerró los ojos y se acarició un anillo de rubí de uno de sus dedos de la mano derecha.

—¿Qué pasa con Peter?

—Creo que está en problemas. Me gustaría ayudarlo, si es posible.

—¿Qué clase de problemas?

—Creo que Peter secuestró a la doctora Ruth Carey.

Vanzetti se limpió su anillo de rubí con la tela de su pantalón. No estaba segura, pero creo que pude identificar un bulto en su chaqueta hecha a medida. Con una funda de hombro y un arma.

—¿Qué le hace pensar que Peter ha secuestrado a alguien?

—Él era uno de los ácientes de la doctora Carey, ¿lo sabía?

—Él es mi hermano —dijo Vincent on una sonrisa apretada y moviendo su mano en un gesto que indicaba que estaba buscando la frase adecuada—. Peter tuvo algunos... problemas emocionales después de que nuestra madre murió.

—Peter tenía un amorío con la doctora Carey.

Vanzetti se inclinó hacia adelante y su chaueta se briò, revelando ue mis sospchas eran ciertas.

—Eso no es ético.

—Casi nada de lo que hace la doctora Carey es ético.

Me retiré un mechón de cabello de la cara por encima del hombro. Tenía mi arma en el bolso, pero para mi sorpresa, Vanzetti no me habia revisado. Era un ejemplo de como las personas, en especial los hombres, solían subestimarme. Ven a una mujer pequeña con cabello largo y sonrisa inofensiva y por alguna razón bajan la guardia.

—La doctora Carey dejó a Peter y siguió adelante con otro amante. Leí varios correos electrónicos de Peter y Ruth Carey. Empiezan como cartas de amor, pero luego pasan a algo más erótico e incluso pornográfico para después mostrar su ira cuando ella corta la relación. En el último correo habla de venganza. Fue muy incómodo leerlos. Ello muestra que Peter tiene problemas mentales.

—La mente de Peter está tan sana como la suya o la mía —respondió Vanzetti a la defensiva.

—Sus correos electrónicos sugieren lo contrario.

Una ola hizo que la *Esmeralda* se movió. Me paeció que mi estómago se desplazó varios centímetros hacia la derecha mientras el resto de mi cuerpo des movía hacia la derecha, dejando a mi cabeza en las profundidades del muelle. Puse mis manos en el sofá para no caer.

—¿Dónde puedo encontrar a Peter? —preguntèè.

—No va a vomitar, ¿o sí? —dijo él, mirándome con sospecha.

Sacudí mi cabeza mientras tragaba una mezcla de bilis y muesli sin digerir.

—Peter —repetí.

—Sí que es persistente —gruñó Vanzetti—. ¿Nadie le ha dicho que hacer preguntas la puede meter en problemas?

—Todo el mundo —dije, sonriendo.

—Pero sigue preguntando —dijo; parecía perplejo, como si no supiera qué pensar de mí—. ¿Sabe quién soy? —me preguntó.

—Sé lo que es, es un criminal.

—Y aún así accedió a verme sola.

—Dejé un mensaje con un amigo, un detective inspector.

Él asintió y me miró con suspicacia.

—Es más inteligente de lo que parece.

—¿Debo tomarlo como un cumplido o como un insulto? —pregunté con cortesía.

Vanzetti gruñó y se acarició el bigote con los dedos índice y pulgar mientras me observaba atentamente pero sin mostrar sus emociones.

—¿Ha estado en contacto con Peter últimamente? —inquirí.

—No somos tan cercanos como solíamos serlo. Tenemos vidas ocupadas, más los problemas emocionales de Peter y mis negocios...

Vanzetti se puso de pie y presentí que nuestra conversación estaba llegando a su fin. Se dirigió a la cubierta y yo lo seguí.

—¿Quiere hablar con Peter? —preguntó él, mirando hacia el muelle, perdido en sus pensamientos.

—Quiero ayudar a Peter —dije—, si puedo.

Vanzetti me lanzó una mirada intimidante.

—¿Y qué si Peter tiene a Ruth Carey?

—Ya cruzaremos ese puente cuando sea necesario —repliqué, sonriendo para mis adentros por usar la metáfora de Alan sobre el puente.

—Intente esto —me dijo entonces, dándome su celular con los datos de contacto de Peter, incluyendo su dirección en Canton—. A veces Peter va ahí con sus amigos.

—Gracias —guardé su dirección en mi memoria antes de dejar la *Esmeralda*—. Una cosa más. ¿Tiene alguna fotografía de Peter?

Vanzetti suspiró con irritación.

—Tiene habilidades para ser molesta —me dijo.

—Qué bueno que tengo un talento —contesté, sonriendo.

De nuevo, el Padrino local sacó su teléfono y me envió una foto de Peter a mi teléfono.

—Si Peter está involucrado en el secuestro, quiero saberlo —dijo Vanzetti cuando ya me lejaba de la *Esmeralda*—, ¿entiende?

Hice un gesto de comprensión con la mano, aliviada de haberme alejado de Vanzetti y de estar por fin en *terra firma*.

Capítulo Dieciséis

La información que me había dado Vincent Vancetti me llevó hasta Canton. Una de las capillas en la vecindad estaba dedicada a Santa Canna, una mujer de siglo sexto que tenía una hermosa voz. Santa Canna atraía a los paganos con su voz y los convertía al cristianismo, así que el suburbio tomó su nombre siglos después. La zona también era famosa por la foca Billy. Un barco perquero trajo a Billy a Canton en 1912 y se quedó en el lago en Victoria Park. Los locales, sobre todo los niños, lo amaban y lo mantenían bien alimentado, incluso durante 1914 y 1918, cuando la comida escaseaba. Cuando Billy murió en 1939, se supo que en realidad no era un «él» sino una «ella».

Me quedé dentro de mi Mini por fuera de una casa Eduardiana con tapias. Pensé en focas, pensé en las capillas y su decaimiento. Pensé en el horrible estado de mis uñas y resolví que debía hacer algo al respecto, fantaseé con las estrellas de películas de los años cuarenta y cincuenta y luego me pregunté si esas fantasías serían clasificadas como necrofilia. Pensé en una molesta mancha en la alfombra de mi sala y en si habría algún limpiador de alfombras lo realmente bueno y para la cena, consideraba algo simple, como un pastel de carne congelado, vegetariano, por supuesto. Cuando la tarde se convirtió en noche, me pregunté *¿dónde está Peter Vanzetti?* Me acerqué a la puerta y pregunté por Peter a un joven adormilado, desaliñado y drogadicto, quien me dijo que él debía llegar en una hora y que esperara y que si tenía un paquete de cigarrillos. Le dije que no llevaba dinero. Me dirigí de nuevo a mi auto, donde revisé mi bolso y vi que mi mentira se había vuelto verdad, si es que tres libras y cuarenta y siete peniques eran dinero.

A las once p.m. tenía frío y estaba cansada y empezaba a sospechar que Vincent Vanzetti o el drogadicto me habían mentado. Fui a casa, metí mi pastel de carne al microondas, me lo comí todo y me fui a dormir. Por supuesto, toda la noche di vueltas en la cama a causa de la indigestión.

A la mañana siguiente no había señales de Marlowe en la oficina, así que me dispuse a buscar algo sobre Peter Vanzetti entre los artículos de periódico, pero no encontré nada. Estuve a punto de buscar en internet cuando Mickey Anthony apareció.

—¿Cómo estuvo la reunión? —preguntó, recostándose sobre el marco de la puerta.

—Genial. Nos llevamos muy bien.

—Te llevas bien con los criminales, ¿no? —observó Mickey. Me puse a la defensiva.

—¿Qué estás insinuando?

—Nada —contestó él—. Solo hago una observación, es todo —se acercó a mi escritorio.

Cuando la molestia pasó, pensé en lo que había dicho Mickey. Me llevaba bien con los bandidos y me pregunté si tenía algo que ver con mis genes. No lo había heredado de mi madre, quien había evitado la ley a niveles obsesivos: se volvía histérica si un libro de biblioteca no se devolvía en la fecha correcta. Así que tal vez heredé mis comportamientos malévolos de mi padre. Como mi padre nos había abandonado a mi madre y a mí, él debía ser un bandido.

—Vanzetti me dijo que fuera a Canton. Me quedé esperando afuera de una casa en la calle Albert toda la tarde y toda la noche, pero Peter no apareció. Fue muy frustrante y molesto.

—Así es nuestro negocio, querida —respondió Mickey. Se sentó en el borde de mi escritorio, se inclinó hacia mí y sonrió—. Qué bueno que tengo otra pista para ti.

—¿Qué pista? —pregunté, abriendo mucho los ojos.

—Deberíamos discutirlo en la cena.

Fruncí el ceño y volví a mi atención a mi computadora, tecleando con una fuerza que no le hacía nada bien a mis uñas.

—Ya te lo dije, no como con lobos.

—Ahora soy un lobo, ¿no? —sonrió Mickey. Sus faccionres adoptaron una apariencia lobuna.

—Tú sabes quien eres, Mickey, y lo que eres y pareces muy cómodo con esa personalidad. En ese sentido, te envidio. Pero no envidio tu estilo de vida.

Mickey se encogió de hombros. Se acercó aún más de modo que su pantorrilla quedó muy cerca de mi muslo.

—Sabes lo que dicen de ti, ¿verdad, Sam?

Mi computadora me mostró un mensaje que decía «Windows no responde» y entrecerré los ojos. Como si no supiera lo que decían de mí.

—Que soy un témpano —respondí con un suspiro.

—Esa es una de las cosas.

—¿Hay otras? —pregunté, mirándolo con las cejas enarcadas. Mickey frunció los labios y asintió.

—Algunas personas creen que eres lesbiana, otras que eres una prostituta. Sentí cómo mis mejillas se encendían y pude saborear el ácido de la indignación que ascendía desde mi estómago.

—¿Y por qué piensas eso? —inquirí con ira.

Mickey dirigió sus ojos hacia la ventana de la oficina, hacia las viviendas que estaban en muy malas condiciones.

—Mira dónde te encuentras. Estás en medio de un distrito rojo. Es natural que las personas saquen esas conclusiones.

—Tal vez deberían informarse antes de llegar a esas conclusiones. No soy lesbiana y no soy una prostituta. Y me molesta que hagas ese tipo de acusaciones.

Mickey levantó las manos en un gesto defensivo. Luego, me hizo un guiño.

—No le dispaes al mensajero, Sam.

Windows todavía no respondía y yo me estaba enfadando.

—¿Cómo pueden pensar eso de mí? Solo porque no accedo a los desesos de hombres de mediana edad, soy una lesbiana o una prostituta. Es patético.

—El problema es —dijo Mickey— que rechazas a todo el mundo, por lo que he escuchado. Alguno de ellos debe interesarte, ¿o no? —antes de que pudiera responder, Mickey añadió—. Estaba pensando... Yo te saco de este hoyo y tú le dices a todos que estamos saliendo.

—¿Y qué pasa con tu esposa?

—Ya te lo dije, tenemos un acuerdo —puso su pierna sobre la mía y su tobillo acarició la parte interna de mi muslo antes de que yo pudiera protestar—. Sam, hay un magnetismo entre nosotros, puedo sentirlo. Cada vez que te veo, me acerca más y más.

Se inclinó para besarme, pero yo salté y me alejé del escritorio.

Mickey me observó con ojos tristes y sacudió la cabeza.

—¿Qué les voy a decir cuando me pregunten? ¿Que eres tan fría como piensan, que eres lesbiana o que eres una prostituta?

—¡Fuera de aquí, Mickey! —grité, señalando la puerta—. Vete. Yo no le estoy mintiendo a nadie sobre mi vida amorosa.

—Seguro, nena —dijo él con una sonrisita que revelaba que la tristeza en sus ojos no era cierta—. Es tu reputación.

—Lo es. Ahora vete.

—¿No quieres mi pista? —me preguntó él, dudoso.

Agaché la cabeza y mi cabello cayó sobre m rostro. Me sentía confundida y avergonzada, lo que era normal cuando me encontraba con un hombre. Tenía un grave problema, pero siempre asumí que ese problema desaparecería, que encontraría el amor con el hombre indicado. Ahora me encontraba dudando de esa idea

Y peor, me encontraba dudando de mis habilidades como detective privada. Para conservar mi cordura, debía encontrar a Ruth Carey.

—Intenta con el campo de juegos en el Cathedral Road. Entiendo que Peter va a jugar fútbol a la hora del almuerzo —Mickey miró mi computadora—. ¿Éstas en las redes sociales?

Arqueé las cejas, confundida por el rumbo de la conversación.

—Me he suscrito, pero no hago nada hí.

—Deberías. Es una buena forma de promocionar tu negocio. Y puedes conocer gente interesante —fue hasta la puerta de la oficina y se detuvo—. Eres una mujer hermosa, Sam. Es una lástima que seas tan...

Mi mirada de ira lo detuvo en mitad de la oración, haciéndolo levantar los brazos de nuevo, a la defensiva.

—Si me necesitas, estaré cerca.

Capítulo Diecisiete

Al medio día estaba dentro de mi auto en Cathedral Road, no muy lejos de la oficina de Ruth Carey, observando una banda de jóvenes patear una pelota de fútbol. Yo no era muy deportista, pero tenía mis momentos, sobre todo en relación al rugby. Tenía mi teléfono sobre las piernas, con la foto de Peter Vanzetti brillando en la pantalla. Examiné los rostros de los jugadores, buscando una similitud. Después de media hora, no encontré nada. A las siete y treinta y siete, un auto llegó a la calle y se estacionó al otro lado del terreno de juego. Reconocí el auto, era un Subaru negro cubierto de emblemas y calcomanías, el mismo que se había llevado a Ruth Carey.

A través de mis binoculares, observé al hombre que bajó del auto. Iba vestido con una camiseta negra y jeans, tenía cabello corto y oscuro y un rostro joven y atractivo con una barba corta y un piercing en su ceja izquierda y uno en su oreja izquierda. También tenía tatuajes en los brazos y el cuello. Era robusto, como de cinco pies y diez pulgadas y parecía veinte años menor que Vincent Vanzetti. La foto en mi teléfono confirmaba que era Peter Vanzetti. Llegué a la conclusión de que Peter debía ser el bebé de una gran familia.

Peter Vanzetti se unió a sus amigos en el parque y jugaron al fútbol por media hora. Incluso yo me daba cuenta de que Peter Vanzetti no era un futbolista nato; sus movimientos eran desgarbados y parecía limitarse a correr tras la pelota. Aún así parecía estar disfrutando el juego, según su sonrisa. Se despidió de sus amigos con un gesto de la mano y subió a su auto.

Peter condujo hacia la ciudad. Era un mal conductor, que aceleraba y frenaba con frecuencia. Su despreocupación sugería que no tenía miedo alguno de que lo estuvieran siguiendo, así que fui tras él en mi auto con facilidad.

Peter se detuvo en Quarry Street y desde ahí seguimos a pie. Él fue al supermercado, tomó un carrito paseó por los pasillos. Usaba el carrito como usaba su auto, sin considerar a las demás personas a su alrededor. Lo seguí a una distancia discreta y lo observé agregar diferentes productos: frutas,

carnes, pan, pasteles, galletas y un paquete de seis cervezas. Además de la cerveza, no compró otros productos enlatados ni que necesitaran calentarse en la estufa. Conclusión: no tenía abrelatas o estufa.

Cuando Peter llegó a la caja, noté que tenía suficiente comida para dos personas, si no más. Pagó con efectivo y se dirigió a su auto con la bolsa de la compra. Yo había elegido algunas frutas y mientras masticaba un pedazo de banana, seguí a Peter.

Pensé en el comportamiento de Peter mientras nos dirigíamos a su próximo destino. La comida sugería que estaba comprando por dos, ¿podría ser Ruth Carey? Pero durante su juego y las compras había estado muy tranquilo, como si no tuviera ninguna prisa. Si él había secuestrado a Ruth Carey, sabía que ella no se escaparía... ¿posiblemente porque ya la había asesinado?

El Subaru recorría las calles de Cardiff y yo me atrevería a decir que conducía como un idiota. Afortunadamente, el tráfico lo mantuvo a raya así que no tuve que arriesgarme con una multa por exceso de velocidad.

Después de quince minutos, Peter llegó a un pub, el Ship and Anchor. Salió del auto y entró al pub, tal vez para verse con alguien o tomar unos tragos. Me quedé sentada en mi Mini y pensé... ¿debería seguirlo al pub, o estaría arriesgándome demasiado? Seguramente incluso alguien tan estrecho de miras como Peter podría reconocer un espía. Mi objetivo principal era llegar a Ruth Carey y era poco probable que ella estuviera en el pub. Me dediqué a esperar dentro del auto. Yo acostumbraba a relacionar el alcohol con Dan y su violencia, y con mi madre. La asociación no era muy buena, así que evitaba los pubs.

Mis dudas sobre el alcohol se reforzaron cuando, después de dieciocho minutos de espera, un hombre mayor salió tambaleándose del pub. Estaba muy borracho. Como un cangrejo, se dirigió hacia mí con los brazos extendidos. Dio dos pasos hacia atrás, se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad. Siete minutos después, una pareja salió del pub. La mujer llevaba una mini falda y parecía estar confundida. El hombre le puso una mano en la falda mientras sostenía un cartón de papas fritas. Chocaron contra un montón de basura y el hombre dejó caer una papa frita. Se agachó para recogerla, ensartándola con un tenedor. No se debe malgastar nada, como dicen.

Dieciséis minutos después, Peter Vanzetti salió del pub, limpiándose la boca con el dorso de la mano, se dirigió a su auto y condujo a toda velocidad. Yo lo seguí a una velocidad fija.

Las calles estaban oscuras y húmedas, brillando con las luces verdes y rojas de los semáforos después de la lluvia. Peter se detuvo en una esquina. Bajó del auto y esperó junto a un poste y un letrero que indicaba obras viales. Cuatro minutos después, un hombre se acercó a él y ambos caminaron hacia la oscuridad de una casa de apuestas, que estaba cerrada. Las luces de las calles dejaban entrever un paquete que fue ofrecido a Peter y un fajo de billetes, entregado a su compañero. ¿Serían drogas? Los correos electrónicos de Ruth Carey mencionaban la adicción de Peter a la cocaína. Peter volvió a su auto y se alejó.

Seguí a Peter durante veinte minutos, fuera de la ciudad hacia el campo. La noche caía, las carreteras eran oscuras y yo tenía que concentrarme ya que sus luces traseras amenazaban con desaparecer en la distancia.

Por suerte, las estrechas calles acortaban su velocidad y fui capaz de seguirlo hasta una vieja casa abandonada. La casa era enorme; conté catorce ventanas en la fachada mas una extensión de cuatro ventanas. La edificación, de origen victoriano y en estado de descomposición, me recordaba una época donde el carbón era el rey, cuando los barones galeses del carbón podían permitirse estas opulencias.

Peter estacionó su auto adyacente a la entrada. Entró en el edificio, que no tenía techo, y desapareció en la oscuridad. Yo había viajado sin luces durante la última milla y ahora me acerqué a un área aislada lejos de la casa, en un sitio rodeado de árboles. Una vasta franja de bosque se extendía lejos de la casa. Miré entre la maleza, donde escuché el chasquido de las ramas. ¿Había alguien moviéndose por ahí? Quise investigar pero tenía que seguir vigilando a Peter, así que corrí tras él, a través del jardín. En la entrada, acerqué mi espalda a la pared e intenté escuchar.

Contuve el aliento en medio de la oscuridad, llenando mi pecho de aire con anticipación. Estuve a punto de caminar hacia el pasillo cuando una Magnum .357 apareció desde la esquina. El cañón del arma se apoyaba en mi nariz.

—Un movimiento en falso y te volaré la cabeza —dijo una voz amenazante.

Capítulo Dieciocho

—¡Ahí, rápido!

A punta de pistola, el hombre me condujo lejos de la casa, hacia los árboles. Allí, descubrí un Triumph Spitfire escondido en un claro, rodeado de cerezos cubiertos de hiedra.

—Pon las manos en el capó. ¡Cuidado con la pintura! Abre las piernas.

La Magnum apuntaba a la parte baja de mi espalda, así que pensé que sería mejor aceptar sus instrucciones, aunque mi posición carecía de dignidad.

—¿Quién es...? —quise preguntar, pero él me arrebató mi bolso del hombro. Vacío los contenidos, incluyendo mi Smith & Wesson .32, y las dejó en el suelo del bosque.

—Entra al auto. Pon tus manos sobre tus piernas. No te muevas.

Entré en el Spitfire, un convertible. El auto era estrecho y además había un maletín y un morral deportivo a mis pies. Observé el morral y noté el nombre George en la etiqueta (el apellido estaba cubierto) y otra etiqueta señalaba Riverside Sports. De nuevo, la inscripción completa estaba escondida desde mi ángulo de visión. Deduje que el hombre de la Magnum se llamaba George y que le gustaba ejercitarse en el club deportivo Riverside. A George también le gustaba la música, particularmente The Who y Love Affair. También le gustaba la fotografía. Los CDs y la costosa cámara daban una idea de ello.

Con la Magnum en la mano, George se deslizó hasta el asiento del conductor. Me miró con lujuria, lo que empeoró mi pobre equilibrio. Tenía dudas, pero decidí mirarlo también. Tenía cabello oscuro, grasiento y peinado hacia atrás, mostrando un pico de viuda. Sus ojos eran oscuros y estaban fijos en mí. Su rostro era serio y hosco, de patillas largas y su ceja izquierda estaba arqueada en forma inquisitiva. Era alto y musculoso, atlético. Era un hombre extraño, lo que se enfatizaba por sus ropas, un traje de saco y corbata azul marino, que parecía demasiado pequeño para él.

—Mira hacia tus piernas. No toques nada —miré el el maletín y el morral deportivo—. Toma el maletín y ponlo sobre tus piernas. Ábrelo. Luego deja tus manos donde pueda verlas.

Hice lo que se me indicaba y vi que el maletín contenía billetes de cincuenta y veinte libras.

—Diez mil libras, son tuyas. Todo para ti.

Embelezada, miré el dinero y luego observé a George.

—¿Quién es usted? —pregunté—. ¿Qué quiere?

Él me observaba también con ojos vacíos.

—El dinero es tuyo. Tómallo. Vete de aquí.

—El dinero... ¿para qué? —pregunté, perpleja.

—Por tu amnesia. Olvida todo lo que sabes de Peter Vanzetti. Olvida todo lo que sabes de este lugar.

—¿Viene de parte de Vincent Vanzetti? —no me respondió, solo me miró de forma amenazante—. No puedo aceptar el dinero ni sus términos —dije, cerrando el maletín.

—Lástima —murmuró él—. Lástima por ti. ¡Lárgate!

Con la Magnum contra mi espalda, salí del auto.

—Camina hacia el bosque. No te detengas hasta que yo lo diga.

George sacó una linterna y yo caminé hacia el bosque, siguiendo la luz de la linterna. A veces tropezaba y caía contra la corteza de los cerezos. Noté matorrales de zarzas, espino y avellanas junto con hiedra y madreselva. También una gran selección de hongos, aunque estaba muy oscuro para identificarlos a todos.

Mientras caminaba, se me ocurrió que George iba a dispararme. Debí haber tomado el dinero después de todo. Los principios pueden complicar las cosas. La verdad era que estaba muy nerviosa; estaba aterrorizada. Si corría en la oscuridad, me apuntaría con su linterna y *bang*, adiós, Samantha. Entonces, mi desesperación me dio una idea ridícula.

—Esto es vergonzoso —murmuré—, pero necesito ir al baño.

—Te voy a disparar, señorita —gruñó George—, ¿Qué diferencia hace si tu vejiga esta llena o vacía?

—No quiero ir al cielo o al infierno con una vejiga incómoda —repliqué.

—Camina. Cállate y no te quejes.

Llegamos hasta una zona de árboles de tejo. Muy apropiado, porque el tejo era el árbol elegido en los cementerios medievales.

—Paárate detrás de ese árbol. Pon las manos sobre tu cabeza. No muevas un músculo.

—Antes de que dispires —dije—, ¿puedo cantarte una canción?

—¿Qué? —dijo George, mirándome con desconcierto. Al igual que todos los hombres que conocía, no sabía qué pesar sobre mi.

—Antes de que dispires —repetí—, ¿puedo cantarte mi canción favorita?

—De acuerdo —respondió, sacudiendo su Magnum con exasperación—. Cántala. Termina con esto.

—Y promete no disparar hasta que acabe la canción.

—¡Empieza ya! Cántala y deja de molestarme.

Así que empecé a cantar mi canción favorita.

—Diez millones de botellas verdes...

—¡Cállate! De verdad me estás molestando. Eres una persona muy molesta

—George se acercó a mí y me apuntó en la sien con la Magnum —arrodíllate. Más cerca. Apoya tu cabeza en mi pierna —me arrodillé en el piso, inclinando su cabeza hacia su entrepierna. Había escuchado que la muerte podría producir un orgasmo, pero nunca lo imaginé así —cierra los ojos. Más cerca. Ahora siente mi placer, nena...

Sentí que su dedo apretaba el gatillo y también el éxtasis en su rostro. Pero mis ojos estaban enfocados en algo más. Sus bolas. Mientras él se preparaba para disparar, tensé los músculos de mi cuello y le di un cabezaso en las bolas. Oí un crack cuando mi cabeza hizo contacto con su escroto, seguido de un chillido de dolor por parte de George. Se dobló por el dolor y soltó su arma mientras yo me enderezaba y lo golpeaba en el esternón. Luego, lo golpeé en la mandíbula y se desmayó. Pensé en lo valiosas que habían sido las lecciones en defensa personal mientras corría lejos de George con su arma en la mano.

Cuando llegué de nuevo a la casa, estaba falta de aire y algo mareada por mis esfuerzos. Lancé el arma de George en un estanque, que antes había sido un jardín. Luego, recogí mi arma y mis pertenencias, las guardé en mi bolso y, como mi cumpleaños en el día 1 de abril, el día de los inocentes, fui en busca de Ruth Carey.

Capítulo Diecinueve

Seguía temblando cuando llegué a la casa. Me recosté en el porche y me dije que podía hacerlo, que debía respirar profundo y componerme. Mientras tomaba aliento, reflexioné. No tenía idea de quién era George ni para quien trabajaba... ¿Vincent Vanzetti? La mirada vacía de George cuando mencioné a Vincent Vanzetti sugería que no, lo que significaba que este juego tenía otro jugador desconocido. Podría descubrir su identidad luego, por ahora, tenía que entrar en el sótano y encontrar a Ruth Carey.

Mientras recorría el pasillo, se me ocurrió llamar a Dulces y decirle que se encargara de esto. Sin embargo, tenía que redimirme, rescatar a Ruth sería importante para mi autoestima.

Recorrí el perímetro de la casa buscando una trampa. La luna brillaba y ofrecía algo de luz. Sin embargo, la luna también enviaba sombras extrañas y era fácil imaginar que los fantasmas de la casa observaban todos mis movimientos. Se me ocurrió seguir las huellas de los pasos que se notaban a través de la mampostería caída.

Con este método, entré a los alojamientos de los sirvientes, o por lo menos eso fue lo que asumí cuando la casa aún estaba en todo su esplendor. Dentro de un pequeño cuarto, localicé una trampa. También vi dos barriles de cerveza vacíos y una pesada cadena de hierro a un lado. Supuse que esta era la razón por la cual Peter Vanzetti se veía tan tranquilo cuando jugaba fútbol y hacía la compras: cuando los barriles y las cadenas se posicionaban encima de la trampa, Ruth quedaba atrapada en el sótano.

Me acerqué a la trampa y me acosté en el piso. Puse una oreja sobre la trampa y detecté voces, una de hombre y otra de mujer, probablemente Peter Vanzetti y Ruth Carey. Tenía que hacer que Peter se fuera para poder hablar con Ruth, es decir, tenía que crear una distracción.

Me puse de pie y caminé hasta la cadena. Era pesada, oxidada y sucia, pero logré arrojarla contra una pared de piedra. La cadena cayó al suelo con estruendo. Pude escuchar pasos y el crujido de una escalera de madera.

Me encontraba de pie junto a la trampa, con el arma en la mano. Agarré el arma por el cañón y cuando la cabeza de Peter apareció por la trampa, lo golpeé con fuerza. Al igual que George, Peter cayó inconsciente. Me senté en

el piso y puse mis manos bajo las axilas de Peter para arrastrarlo desde la trampilla hasta el sótano.

Un haz de luz de luna me seguía hasta el sótano. Me tomó unos segundos adaptarme a la oscuridad, acentuada por el suave brillo de una lámpara de gas portátil. Cuando mis ojos se ajustaron finalmente, pude ver a Ruth Carey, atada a algo metálico, al parecer, una vieja estantería de vino. Sus ojos estaban abiertos como platos, su rostro estaba pálido y se notaba que estaba asustada.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté y ella asintió con la cabeza—. Quédese quieta, la sacaré de aquí.

Saqué una navaja de mi bolso y procedí a cortar las ataduras de Ruth. Una vez que sus manos y pies estuvieron libres, la llevé hacia la escalera. Caminamos entre los escombros de latas de cerveza, envolturas y cáscaras de frutas y luego, conmigo como guía, escalamos hacia la luz de la luna.

Fuera del sótano, en las ruinas de la habitación, Peter se había despertado. Estaba mareado y confundido, pero ver a Ruth lo atizó. Se levantó rápidamente y avanzó hacia nosotras.

—Nos vamos —le dije, apuntándolo con el arma—. No trates de detenernos. No sé que pasará entre ustedes dos después de esto, pero le dije a tu hermano que quiero ayudarte. No quiero tener problemas y no quiero meterte en problemas, ¿entendido? Por favor, ve con tu hermano, dile lo que pasó. Y aléjate de la doctora Carey.

—¡Ruth! —gritó Peter.

Estuve a punto de hacer un disparo de advertencia al aire cuando escuché otro disparo resonando entre las ruinas. Sorprendida, miré a Ruth y vi que estaba salpicada de sangre. Horrorizada, me volví hacia Peter y lo vi tambalearse, con una herida de bala exponiendo la cuenca de su ojo derecho. En una macabra cámara lenta, cayó al suelo, muerto.

Mientras Ruth gritaba, yo corrí hacia el sonido del arma. Corrí hacia el bosque, hacia el claro. No encontré a George el asesino; no vi rastro de su Triumph Spitfire. La escena se tornó oscura al esconderse la luna tras una nube.

Capítulo Veinte

Me encontré en una sala de entrevistas de la policía en el centro de Cardiff. Ruth Carey estaba en otra parte del edificio y también estaba siendo entrevistada. La energía de la noche y las primeras horas de la mañana me habían dejado exhausta. Con tantos problemas acumulándose, sentí la necesidad de dormir. Apoyé mis brazos sobre la mesa de formica y sobre ellos recosté mi cabeza y traté de dormir.

Me estaba deslizando en los brazos de Morfeo cuando Dulces entró en la habitación. Puso su abrigo sobre un perchero y su sombrero sobre la mesa de formica. Se sentó frente a mí y me miró con ira. Estaba de muy mal humor.

—¿Qué pasó, Sam?

Desde mi lugar, con la cabeza gacha, respondí:

—Entré en el edificio...

—¡Levántate! —ordenó Dulces—. Quiero ver tu cara cuando hable contigo.

Meforcé a enderezarme, me retiré el cabello del rostro y proseguí.

—Entré en el edificio porque pensaba que mi cliente, la doctora Ruth Carey, estaba ahí, captiva. Descubrí a la doctora Carey atada a un mueble metálico. La desaté y estábamos a punto de dejar el edificio cuando apareció Peter Vanzetti. Le apunté con mi arma como advertencia, pero alguien de afuera le disparó. Corrí para investigar, pero el asesino se había ido.

Dulces dejó caer una carpeta sobre la mesa, de la cual extrajo una hoja de papel y procedió a leer mi declaración oficial. De vez en cuando, murmuraba para sí y asentía. Luego, preguntó:

—¿Y el golpe en la parte de atrás de la cabeza de Peter Vanzetti?

—Esa fui yo. Tenía que incapacitarlo para poder rescatar a Ruth.

—Entonces —dijo Dulces, sacando un dulce de su bolsillo—, lo golpeaste y le disparaste.

—¡Yo no le disparé! —grité, y mi voz resonó en la casi vacía habitación.

Dulces desolvvió el caramelo sin azúcar y se lo metió en la boca.

—No tienes que ponerte histérica, Sam.

—No... —suspiré, haciendo un esfuerzo para controlarme—. Yo no le disparé. De acuerdo, no estoy hecha de azúcar, especias y cosas buenas. No

soy una niñita con un listón rosa. Bien, tengo mucha ira adentro y a veces esa ira encuentra la forma de salir. Pero no soy una persona violenta. Me defiendo cuando soy amenazada, pero no inicio la violencia. Me enojo con la gente, pero me enojo más conmigo misma. Fui al edificio para rescatar a Ruth Carey, para redimirme por lo de su secuestro. No fui para dispararle a nadie. Y esa es la verdad.

Dulces continuó mascando su caramelo. Me miró con sus azules ojos muy intensos y una expresión pensativa. Mientras esperaba, yo reflexioné sobre las cosas que habían sucedido. Ciertamente, le había dado un cabezazo a George en la entrepierna, lo golpeé en el plexo solar y en la mandíbula. Ciertamente, había noqueado a Peter. Pero no disfrutaba esas acciones. Me sentía culpable con cada golpe. Durante cuatro años, Dan me había golpeado y algunos de esos golpes le habían producido satisfacción, pero otros solo le proporcionaban frustración. De un modo u otro había vivido con violencia toda mi vida y sabía dónde trazar la línea. *George iba a dispararme, por dios, ¿qué debía haber hecho?*

—Fuiste a ese edificio sola, Sam, a confrontar a un hombre con graves problemas psicológicos y predisposición hacia la violencia. Pudo haberte matado.

—Tengo treinta y dos años, Dulces. Soy una adulta, puedo cuidarme sola.

—¿De verdad? —Dulces se inclinó en su silla y me miró fijamente—. ¿De verdad puedes cuidarte sola? A veces pienso que no deberías estar sola sin una niñera.

También me incliné hacia adelante con ira.

—Así que necesito una niñera, ¿no?

—Para mantenerte a salvo, sí.

Golpeé la mesa con mi puño, un poco petulante, porque Dulces me trataba como a una niña.

—Deja de cuidarme, Dulces. Guarda tus sermones para tus hijos.

—¿Sabes qué, Sam? —dijo Dulces, ajustándose su brazalete de cobre en su muñeca derecha—. Eres muy desagradecida.

—No te dije que fuéramos amigos —le respondí, mirando hacia la pared. *Tu turno, amigo.*

—No lo hiciste. Bien. tienes razón. Tal vez debería alejarme y dejar de cuidarte. Deberíamos mantener esto en un nivel estrictamente profesional. Deberías correr libre, porque eres una salvaje. Eres como un animal salvaje.

—¡No soy un animal salvaje! —dije, poniéndome de pie y dándole un empujón a la mesa—. Solo soy una mujer de treinta y dos años que intenta ganarse la vida y ayudar a otros.

—¿Entonces está bien que tú ayudes a los demás, pero no está bien que otros te ayuden?

—¡Puedo hacerlo sola! ¡estoy feliz estando sola!

Dulces me miró con enfado y yo le devolví la mirada. Nunca lo había visto tan enojado. Y yo nunca había estado tan molesta. Él sacudió la cabeza y yo perdí la compostura. Me senté en la silla, puse la cabeza en mis manos y empecé a llorar, soltando toda la frustración de los últimos días.

Mientras yo sollozaba, Dulces se levantó de la silla y se acercó a mí. Puso su mano derecha sobre mi hombro izquierdo y suspiró.

—Aún no lo has hecho con tu amigo el psicólogo, ¿verdad?

Negué con la cabeza en silencio. Dulces gruñó y me dio un apretón en el hombro.

—Oh, Sam, ¿qué voy a hacer contigo? No soy tu padre, pero me preocupo por ti. ¿Por qué me preocupo? No lo sé. Tal vez porque estás sola. Tal vez porque tienes un aura de vulnerabilidad, aunque sé que eres más fuerte de lo que pareces. Me recuerdas a mi hija y sacas el padre que llevo dentro. Porque escuchas mis bromas cuando los demás piensan que estoy loco. Porque me veo a mí mismo como un viejo caballero maltratado que todavía necesita rescatar a su doncella. Tal vez tu amigo psicólogo podría explicar por qué me siento así contigo. ¿Eso importa, Sam? No a mí, pero me siento como tu protector — se encogió de hombros y desvió la mirada, pasándose la mano por el rostro para esconder su vergüenza—. No soy bueno con este tipo de palabras...

Alcancé su mano, que todavía estaba sobre mi hombro y le di un apretón.

—Los buenos amigos son difíciles de encontrar, Dulces, y valen su peso en oro. Perdón por portarme así contigo.

—Lo que digas —dijo Dulces, lanzando su sombrero por encima de la mesa—. Debemos aprender de ello.

Me sequé las lágrimas y Dulces retornó a su silla. Me ofreció un paquete de dulces y yo tomé uno con sabor a naranja.

—Estás siendo investigada por homicidio —dijo él.

—Las pruebas de balística lo aclararán todo; Peter Vanzetti no fue asesinado por mi arma.

Dulces asintió pero su expresión era aún era severa.

—Podríamos llegar a esa conclusión, pero, ¿lo hará Vincent Vanzetti? — sus palabras eran frías y me estremecí—. ¿Tienes alguna idea de quién apretó el gatillo?

—Había un hombre... —describí a George —, me ofreció diez mil libras para que me alvidara de Peter —lo que era algo irónico, porque el rostro de Peter se me había grabado en la memoria para siempre.

—No reconozco a ese hombre, pero revisaré los documentos —organizó los archivos y puso mi declaración en una carpeta plástica—. Encontramos drogas en el auto de Peter Vazetti. Cocaína. ¿Sabes de dónde vino?

—Seguí a Peter a la ciudad. Se encontró con alguien a la salida de una casa de apuestas —le di la dirección—. Intercambiaron dinero y drogas.

Alguien gopeó la puerta y una policía la abrió y asomó su cabeza. Dulces caminó hasta la puerta, recogió dos bolsas de evidencia y volvió a la mesa.

—Tienes razón —dijo, señalando la bolsa más pequeña —. Las pruebas de balística te descartaron —miró hacia la segunda bolsa, que contenía mi arma—. Tal vez debería quedarme con esta, para alejarte de los problemas.

—¿Qué prefieres, Dulces? ¿Verme a mí muerta, o a mis enemigos?

Dulces susiró y empujó la Smith & Wesson hacia mí.

—Azúcar y especias y cosas buenas. Me pregunto cómo eras de niña.

Sonreí. Luego, puse mis pulgares sobre mis mejillas y moví mis dedos, sacando la lengua.

—¡Era un monstruo!

Capítulo Veintiuno

Llegué a casa y me fui a la cama. Dormí de manera irregular, perturbada por las pesadillas. Después de cuatro horas, me levanté y me metí en la ducha. Reviví un poco con el agua fría, lo suficiente para un desayuno tardío de café, jugo de fruta y ensalada de fruta. Bajo un pálido cielo azul, conduje hacia mi oficina.

Marlowe me estaba esperando. Maulló con insistencia mientras yo entraba, así que lo alimenté y me dirigí hacia mi escritorio. Esperé que mi computadora se encendiera mientras Marlowe comía.

A lo mejor la máquina entendía que solo estaba a un «Windows no responde» de dormir para siempre, porque funcionó de manera impecable y me permitió el acceso a mis archivos. Así que después de arreglarme el cabello y acomodarme mejor en mi silla, me dispuse a escribir el reporte para el profesor Henry Chancellor.

Cuando escribía un reporte para un cliente, me apegaba a los hechos sin la menor interpretación posible. Intentaba mantener mis sentimientos y emociones lejos, permitiendo a los clientes llegar a sus propias conclusiones.

En mi reporte para el profesor Chancellor, expuse que había recogido evidencia del romance de Ruth Carey con Boris St. John y Peter Vanzetti. Proporcioné detalles de esos romances y describí mi intento de rescatar a Ruth junto con la muerte de Peter por una persona desconocida. No escribí que sospechaba que George fuera el asesino. Después de imprimir mi reporte, lo guardé en un sobre y fui hasta el final de la calle para enviarlo al profesor Chancellor. El sobre apenas había dejado mis manos cuando una sombra cayó sobre mí y sentí la boca de una pistola en la parte baja de mi espalda.

—Súbase al auto —ordenó una voz hosca—. El jefe quiere hablar con usted.

¿Qué podía hacer? Me volví a mirar al hombre montaña y su pistola, y a un hombre de aspecto desagradable al volante de una Rover 2000. Suspiré y me deslicé en el asiento trasero de la Rover con el hombre montaña junto a mí. El conductor nos llevó nos llevó fuera de la ciudad, hacia el norte, hacia Caerphilly.

Caerphilly es famosa por su castillo y su torre que se inclina más que la de Pisa. El castillo es aún un monumento impresionante. Sin embargo, hoy no éramos turistas. Antes de llegar a Caerphilly, nos desviamos del camino principal y seguimos una serie de pequeños caminos hacia el bosque, que rodeaba una mina de piedra caliza. La mina me trajo malos recuerdos de mi pelea con Fiona Grimsley, la señorita Diamante.

—Fuera del auto —ordenó el hombre montaña. Obedecí, temblando un poco por la aprensión y el frío de la tarde.

Bajé del auto y caminé hacia una corriente. Vincent Vanzetti se encontraba junto a la corriente, con sus manos dentro de los bolsillos de su abrigo y su mirada dirigida hacia el agua.

—¿Qué ocurrió? —preguntó sin desviar la mirada.

—Peter fue asesinado por una persona desconocida.

—Qué conveniente para usted —gruñó él.

—Es la verdad —insistí.

Vincent Vanzetti giró su cabeza y me miró con ira.

—Como yo lo veo, usted fue la culpable por la muerte de Peter. Rescató a la psiquiatra, Peter intentó detenerla y le disparó. Tiene la costumbre de dispararle a otros.

—Solo una vez —le recordé—. Solo le he disparado a una persona, y fue en defensa propia. Y lo de Peter... la policía revisó mi arma; soy inocente.

—Tenía otra arma —dijo Vincent, armando una teoría que tuviera sentido para su dolor.

—No —dije—, no tengo otra arma —me acerqué a Vincent Vanzetti, pero me detuve cuando el hombre montaña dio un paso hacia mí. Le pasé las manos por la blusa en un intento por contrarrestar el frío—. Siento lo del asesinato, lo siento por Peter, pero creo que alguien ya había planeado matarlo antes de que yo llegara a la escena.

—¿Quién y por qué? —preguntó Vanzetti. Me miró con ojos pensativos mientras sus dedos acariciaban su bigote—. Peter no tenía enemigos, por lo menos no para querer matarlo.

—Usted debe tener bastantes —dije.

Vanzetti entrecerró sus ojos. Por el rabillo del ojo, observé la pistola del hombre montaña brillando con la luz del sol.

—¿Me está culpando por la muerte de Peter? —dijo Vanzetti.

—No lo culpo a usted. Lo que digo es que debemos tener la mente abierta y examinar todas las posibilidades.

Miré a Vanzetti y al hombre montaña. El hombre desagradable se encontraba todavía en el auto. En un momento de pánico, pensé en correr hacia el auto y amenazarlo. Sin embargo, el sentido común prevaleció y decidí quedarme donde estaba y depender solo de mi boca.

—Un hombre me confrontó, justo antes de que Peter fuera asesinado — describí a George y la oferta de diez mil euros—. Creo que este hombre mató a su hermano.

Vanzetti se rio. Me dio la espalda y miró hacia las colinas, hacia las ruinas del castillo medieval.

—Esa descripción no significa nada para mí. Pudo haberla inventado.

—Es la verdad, señor Vanzetti. Se lo juro, no maté a su hermano.

Vanzetti observó al hombre montaña. Movié la cabeza ligeramente y el hombre montaña me apuntó con su pistola, una Magnum .44.

—Alguien tiene que pagar por la muerte de Peter, y ahora esa es usted.

—Si me mata, el asesino de Peter estará libre, ¿de verdad quiere eso?

—Alguien tiene que pagar y estaría muy feliz de que fuera usted. Ahora, la acuso del asesinato y así será hasta que se pruebe lo contrario. Tiene cuarenta y ocho horas para probar su inocencia y traer al culpable.

Vanzetti se alejó hacia su auto, un pulcro y ligeramente amenazante Maserati Bora. Le hizo una señal al hombre montaña, quien guardó su pistola en su funda bajo su axila izquierda. Dejé escapar un largo suspiro. A pesar del frío de la tarde, mi blusa se pegaba a mi espalda y mi frente estaba perlada de sudor. Me dolían todos los músculos del cuerpo y se me dificultaba manejar mis pensamientos. Mi boca tenía el sabor metálico del miedo. Me di cuenta de que estaba jugando con los chicos grandes y que ellos no tomaban prisioneros.

—Cuarenta y ocho horas —dijo Vanzetti por encima de su hombro—. Mis muchachos la llamarán de nuevo.

Capítulo Veintidós

Vincent Vanzetti se fue con sus guardaespaldas, dejándome sola con la buddleia y el bálsamo del Himalaya. Caminé junto a una pista y luego me senté en una gran roca de piedra caliza. Miré hacia los árboles y me pregunté que no podía dejarle la muerte de Peter a Dulces y la policía, tenía que salir de esto. Pero primero tenía que salir de esta ladera, así que llamé a Alan.

Alan se encontraba trabajando en su práctica de psicología en Cyncoed. Sin embargo, prometió estar conmigo en menos de una hora.

Estaba oscuro cuando Alan apareció y me metí en su auto en silencio. Como el brillante psicólogo que era, Alan reconoció que necesitaba estar a solas con mis pensamientos; necesitaba el silencio, así que condujimos sin preguntas o escándalos. Me llevó a su casa en St. Fagans donde me ofreció un vaso de vino blanco y una silla junto a la chimenea.

La chimenea calentó mis músculos y alivió mi tensión mientras el vino relajaba mi lengua. Con mi segunda copa de Chablis, le conté a Alan sobre el asesinato de Peter y el ultimátum de Vincent Vanzetti.

—Tal vez deberías retirarte a la cabaña hasta que esto se calme —sugirió—. Retírate del foco de atención por un tiempo, déjasele a la policía.

—No —dije, negando con la cabeza—. Yo me metí en esto, tengo que enfrentarlo.

Alan también bebía vino, sentado en el borde de un sillón de cuero. Me miró y me sonrió—. Tienes muchas cualidades admirables, Sam, muchas cualidades que me gustan. Pero no estoy seguro de dónde quedo yo en todo esto.

Alan dejó su vino sobre un nido de mesas y caminó hacia mí. Me dio un apretón alentador en el hombro y fue a la cocina a preparar la cena.

Me quedé observando los carbones artificiales en la chimenea y después de un rato, Alis entró en la habitación, con su computadora en la mano. Se dirigió hacia el sofá. Pensé que Alis podría ser una modelo. De hecho, era tan talentosa que podría ser lo que ella quisiera.

—Escuchaste lo que le dije a tu padre sobre el asesinato —le dije, tomando un sorbo de vino.

Alis envió un mensaje en su computadora. Me miró y asintió.

—¿No estás asustada?

—Aterrorizada —admití.

—Entonces, ¿Por qué lo haces?

Mientras pensaba en esa pregunta, observé el fondo de mi copa de vino. Al final, pude dar con una respuesta.

—Tal vez es porque siempre he estado en el borde del acantilado. Metafórica y literalmente. ¿Conoces las montañas del sur?

Alis asintió. Tenía su cabello rizado recogido sobre la cabeza.

—Solíamos hacer picnics ahí con mi madre.

—Cuando era joven, iba allí con mi madre en el verano. Nos sentábamos en la hierba y yo la asustaba al caminar hacia el borde del acantilado. Supongo que una parte de mí se siente atraída por el peligro. A veces me asusta, a veces mi mente se paraliza por el miedo, pero cuando confronto este miedo y salgo al otro lado, me siento bien, como si necesitara retarme a mí misma, probarme. Y creo que podría probarle algo a mi padre, quien quiera que sea.

Alis frunció el ceño. Su computadora rogaba por su atención, pero la dejó a un lado.

—Haces todas estas cosas peligrosas porque quieres ganarte la aprobación de tu padre.

—En parte, sí.

—¿Aunque no sabes quien sea?

—Ajá.

—¿Incluso sin saber si está vivo?

—Ajá.

Alis sacudió la cabeza. La confusión se notaba en su rostro.

—Eso me parece muy loco.

—A veces soy un poco loca —concedí—. No lo negaré.

Alis se recostó en el sofá de cuero. Sostenía su computadora con sus pies mientras me miraba con sus grandes e intensos ojos. Después de pensar un rato, dijo:

—Papá y yo hemos estado hablando.

—Ajá.

—Sobre ti.

—Ajá.

—El me explicó por qué te cuesta tanto amarlo.

Mi garganta se sentía como si se hubiera cerrado. Me puse tensa.

—Ajá.

—Piensas que mi padre te golpeará.

—No realmente —mis pensamientos eran una maraña de duda e incertidumbre—... algo así —mis mejillas se encendieron de vergüenza—. ¿Podemos hablar de esto en otro momento?

—Mi papá nunca me ha golpeado. A veces discutimos, sobre todo ahora que soy mayor, pero él nunca me golpea. Mi papá no es un hombre violento. Nunca levanta la voz. Es la persona más tranquila e imperturbable que he conocido.

—Tu padre es un hombre encantador y estoy segura de que todo lo que dices sobre él es verdad, pero esto es sobre mí y los problemas que he tenido en el pasado, no sobre tu padre y nuestras esperanzas para el futuro.

Alis me fulminó con la mirada y pude ver que estaba lejos de quedar convencida.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Me molesta que creas que mi padre es violento.

Una oleada de culpa se apoderó de mí. En mi mente veía a Samantha Smith y no me gustaba esa persona.

—Me odio a mí misma por pensar que tu padre podría lastimarme.

—Estás involucrada con un montón de personas violentas que cometen actos violentos y crees que mi padre te hará daño. Eres la que trae la violencia a nuestra casa. Creo que mi papá está equivocado por preocuparse por ti. Creo que debería buscarse a alguien más.

Y luego de mostrar sus verdaderos sentimientos hacia mí, Alis recogió su computadora y salió con arrogancia de la habitación.

Hubiera sido muy fácil culparla, verla como una muchachita malcriada, pero en el fondo sabía que ella decía la verdad.

Dejé mi copa de vino sobre el nido de mesas y me dirigí con sigilo hacia la puerta principal. Sin embargo, Alan sintió que algo pasaba porque se acercó a mí antes de que pudiera escapar.

—Sam—dijo, con una expresión de confusión en su rostro—. ¿Qué pasa?

—He molestado a Alis. Y te he molestado a ti. Es hora de parar esto. No estamos mejorando. Te quiero, pero tengo defectos y estoy más allá de cualquier reparación. No puedo hacerlo, me iré.

—No —dijo él, poniendo su mano sobre mi brazo con firmeza—. Quédate, lo arreglaremos.

—Tengo que irme.

Sus dedos me aprisionaban el brazo, al punto que me lastimaba. El amor duele. Lo miré con reproche seguido de una expresión triste.

—Te amo, Sam —dijo Alan, soltándome el brazo. La expresión de su rostro me decía que lamentaba lo que había hecho, pero durante toda mi vida, el amor y el dolor había encajado a la perfección. Había algo en mí que sacaba lo peor de los hombres, que exponía su lado más oscuro; aunque era doloroso, era el momento de dejar esta casa, de dejar a Alan y cualquier esperanza de encontrar el amor.

—No soy buena para ti, Alan. No soy buena para Alis. Discúlpate con ella por mí, por favor.

—Sam...

—Déjame ir —abrí la puerta y salí—, antes de que cambie de opinión.

Salí a la oscuridad sola, sin auto, sin saber adonde iba. Sentía lágrimas en mis ojos pero me obligué a tragármelas. Después de caminar por quince minutos, llamé un taxi y me quedé en silencio mientras me llevaba a mi oficina.

Capítulo Veintitrés

Me encontré sola en la oscuridad de mi oficina, con una extraña combinación entre tristeza y alivio. Tristeza porque me había alejado de Alan, pero alivio porque había tomado la decisión que era inevitable. En algún punto me sentí feliz. Era una emoción falsa, pero me mantuvo despierta a altas horas de la noche y evitaba que me concentrara en el problema que tenía a la mano: descubrir quien había matado a Peter Vanzetti y por qué.

Pensé en George y en la etiqueta de gimnasio en su morral. Después de buscar en el directorio telefónico (mi cerebro no soportaría otro encuentro con la computadora), descubrí que solo había un Riverside Sports y Leisure Club en la ciudad, situado en Riverside. A la mañana siguiente, iría a vigilar el club con la esperanza de localizar a George. Por ahora, debía dormir.

Dormí mal. Muy mal. De hecho, me encontré en la ducha a las 5 a.m. y lista para salir al club deportivo a las 6 a.m., una hora antes de que abriera sus puertas.

El Riverside Sports y Leisure Club ofreció un día gratis para los futuros miembros, así que me registré por el día y, con un chandal negro perfecto para la ocasión, me subí a una bicicleta y pedaleé lentamente, consciente de que podría estar aquí todo el día. Mientras pedaleaba, miré a mi alrededor, a los fanáticos del fitness, esbeltos y estilizados. Los controladores del peso, sudando sus libras sobrantes y verdaderos atletas, moviéndose con agilidad. Pedaleé y pedaleé, pero George no aparecía.

No soy nadadora, pero decidí tomar un descanso en la piscina por una hora. Jugué por un rato a la pelota con una niña. Yo examinaba la zona de la piscina mientras ella reía y salpicaba el agua con alegría, pero no había rastro de George.

A la hora del almuerzo, me decidí por una ensalada, café y pan crujiente. El almuerzo se veía algo melancólico, así que decidí elevar mis niveles de endorfinas en la caminadora, corriendo como si mi vida dependiera de ello. Al final tomé una ducha y me acomodé para una sesión de masaje, mientras buscaba con la mirada a George, pero no lo encontré.

Se me ocurrió que probablemente George solo iba al gimnasio una vez a la semana, y que hoy no era el día. El club deportivo era mi única pista, así que

tenía que quedarme aquí por el resto del día.

Me opuse a las pesas y me decidí de nuevo por la bicicleta, piscina y trote. Supuse que y iba por mi segunda maratón cuando decidí parar para la cena.

Mientras comía una pasable lasaña de verduras, pensé en Alan y en Alis, pero dejé a un lado la expresión dolorida de él y las duras palabras de ella. Los recuerdos se borrarían con el tiempo. Me dirigí a la sesión de Pilates de la noche.

George apareció en medio de la sesión, para mi gran alivio. Vestía un chandal azul oscuro con dorado. Al igual que su traje hecho a medida, su ropa deportiva parecía ser una talla más pequeña. Llevaba una medalla de oro colgada al cuello. Se dirigió hacia las mancuernas y lo observé levantar el peso desde mi escondite tras una máquina.

George levantaba las pesas con exagerado cuidado, como si fueran mucho más pesadas de lo que realmente eran. Paraba entre levantes para respirar, como en un ritual. Sus excentricidades traían a un grupo de espectadores y él estaba tan concentrado en ellos que no me vio a mí. George era un hombre peligroso, pero parecía extraño de varias maneras. Mientras hacía su rutina de ejercicios, su rostro se veía serio y solemne, un rostro que decía que los asesinatos eran un negocio muy serio.

Después de una hora, George fue a ducharse y yo aproveché ese momento para esperarlo en mi Mini.

George emergió del club deportivo con un traje pegado al cuerpo y el cabello peinado hacia atrás. Hizo una llamada con su teléfono celular sin mirar hacia la calle y se subió a su Triumph Spitfire.

Seguí a George por Cathays hacia el este a Adamsdown. Se detuvo en una calle descuidada, miró a su alrededor y luego llamó a la puerta de una vivienda victoriana. Una mujer de unos cuarenta años y de cabello rubio artificial, abrió la puerta y George entró. Me detuve a considerar mis opciones.

Una luz se encendió dentro de la casa, probablemente de una habitación. Tal vez ella era una fanática del ajedrez y George le mostraba las complejidades de su Dragón Siciliano... algo me decía que era mi momento de moverme.

Miré la fachada de la casa, observando cuatro ventanas, una larga enredadera de hiedra y un árbol robusto. El árbol me ayudaría a acercarme a la casa, a un tubo de desagüe y desde ahí podría saltar a un balcón de la habitación. Una ventana estaba parcialmente abierta y supuse que esa ventana

me ofrecería un vistazo al interior de la casa. *Como si no hubiera hecho suficiente ejercicio hoy...*

Suspiré y eché un vistazo a la calle. Me amarré un cinturón a la cintura con una bolsa donde guardaba mi pistola. Tomé además mi teléfono y mi identificación.

Subir al árbol fue la parte fácil, agarrarme a una rama y trepar por la tubería era el verdader desafío.

Primero, probé la rama. Parecía segura y me convencí de que soportaría mi peso. Me meneé en la rama mientras se curvaba y las últimas hojas del otoño caían al suelo. Era ahora o nunca. Miré la tubería. Se veía segura, pero solo había una forma de saberlo. Salté de la rama y fui a dar a la pared, lastimando mi mejilla. Agarré el tubo con ambas manos y mis piernas quedaron en el aire. Por un momento me imaginé bajando de la tubería como un personaje de caricaturas, pero por suerte mis pies localizaron un reborde. Con el sudor resbalando por todo mi cuerpo, empecé a subir.

A pesar de resbalar varias veces y maldecir la humedad que cubría la tubería, estuve a poca distancia del balcón. Miré hacia arriba y la hiedra me cubrió todo el rostro. Genial. Pude sentir un sarpullido creciendo por todos lados. En la mañana, me vería como un monstruo de una película de terror, pero solo podía sostenerme de la hiedra. *Vamos, Samantha, no te quedes ahí como una hoja en un día sin viento, mueve tu trasero y trepa por esta tubería...*

Logré aerrarme a la celosía del balcón con ambas manos. Ahora, para el gran final... con un gruñido poco femenino, moví mis caderas por encima de la celosía. Caí encima de plantas en macetas y nomos de jardín. Uno de los nomos me sonreía como un maniático. *Si no borras esa sonrisa de tu rostro, solecito, te lanzaré muy lejos...*

Hice una pausa para recuperarme de mis esfuerzos. Había una luz encendida en la habitación de la derecha. Después de entrar por la ventana abierta, tendría que atravesar la habitación, probablemente un segundo cuarto, y luego girar hacia la derecha para interrumpir a George en su juego de apareamiento...

La ventana se abrió con facilidad y entré. Esperé unos segundos para que mis ojos se ajustaran a la oscuridad y caminé por la alfombra en las puntas de mis pies. Me detuve en la puerta y escuché los gemidos y gruñidos provenientes de la habitación de al lado. Los gruñidos, gruñidos masculinos, parecían ser gritos de agonía.

Me acerqué al corredor. George estaba gritando; podría haber entrado una estampida de elefantes conmigo y él no los habría escuchado. Con el arma en mi mano derecha, apoyé mi mano izquierda sobre la manija de la puerta. La manija se giró. Observé a través de la abertura en la puerta y vi a George y a su amiga. Él estaba desnudo y encadenado a una viga mientras su amiga, que tenía puestas unas medias de red, lo golpeaba con un látigo.

Estaban tan concentrados en su laceración que no me notaron. De hecho, tuve que azotar la puerta para captar la atención de la mujer. Retiré mi identificación de la bolsa y se la mostré a ella.

—Escuadrón antidrogas —dije con voz fuerte y autoritaria—. Necesito hablar con él.

Ella dudó, pero aceptó. Soltó el látigo y salió de la habitación. Si te ves autoritaria y te escuchas autoritaria, es increíble cuántas personas te tomarán como una figura de autoridad.

Retiré mi teléfono de la bolsa. Entré a la aplicación de la cámara y tomé varias fotos de George. A pesar de sentir que mi teléfono se estaba convirtiendo en un canal porno, seguí en mi tarea. George recobró sus sentidos y me miró con el ceño fruncido. Pasó del acero al malvavisco en segundos, lo que dice mucho cuando se trata de los hombres y yo.

—¿Por qué le disparó a Peter Vanzetti? —pregunté de una buena vez.

George se columpió en la viga con los brazos extendidos. El torque de la cadena alejaba a George de mí, así que yo le hablaba a su espalda. No era una técnica de entrevista que recomendara.

—¿Por qué le disparó a Peter Vanzetti? —repetí con voz dura, con el arma en mi mano.

George giró en la cadena y me miró, enfocándose en el arma.

—No maté a nadie —dijo.

—Le disparó a Peter Vanzetti. ¿Por qué?

Incluso siendo pequeña y con mi rostro angelical, puedo verme muy amenazante y ahora miraba a George de esa manera. Pareció darse cuenta de que hablaba en serio.

—Fueron órdenes —respondió.

—¿Órdenes de quien? Quiero hablar con su jefe. Quiero llamarlo y acordar una cita. ¿Cuál es su número?

George movió la cabeza y el movimiento lo envió dando vueltas alrededor de la cadena hasta que su trasero maltratado quedó expuesto.

—No —murmuró.

Levanté el celular y saqué más fotografías, tarareando mientras lo hacía.

—Sería una pena que estas fotos llegaran a Internet.

—No —repitió George, girando de nuevo para mirarme. Era difícil decir cuál de las dos vistas era más ofensiva.

—Necesito respuestas, niño Georgie, y las necesito rápido —dije, apuntando a su abdomen con el arma—. Creo que es justo que te advierta que no tengo buena puntería. Estoy apuntando a tu estómago, pero el peso del arma me lleva a disparar más abajo...

Su rostro severo mostró algo de temor y el sudor le corrió por la frente. Intentó cruzar sus piernas para esconder sus partes íntimas. La cadena giró de nuevo y pude ver su trasero. *Las delicias de mi trabajo.*

—Quiero un nombre —dije, extendiendo mi brazo y apretando el dedo en el gatillo—, no estoy bromeando, George. Estoy cansada de ti y los de tu tipo. Contaré hasta cinco. Uno, dos, tres, cuatro...

—¡Rudy Valentine!

—¿Dónde puedo encontrarlo a esta hora?

—Está en una fiesta. En la playa. En un yate, *Cordelia.*

—¿Cómo llego hasta él? ¡Responde! —y luego, con voz más amenazante, dije—: De verdad tengo muy mala puntería...

George girtó de nuevo y me miró. El sudor seguía recorriendo su rostro y su manzana de Adán se movía en su garganta.

—Tiene una cita con una prostituta, ella llegará a la medianoche.

Asentí y guardé mi celular y el arma y me dirigí hacia la puerta.

—¡Oye! —llamó George—, ¿no vas a desatarme?

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza.

—Parece que te estabas divirtiendo. ¿Por qué debería arruinar la diversión?

Capítulo Veinticuatro

Salí por la puerta principal. No había rastro de la mujer de la casa así que supuse que George se quedaría atado por un largo tiempo.

Conduje hacia el sur, hacia Butetown, hasta mi oficina. El tiempo apremiaba, pero tenía que revisar mis archivos antes de encontrarme con Rudy Valentine. Su nombre me sonaba de algo, además del hecho de que, al igual que Vincent Vanzetti, era un criminal. Si Rudy Valentine había enviado a George a asesinar a Peter Vanzetti, asumí que tendría una buena razón. Esperaba que mis recortes de periódicos ofrecieran una pista y después de buscar durante cincuenta minutos, encontré algo.

A continuación, fui a casa y me cambié de ropa por una más apropiada, y por apropiada me refería a vulgar. Rebusqué en el fondo de mi armario y encontré una minifalda de cuero, una blusa con transparencias y medias de malla, reliquias de mis años adolescentes. Qué estaba pensando cuando compré estos artículos, solo Dios sabe. Mi madre solía decir «Samantha, no puedes salir vestida sí». Catorce años después, debía conceder que tenía razón.

Me puse un brasier negro limpio, con relleno y levante, y luego me probé la ropa de adolescente. Eran talla 8 pero logré usarla. No supe si estar encantada o mortificada y pensé que tenía que ingresar en un programa alimenticio para subir algo de peso.

Después, me apliqué bastante maquillaje, sobre todo en los ojos y los labios. Cubrí mis pestañas con rímel y traté de disimular mis sarpullido en las mejillas lo mejor que pude. Me rocié bastante Coco Chanel Mademoiselle y me miré en el espejo. Si Mickey Anthony pudiera verme ahora, confirmaría sus sospechas de que era una prostituta, lo que era justo lo que necesitaba que creyeran esta noche.

No sé que era peor: hacerme pasar por una prostituta o tener que subirme a otro bote. Después de un largo y extenuante día, tenía la adrenalina muy alta. Cuando todo esto pasara, volvería a tener mis pensamientos melancólicos. Pero no era el momento de pensar en eso ahora; debía acercarme a Rudy Valentine y establecer que fue él quien ordenó el asesinato de Peter Vanzetti.

Encontré el *Cordelia* en la bahía. Era un gran bote, más grande que el de Vincent Vanzetti y deseé que fuera también más firme. Esta noche, *Cordelia* estaba iluminado como un árbol de navidad y la música resonaba con fuerza a medida que me acercaba.

La fiesta estaba en todo su esplendor y se escuchaban risas que acompañaban a la música en el muelle. Me detuve junto a la pasarela y puse mi mano sobre una cuerda.

—Vengo con el señor Valentine —grité al celador corpulento que cuidaba la pasarela. Él asintió una vez y desapareció, seguramente para conirmar mi *bona fides*.

Dos minutos después, el guardia regresó y me dejó pasar. Puse mis pies sobre la paarela y caminé hacia el barco. La inquietud que sentía me decía que estaba a punto de conocer al Capitan Garfio.

Me encontraba a bordo, mirando a mi alrededor, admirando a los caballero bien vestidos y las dama hermosas y bien arregladas. Un hombre de origen indio occidental apareció ante mi vista. Tenía unos sesenta años, era calvo, con ojos llorosos y facciones atractivas. Su mandíbula era fuerte, tenía hombros anchos y dedos largos. A pesar de estar ligeramente encorvado, este hombre tenía una presencia imponente, un aire de natural autoridad.

—¿Señor Valentine? —pregunté, sonriendo.

—Sí —respondió él, haciendo una ligera reverencia.

—Soy Abigail, su acompañante esta noche.

Rudy Valentine me dirigió una sonrisa educada y miró su reloj de oro con el ceño fruncido.

—Llega ntes.

—He escuchado mucho sobre usted —dije, moviendo las pestañas de forma coqueta. Aunque *Cordelia* era mas firme que la *Esmeralda*, le movimiento me hacían sentir mareada. Además, la acompañante real llegaría en cualquier momento así que me urgía llevar a Rudy Valentine a tierra firme.

—Es nueva —dijo Valentine, aún con su ceño fruncido. Me observó con sus ojos llorosos—. ¿No la he visto antes?

—Tengo un rostro muy común, siempre me confunden con otras personas.

Él levantó su mano y me acarició la mejilla izquierda, la que tenía el sarpullido. Aparentemente, eso no lo molestó porque dijo:

—Tienes un rostro muy hermoso.

Su mano me hizo sentir ácido en el estómago. Sonreí mientras tragaba bilis y concluí que mis habilidades no llegaban hasta convencerlo de que yo era

Mata Hari.

—Deme dos minutos —dijo Rudy Valentine, con su mano aun en mi mejilla—. Tengo que hablar con Desmond. No se aleje —añadió, lanzándome un beso.

Observé a Rudy Valentine atrapado en una animada conversación con Desmond, un hombre más joven, también de origen indio occidental. Ambos me miraron y por sus risas, pude adivinar lo que estaban pensando. *Solo aprieta los dientes, Sam. Falta poco. Saca a Valentine del bote y termina con esto.*

Valentine se disculpó con Desmond. El otro hombre le dio unas palmaditas en el hombro y este me tomó de la mano y me llevó hacia la pasarela.

Caminamos hacia la limosina negra donde un hombre joven con un uniforme púrpura nos esperaba. Abrió la puerta de atrás y entramos en el auto. Una vez acomodados, Valentine me sonrió y puso su mano en mi pierna. Se inclinó para besarme, pero yo me alejé.

El bote me dejó algo mareada —le dije, y era cierto—. Espera hasta que lleguemos a tu casa, ¿de acuerdo?

Le ofrecí una sonrisa seductora que escondía misterios y promesas de placeres.

Rudy Valentine hizo una pausa para evaluarme y luego asintió. Parecía estar segura, por el momento. Puse mi bolso sobre mis piernas como un movimiento defensivo.

Mientras nos alejábamos de la bahía, pasamos junto a un taxi que iba hacia la dirección opuesta. El taxi llevaba a una mujer joven con un abrigo de piel. Ella me miró y vi un destello de sus aretes de diamantes. Probablemente era la verdadera acompañante de Rudy Valentine. Si así era, estuve muy cerca.

Recorrimos la ciudad hacia el norte, hasta Caerphilly. A mitad de camino, Valentine se desajustó su corbata de moño. Se reclinó en el asiento de madera, sin separar su mano de mi pierna. Sus facciones suaves se relajaban mientras dormitaba.

Llegando a Caerphilly, el chofer, quien también parecía ser guardaespaldas, se desvió por otro camino. Una casa enorme apareció al final de la carretera, con una fachada color crema, un techo de tejas marrones y una piscina con forma de riñón a un lado. La piscina estaba bien iluminada y esas luces llegaban hasta la carretera y la casa, formando largas sombras.

Bajamos del auto y Rudy Valentine me tomó por el codo. Me llevó hasta una puerta de roble arqueada y se dirigió a su guardaespalda.

—Gracias, Terry, eso es todo por esta noche.

Terry asintió con la cabeza y se subió a su propio auto, un lujoso Scimitar, y se alejó en la oscuridad.

—Después de usted —Valentine extendió un brazo, invitándome a su casa. Sonreí y caminé hacia una habitación espaciosa, decorada con paredes marrones y una alfombra que cubría el brillante piso de madera. Los muebles eran modernos y de color crema. Las ventanas francesas daban hacia un jardín secreto. En la sala de estar, vi una estatuilla de un boxeador, un bate de cricket autografiado, y una colección de CDs de soul de los años sesenta. La habitación mostraba que por lo menos, Rudy Valentine tenía clase.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? —preguntó Valentine. Mientras se acercaba al minibar, se quitó la corbata y la dejó sobre un sofá.

—No, gracias. Pero puede sentarse y poner las manos sobre su cabeza.

Valentine se dio la vuelta lentamente. Arqueó una ceja y se detuvo, a punto de llenar un vaso con Drambuie. Me miró y miró mi arma.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Quién es usted?

—Soy una investigadora privada y quiero hablar sobre la muerte de Peter Vanzetti.

Estábamos a ambos lados de la alfombra. Yo sostenía mi Smith & Wesson en mi mano derecha y Valentine sostenía la botella de Drambuie y el vaso. Sus movimientos eran lentos y deliberados, relevando la verdadera naturaleza del hombre.

—Usted ordenó el asesinato, ¿verdad?

Valentine frunció el ceño, colocando la botella y el vaso de nuevo en el minibar.

—¿Tiene una cámara ahí?

Le sonreí, pasando mi mano por encima de mi miniflida y mi blusa ceñida.

—¿Debajo de esta ropa? —a pesar de la situación, Valentine sonrió—. Esto es entre usted y yo, nadie más.

Con expresión satisfecha, Valentine camino hacia el sofá. Se sentó, extendiendo sus largas piernas y poniendo sus manos detrás de su cabeza. El señor Calma, mi arma no lo perturbaba.

—¿Sabe quien soy? —me preguntó, ajustándose un brazalete dorado en su muñeca derecha.

—Sé que es un criminal.

Se limitó a asentir con la cabeza, sin negar lo que yo había dicho.

—Entonces sabe que está en serios problemas.

—Ya estoy en problemas. Créame, ni siquiera usted no podría empeorar mi situación.

Con el arma aún apuntando hacia Valentine, caminé por la habitación hasta quedar directamente delante de él.

—¿Quiere que le diga por qué ordenó el asesinato? Porque hace un año, su nieta, la hija de su hija, Celeste Croft, fue asesinada. Revisé mis archivos del periódico. El caso sigue abierto, no encontraron al culpable —observé un retrato de una bonita chica de diecisiete años—. ¿Es esa celeste?

Rudy Valentine asintió.

—Es muy hermosa. Recuerdo que usted y su gente investigaron el homicidio y culparon a Peter Vanzetti.

—Peter Vanzetti asesinó a Celeste —dijo él con seguridad—. Estamos totalmente seguros.

—Entonces asesinó a Peter por venganza.

—Administramos nuestra propia forma de justicia.

—¿Por qué asesinó Peter a Celeste?

Rudy Valentine se inclinó hacia adelante hasta quedar al borde del sofá. Se ajustó un anillo de oro con un diamante y luego me miró con ojos tristes.

—Fue un ataque racista, sin sentido, sin ninguna provocación. Peter Vanzetti era racista. Su cabeza estaba llena de pesamientos racistas.

Debemos buscar la eliminación de los que no encajan en nuestra sociedad y eso incluye la promoción de una raza superior, de una raza pura a expensas de razas más débiles. Recordé las palabras de Ruth Carey en su conferencia y me pregunté sobre las charlas entre Ruth y Peter. Ella plantó la idea y el llevó a cabo el hecho.

—Vincent Vanzetti cree que yo maté a su hermano, Peter.

—Mal por usted, bien por nosotros —dijo el criminal, encogiéndose de hombros.

—Quiero que le informe a Peter Vanzetti que ordenó la muerte de Peter.

—¿Y buscar represalias? —se rio Valentine—. Debe estar loca —se puso de pie y caminó hasta el minibar, donde se sirvió una generosa cantidad de Drambuie. Levantó su vaso en señal de brindis y lo bebió todo de un trago. Luego, caminó hacia mí con seguridad—. No va a dispararme. Si me dispara, se muere.

Apreté mi dedo contra el gatillo al levantar el arma.

—Vincent Vanzetti cree que yo maté a Peter, así que estoy muerta de todos modos. No tengo nada que perder.

Valentine se deuvo y miró mi arma. Yo estaba tensa, temblando por dentro, intentando de pelear contra la desesperación. Supongo que mi lenguaje corporal delató mi ansiedad porque, por primera vez, el rostro de Valentine se arrugó y pareció preocupado.

—¿Qué quiere que haga?

—Escriba una confesion. Fírmela y la enviaré a Vincent Vanzetti.

Rudy Valentine frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Estaría firmando mi sentencia de muerte.

—Si me hundo, no me hundiré sola.

Sus dedos se apretaron contra el vaso, amenazando con quebrarlo. Por un momento pensé que me lanzaría la botella. En ese caso, mi única opción sería disparar. Pero sus dedos se relajaron y su expresión se suavizó.

—Ya sé quién es.... usted fue la violenta que puso cuatro balas en la señorita Fiona Grimsley.

—Sí, esa soy yo —confirmé escuetamente—. La violenta. Y soy muy nerviosa y asustadiza, así que nada de movimientos en falso o esta cosa se disparará.

Vincent dejó su vaso y la botella en el mini bar. Luego, se dirigió a su estudio a través de una pequeña entrada. Yo lo seguí con el arma en la mano.

Desde su escritorio, Valentine sacó una hoja de papel de color crema. Tomó un lápiz dorado y escribió una nota en el papel. Cuando terminó, se alejó unos pasos y yo leí su confesión, en letra odenada y elegante.

—Si la envía —dijo, mientras yo doblaba el papel y lo guardaba en mi bolso—, la mataré.

—Quiere decir que George me matará.

Valentine se frotó la frente. Lo vi acercarse y pensé que ya me estaba acostumbrando a su andar cansado y aparentemente doloroso.

—¿Dónde está George? —preguntó.

—Está un poco atado en el momento.

Rudy pareció sonreír. Luego, después de una pausa, se pasó los dedos por la barbilla y añadió:

—Podríamos hacer un trato.

—Dejeme hablar con Vincent Vanzetti directamente. Usted guardará la carta y acordaremos una cita. Si no voy, usted le entregará la carta.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? —dije, entrecerrando mis ojos.

—Soy un caballero —dijo él, haciendo una reverencia—. Le doy mi palabra.

—Usted es un ladrón, no un caballero.

Él se encogió de hombros simplemente.

—Tiene la carta —indicó—. Es la que manda.

Pensé en la carta y en el arma que tenía en la mano. Pensé en George y en que tal vez estaba libre ahora y en camino para advertir a su jefe. Yo estaba fatigada y me dolían todos los músculos. Pensé en desmayarme.

—De acuerdo, hay trato. Areglaré una cita. Lo contactaré mañana pero desapareceré. A partir de mañana, todo queda entre Vincent Vanzetti y usted. ¿Entendido?

Rudy Valentine me dirigió una sonrisa dulzona.

—Entendido.

Capítulo Veinticinco

Llegué a casa en un estado de cansancio físico, pero con la mente muy despierta; no era una buena combinación. Pensé en beber café, pero decidí que solo una taza me haría sentir nerviosa, así que tomé una copa de vino. El vino era influencia de Alan. Antes de conocerlo, me relajaba con un vaso de whisky. En realidad no podía entenderlo, porque ni siquiera me gustaba su sabor. Mientras bebía mi vino, pensé en Alan y me pregunté si estaría pensando en mí. Si lo hacía, imaginé que serían pensamientos oscuros, y con toda razón.

Quería irme a la cama, pero dormiría mañana. Tenía cosas que hacer esta noche y la primera era llamar a Mickey Anthony.

—¿Mickey?

—¿Quién es? —su voz sonaba pesada por el sueño y pude sentir su confusión. Miré mi reloj de pulsera: eran las 3:12 a.m.

—Sam —respondí.

—¿Sam? —me lo imaginé pasando una mano por su rostro para aclarar su cabeza—. ¿Sabes qué hora es?

—Las tres y trece de la mañana. Necesito la dirección de Vincent Vanzetti.

—¿Su dirección? Qué... espera un momento.

Mickey desapareció mientras veía un gato fuera de la ventana de mi sala, tratando de entender cómo funcionaba un erizo. ¡No lo hagas, gatito! ¡Ay! Demasiado tarde. Aprendió una valiosa lección.

—Vanzetti vive en el camino hacia St. Donats —Mickey me dio la dirección. Luego, con una voz más lasciva, añadió —Tu cuenta está creciendo, ¿sabes? Buscaré que me pagues pronto.

—Piénsalo como una donación a la caridad.

—¿Por qué no vienes ahora? —sugirió Mickey—, para hacer tu pago.

—Soy un témpano de hielo, ¿recuerdas? Te daré hipotermia.

—Apuesto a que eres diferente cuando tu hielo se derrite.

—Detente ahí, Mickey. Tú no me atraes.

Después de la llamada telefónica, me cambié a un par de jeans y una sudadera y conduje al oeste, fuera de la ciudad, hacia St. Donats.

Pasé por Nash Point, un promontorio que sobresalía del Canal de Bristol, con sus acantilados en capas, que parecían pasos de gigantes que salían de la playa. Los faros gemelos en Nash Point son un testamento de la naturaleza traiciocera de la costa, famosa por sus naufragios y su contrabando.

Traicionera, pero dorada, esta línea de costa había atraído a muchos a través de los años, incluso al magnate de los periódicos americano William Randolph Hearst. Hearst tuvo un hogar en St. Donats Castle y entretuvo a la bella gente de Hollywood en las décadas entre las dos guerras mundiales.

Alrededor de las 5 a.m., llegué a la casa palaciega en el borde de St. Donats. La casa de Vincent Vanzetti estaba bien protegida por cámaras de seguridad, en concordancia con su estatus social y su trabajo. Observé las cámaras de seguridad desde un punto ventajoso sobre una pared de piedra que servía como demarcación.

Tal vez había pirañas y tiburones en su piscina, altamente entrenados para atacar a cualquiera que entrara en su propiedad, pero no pude ver ni escuchar perros. Aunque no estaba segura, creo que logré ver un punto ciego en su sistema de seguridad, un área sin protección al lado de la casa.

Una infracción más, Samantha, una más...

Esperé que las cámaras de seguridad escanearan el lugar y se movieran para saltar al césped y correr. Contuve el aliento en la fría noche al pegarme contra la pared. No había luces, ni perros ni tiburones. Suspiré con alivio. Fui hasta la puerta principal y llamé al timbre.

Dos minutos después, sentí que alguien me observaba a través de la mirilla de la puerta. Vanzetti abrió la puerta. Estaba vestido con una gruesa bata de lana. Su cabello apuntaba a diferentes direcciones, mostrando que acababa de despertarse de un profundo sueño. Parpadeó, se ajustó el cinturón de su bata y preguntó:

—¿Qué demonios está haciendo aquí a esta hora?

—Sé quién mató a Peter. ¿Puedo pasar?

Vanzetti hizo una pausa y lo pensó por un momento, pasando sus dedos índice y pulgar por su bigote. Luego, dijo que sí y me invitó a pasar.

Fuimos a su salón de juegos, equipado con una mesa de billar, un tablero para dardos y un tocadiscos. El tablero tenía 3 dardos en los números dieciséis, uno y dieciocho.

—¿Quiere un trago? —preguntó Vanzetti, deteniéndose ante un alto gabinete de bebidas para servirse un whisky con un toque de soda.

—No, gracias.

—Mi esposa está durmiendo —dijo, levantando su vaso hacia el techo—. También quiero volver a dormir. Que sea rápido.

—Rudy Valentine, a través de su asesino, George, asesinó a su hermano, Peter Vanzetti.

—¿Por qué?

—Porque hace un año Peter ató a Celeste Croft, la nieta de Rudy, en un ataque racial.

Vanzetti bebió un dedo de whisky. Se apretó el puente de la nariz con la mano que tenía libre y sacudió la cabeza.

—Mi familia es inmigrante de muchas generaciones atrás; los Vanzetti no son racistas.

Acepté su punto, pero continué:

—Parece que Peter fue seducido por la doctora Carey y sus ideas sobre la eugenesia.

Vincent Vanzetti observó su vaso. Bebió otro trago de whisky y preguntó:

—¿Tiene pruebas de que fue Valentine quien lo ordenó?

—Sí. Si lo mata, alguien de su firma lo matará a usted y así sucesivamente. Debe terminar el ciclo de violencia. Dos personas han sido asesinadas. Incluso usted puede ver que ya es suficiente.

Vincent Vanzetti volvió a llenar su vaso de whisky. Se dirigió hasta la mesa de billar e hizo rodar una bola amarilla sobre la superficie. La bola amarilla golpeó una azul, que desapareció en uno de los hoyos, aunque Vanzetti no prestaba atención; sus pensamientos estaban en otra parte.

—No puedo permitir que Valentine se salga con la suya —afirmó con expresión decidida.

—Valentine quiere que se encuentren en territorio neutral, para discutir las muertes. Yo haré los arreglos. La alternativa es que tanto Valentine como usted y yo seamos asesinados —logré componer una sonrisa—, y no sé usted, pero yo soy muy joven y bonita para morir ahora.

Vanzetti mezcló su whisky con soda en el vaso. Observó el líquido ámbar por un tiempo. Luego, lo desechó. Reclinándose sobre la mesa de billar, miró y suspiró. Asintió con la cabeza y dijo:

—Arregla el encuentro.

Capítulo Veintiséis

Llegué a casa y me tumbé en la cama. Dormí por cuatro horas y luego contacté a Rudy Valwentine y Vincent Vanzetti. Después de discutir, arreglamos un encuentro cerca a un bosque al norte de la ciudad esa noche a las 7 p.m., lo que me permitió dormir por otras seis horas.

A las 6:45 p.m., me dirigí en mi Mini por un camino rodeado por coníferas. Después de estacionarme, caminé por una alfombra de musgo y helechos, hasta llegar a un anfiteatro natural. Estaba oscuro y llovía. Sentí el cementerio de la Edad de Bronce, el fuerte de la colina de la Edad de Hierro y la hilera de cabañas abandonadas.

Desde el centro del anfiteatro, giré y vi un grupo de abetos de cicuta. Las luces de un auto iluminaron el escenario, dejándome temporalmente ciega. Vincent Vanzetti y Rudy Valentine se acercaron. Noté que Geoge estaba presente, junto con el hombre montaña y el raro. También había una docena de hombres que no conocía.

Vincent Vanzetti se detuvo en el centro del anfiteatro. Llevaba un largo abrigo de cuero y un sombrero también de cuero. Rudy Valentine no llevaba nada en la cabeza. La lluvia le caía sobre la calva y corría sobre su impermeable. Ambos hombres parecían ignorar todo a su alrededor, solo tenían ojos para el otro.

—Vincent —Rudy Valentine hizo una reverencia, pronunciando el nombre de Vanzetti con lentitud.

—Rudy —Vazetti imitó la reverencia.

—Tu hermano, Peter, mató a mi nieta, Celeste.

—Y tu sicario, George, mató a Peter. No puedo permitir eso, Rudy —dijo Vanzetti con solemnidad—. Alguien tiene que pagar.

—Ya lo sé —respondió Rudy. Se encogió de hombros y ofreció su sonrisa melosa—. Pero si me superas, George me superará a ti.

—Dame a George —sugirió Vanzetti, apuntando al sicario con su barbilla — y olvidaremos lo demás.

—No puedo hacer eso, hombre; sería malo para la moral del personal —respondió Valentine con su sonrisa.

Vanzetti sacó su mano derecha del bolsillo de su abrigo. Sus ojos pasaron de Valentine a George a mí. Después de una pausa, sugirió:

—Tal vez podríamos nominar a nuestros campeones. Que pasen al frente y nosotros nos atenemos al resultado.

Valentine enarcó una ceja, indicando que le parecía bien la idea.

—¿A quién nominas? —Vanzetti preguntó.

—George. ¿Y tú, mi amigo?

—A la falda.

Vanzetti me miró con odio. Entonces, sonrió con malicia—. Por lo que he oído, es muy capaz; puede vencer a George.

—Esperen un momento —por primera vez, hice sentir mi presencia en la reunión—. Esto es entre ustedes dos; no me voy a meter en esto.

—Ya estás metida en esto, hasta el cuello —Vanzetti afirmó—. Acatamos los resultados —añadió él, mirando a Valentine—. Nuestros campeones pelean por nosotros. El honor está satisfecho.

Los dos hombres dieron un paso al frente y se dieron la mano.

—Zorro y perros —sugirió Valentine—. En el bosque. Quien salga con vida es el ganador —me miró y se rio—. Ella es una chica astuta. Ella puede ser el zorro. Puede ir adelante.

Los miré a ambos con ira, sin ocultar mi indignación.

—No voy a hacer su trabajo sucio.

—Harás lo que se te dice —gruñó Vanzetti y media docena de guardaespaldas se me acercaron.

—Están yendo en la dirección equivocada —insistí—. La cadena de violencia empezó porque Ruth Carey envenenó la mente vulnerable de Peter. Ella plantó la semilla que llevó a Peter a matar a Celeste. Si alguien debe pagar, es Ruth Carey y sus ideas ponsoñosas.

Vanzetti, Valentine y todos los guardaespaldas me miraban perplejos, como si fueran incapaces de entender mis argumentos, como si estuviera hablando en ruso, o búlgaro o japonés.

—¡Juego de niños! —grité, incapaz de soportar ese comportamiento de su perversa visión del honor—. ¡Malditos hombres!

Levanté los brazos y me alejé del anfiteatro.

—¡Espera! —Vanzetti rubió después de que yo diera tres pasos—. Vuelve aquí, estás deshonrando a mi familia. ¡Vuelve aquí en este instante! ¡Vuelve o te dispararé en la cabeza!

Me detuve, dándole la espalda a Vanzetti. La lluvia mojaba mi cabello y corría por mi rostro, pero seguí adelante.

—Tu novio tiene una hija muy bella —dijo Vanzetti, en tono amenazante—, sería una lástima que algo le sucediera.

Me giré de manera abrupta. Mis pies se hundieron en el césped.

—Si le tocas un solo cabello a Alis, setás muerto.

Los dioses estuvieron de mi lado porque caminé hasta mi auto sin ningún incidente. Rudy Valentine y Vincent Vanzetti debían resolver su honor de machos. Todo eso me enfermaba y no quería tener nada que ver con ellos.

Capítulo Veintisiete

Me encontraba en mi oficina al día siguiente con los ojos en la computadora. Windows no resonaba y la computadora solo me observaba de vuelta. Tenía una reunión con el profesor Chancellor al mediodía para discutir el reporte. Eso me daba una hora para matar. Eso me dio una idea... *mata a la computadora, mata a la computadora...* ¿Quién manda, la mujer o la máquina?

—Tienes dos minutos —le dije a la computadora y pensé que me respondía ‘eso me da dos minutos más para molestarte’.

¿Tenía una copia de seguridad de mis archivos importantes? Sí. ¿Tenía suficiente dinero para comprar una nueva computadora? No realmente. Podría comprar una en HP. Problema solucionado.

Me puse de pie y fui a abrir la ventana de par en par. Miré hacia el patio en la parte de abajo y me aseguré de que nadie estuviera ahí. Luego, tomé mi computadora y la lancé por la ventana. Debía admitir que este no era mi mejor comportamiento, pero la sensación de liberación fue muy satisfactoria. Basta con informar que estaba de buen humor cuando fui a Cosmeston para encontrarme con el profesor Chancellor.

Estábamos en el estudio de Henry Chancellor el profesor, Ruth, Boris y yo. Henry parecía calmado sentado en un sillón. Boris se veía agitado, paseándose por el lugar, mientras que Ruth todavía seguía en estado de conmoción por los eventos recientes. Ambos hombres notaron mi presencia cuando entré en el estudio y me senté frente al profesor Chancellor, pero Ruth me ignoró totalmente.

—Primero —empezó el profesor Chancellor —me gustaría agradecer a Samantha por rescatar a Ruth de ese bárbaro. Segundo, me gustaría discutir el reporte de Samantha —se encontraba revisando el reporte por encima de sus gafas de medialuna—. Está claro, que tú, Ruth, y tú, Boris, están teniendo un amorío. Lo sospeché por algún tiempo, pero no quise actuar hasta no tener pruebas reales. No deseo adentrarme en la historia reciente, así que podemos asumir que Boris no es el primer romance extramarital de Ruth y que ella ha tenido amoríos con otros hombres. Cuando se presentan este tipo de pruebas, algunos hombres deciden olvidar y perdonar. Sin embargo, yo soy diferente y

no puedo olvidar ni perdonar. Por eso, he pedido a mi abogado que inicie los procesos de divorcio por motivos de adulterio. Mientras tanto, estaría agradecido si tú, Ruth, empacaras tus cosas y te fueras.

Ruth movió su cabeza con lentitud. Parpadeó y miró a su alrededor, como si se despertara de un mal sueño.

—Pero —murmuró—, ¿Dónde voy a vivir?

Henry Chancellor se llevó los dedos a la barbilla y sonrió, mirando a Ruth.

—Estoy seguro de que Boris será un caballero y te ofrecerá un espacio en su habitación de invitados.

—¿Qué pasará con la Fundación? —preguntó Ruth. Sus mejillas estaban coloradas y sus ojos brillaban con lágrimas.

—La Fundación ya no volverá a recibir un peñique de los fondos Chancellor.

Ruth cayó de rodillas dramáticamente. Puso su cabeza sobre las piernas del profesor y sollozó.

—Por favor, Henry, reconsidéralo. Todavía te amo.

—Pensé que me amabas a mí —dijo Boris con expresión confundida.

—Por favor, Henry —suplicó Ruth—. La Fundación hace un buen trabajo, debemos continuar. No podemos parar ahora.

Henry Chancellor miró a su esposa con algo de desdén, pero no lo suficiente para poner. Se puso de pie y empezó a caminar por la habitación hasta detenerse, dando la espalda a Ruth.

—Me lavo las manos con lo de la Fundación. Estoy seguro de que Boris es más que capaz de conseguir otro patrocinador.

La rabia reemplazó las lágrimas. Ruth Carey se levantó y se acercó a mí. La piel estirada de su rostro me recordó a una muñeca muy fea que tuve de niña.

—Todo esto es su culpa —me dijo.

—No —respondí con calma—. Es su culpa. Sus idas envenenaron la mente de Peter. Él mató a Celeste porque él pensaba igual que usted. Para su mente vulnerable, no había diferencia entre pensar y actuar. ¿Por qué no puede entender que todos somos iguales, que no hay una raza superior? Pero hay un grupo de gente que busca poder y control y esa gente ha sido responsable de los males de la humanidad a través de la historia. El asesinato de Celeste es solo una prueba de lo que podemos esperar si sus ideas logran expandirse.

—Henry... —Ruth Carey se acercó a su esposo, quien seguía de pie, dándonos la espalda y mirando su pizarra—. ¿Vas a quedarte ahí y dejar que esta plebeya nos hable así?

—Discutiría con ella y la echaría de la casa, pero me he dado cuenta de que ella tiene razón —Henry Chancellor se dio la vuelta y apuntó a la puerta con su brazo derecho—. Sal de mi casa, Ruth, y llévate a esa basura de Boris contigo.

Boris St. John tomó a Ruth por el codo. Me miró con sus ojos porcinos y se la llevó hasta la puerta del estudio.

—Esto no termina aquí, señorita Smith. Pagaré por esto, se lo advierto.

—Unase a la club —le dije, suspirando con agotamiento—. Y no olvide empacar su cepillo de dientes y una reserva de emparedados para un mes.

En un estado de ira, Boris y Ruth dejaron la casa.

Henry Chancellor se tomó un momento para componerse. Con sus emociones bajo control, caminó hasta su escritorio, de donde tomó un sobre.

—Creo que este cheque cubrirá sus gastos —me dijo, entregándome el sobre.

—Lamento que no tuviera un desenlace más feliz —respondí.

Él sonrió brevemente.

—¿Quién dice que no tuvo un desenlace feliz?

—Entonces me contrató para descubrir la infidelidad —razoné—. Las amenazas contra Ruth fueron una pantalla de humo. Ambos creían que Peter no era una verdadera amenaza.

—Interpretamos mal la situación —concedió Chancellor—. Al principio, no sabía que Ruth y Peter estaban teniendo una aventura. Ruth me aseguró que Peter estaba jugando, que tenía una mente infantil. Ella no entendía su mente. Como psiquiatra, falló en su deber. Por supuesto, con la aventura, ella cruzó la línea y traicionó su profesión y la confianza que Peter había puesto en ella. ¿Estoy siendo injusto al pensar que ella tiene una mente problemática?

—Creo que está siendo justo al pensar eso.

Henry Chancellor me acompañó hasta mi auto. Abrí la puerta del conductor y lancé mi bolso al asiento del pasajero. Miré una vez más hacia la enorme casa del profesor.

—¿Qué va a hacer ahora? —le pregunté, mientras admiraba la casa.

—Me retiraré. Trabajo por placer, no por dinero. Tengo amigos en América, amigos astrónomos. Las exploraciones de la NASA a la Luna fueron lo que hicieron que me interesara por la astronomía. A través de los años, he

tenido la fortuna de contribuir con las exploraciones del espacio de la NASA, en especial la exploración de Venus Magellan. Soy un experto en Venus. ¿Sabía que Venus es el planeta mas caliente de nuestro sistema solar debido a su efecto invernadero, que las estrellas no son visibles desde Venus debido a su atmósfera densa y que el cielo sobre Venus ofrece un glorioso brillo anaranjado? Estoy divagando. He tenido varias invitaciones a trabajar y dar clases en América. Venderé esta casa y me retiraré a California para estudiar las estrellas.

Me ofreció una sonrisa más cálida y radiante que el sol. Estaba a punto de realizar su sueño y de encontrar la felicidad.

—¿Y usted, Samantha? ¿A dónde va después de esto?

—Supongo que debo volver a empezar.

Capítulo Veintiocho

Volví a mi oficina, donde encontré a Marlowe, dormido sobre el escritorio en el espacio que había reservado para mi computadora. Eso me hizo recordar que debía invertir en tecnología. *Tecnología confiable, ¿no serían términos contradictorios?*

Me senté frente a mi escritorio y pensé en Alan. Me mentí a mí misma diciendo que no me arrepentía. Pensé en llamarlo...

—*Hola, Alan, ¿cómo estas?*

—*¿Quién habla?*

—*Soy yo, Sam. Debes recordarme, soy la mujer que volvió tu vida de cabeza, ya sabes, la mujer que tiene miedo de que te vayas de su vida y que al mismo tiempo teme que comprometerse contigo porque te convertirás en su exesposo, Dan, y que la maltratarás física y emocionalmente. La mujer que está tan atada a sus propios pensamientos que ya no puede pensar con claridad. La mujer que molesta a todos los que la conocen, la mujer que...*

Suspiré. No hacía falta decir que no hice esa llamada.

Quince minutos después, fui a la tienda de la equina y compré el periódico de la noche. Escuché pasos en las escaleras cuando me encontraba recortando una noticia sobre la desaparición de una prostituta local. Levanté la cabeza y sonreí con timidez al ver a Alan entrando en mi oficina. Él no me devolvió la sonrisa. De hecho, su expresión era grave.

—*¿Has visto a Alis?* —preguntó sin preámbulos.

—*No, ¿Qué pasó?*

—*Me dijo que pasaría el fin de semana con su amiga Melissa y su familia. La llamé para organizar su clase de arte de la próxima semana pero no respondió su teléfono. Llamé a Melissa y me dijo que no tenía planes con Alis este fin de semana. Alis ha desaparecido. No puedo encontrarla.*

Me congelé en mi puesto. Tragué saliva y dije:

—*Es mi culpa* —expliqué el encuentro con Vincent Vanzetti y Rudy Valentine—. *Vanzetti amenazó con atacar a Alis porque yo no quería tomar parte en sus problemas. Debí haberte haberte, pero pensé que Vanzetti lo había dicho en el momento de agitación. Nunca imaginé que lastimaría a Alis...*

Miré las manos de Alan. El tenía todo el derecho de estar enfadado conmigo ya que había puesto a su hija en peligro. Cerré los ojos y me preparé para recibir mi castigo. Pasaron varios segundos, tal vez un minuto. Abrí los ojos y vi a Alan de pie frente al escritorio. Se veía preocupado y severo, pero no molesto. Sus manos no se habían convertido en puños.

—¿Sabes dónde vive Vanzetti? —preguntó.

Yo parpadeé, liberándome de la parálisis del miedo.

—Sí. En St. Donats.

—Vamos.

Alan condujo a St. Donats. Durante el viaje de dieciocho millas, mi mente empezó a aclararse y cuando llegamos a la casa de Vincent Vanzetti, me encontraba lista para enfrentar al criminal.

—Dejámelo a mí —le dije a Alan—. Este es mi terreno.

Me apeé del Jaguar XJ6 de Alan, escalé el muro de seguridad y avancé hacia su casa. Definitivamente había fallas en su sistema de seguridad pero prefería guardarme esa información. Toqué el timbre en la entrada y Vanzetti abrió la puerta, vistiendo un traje negro con camisa rosa y corbata de moño.

—Voy de camino a la opera —dijo Vanzetti con un suspiro—. Que sea rápido. ¿Cómo entraste? —añadió.

—Alis Storey —dije, ignorando su pregunta.

—¿Qué?

—¿Dónde está?

—¿Qué diablos...? Pasa.

Seguía a Vanzetti hasta su cuarto de juegos. Las bolas de billar habían cambiado de posición y los dardos estaban en los números diez, doble dieciocho y veinte.

—¿De qué diablos está hablando? —dijo Vanzetti, mirándome con furia, indicando que no estaba en suelo seguro.

—Estoy buscando a Alis Storey. Si la has lastimado...

—No he visto a ninguna Alis Storey. No conozco a ninguna Alis Storey. ¿Quién es Alis Storey?

—Me amenazaste con represalias hacia ella en el encuentro con Rudy Valentine...

Vanzetti hizo un gesto de irritación con la mano.

Solo fueron palabras. ¿Por quién me tomas? No lastimaría a una niña inocente. Solo lo dije en el calor del momento.

Mi acusación lo había ofendido y su ira mostraba que decía la verdad.

—Lo siento —dije—, pero hiciste la amenaza.

Vanzetti sacudió la cabeza y frunció el ceño en una mezcla de confusión y sospecha.

—No te entiendo. Estás un poco flaca, pero tienes curvas en los lugares correctos, tienes un rostro de película y aún así te metes en esta basura.

—Ha sido así desde mi infancia —dije, revelando una verdad—. Y tengo una obsesión con las tartas de lodo.

Las arrugas en la frente de Vanzetti se incrementaron pero por lo menos tuvo la gracia de escoltarme hasta la puerta de entrada.

Antes de poner un pie en la carretera, pregunté:

—¿Resolviste tus problemas con Valentine?

—Algo así —dijo él, encogiéndose de hombros con expresión avergonzada.

—¿Que pasó?

—Lennie Pascoe retó a George. Fueron al bosque. George salió pero Lennie no lo hizo. La policía no ha podido encontrarlo. Su cuerpo ha sido eliminado; las autoridades nunca sabrán donde está.

—Entonces Valentine gana..

Vincent Vanzetti hizo una pausa. Se acarició el bigote y luego dijo:

—Como dijiste, cuando se empieza a disparar, nadie gana.

Asentí con la cabeza y caminé hacia la salida.

—Oye —llamó Vanzetti—, todavía estás en mi lista, lo sabes, ¿verdad?

—Ya lo sé —contesté, mirando por encima de mi hombro—. Estoy en la lista de todo el mundo. Soy una molestia, ¿no?

Capítulo Veintinueve

De vuelta en el auto con Alan, le dije:

—Vanzetti dijo que no tenía a Alis. Yo le creo.

Alan asintió, mirando a través de su parabrisas, ignorando las gotas de lluvia que se agolpaban en él.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó—. ¿Debería llamar a la policía?

—Déjame intentar algo más. Miremos la computadora de Alis.

Volvimos a la ciudad, a la casa de Alan. Alan encontró la computadora de Alis en su habitación. Observamos la pantalla durante un momento, intentando averiguar la contraseña.

—Intenta Elin y su fecha de nacimiento, enero 5 de 1974.

Oprimí las teclas y descubrí que Alis había usado la fecha de nacimiento de su madre. Fui directo a su carpeta de redes sociales y revisé su lista de contactos. Alis tenía más de doscientas personas en la lista de su página, pero un nombre destacaba: Ritchie Scymczyk.

Señalé el nombre y Alan me preguntó quién era.

—Vamos. Volvamos al auto y te mostraré.

Siguiendo mis instrucciones, Alan condujo hasta el centro de la ciudad, a Cathays y el Hotel Excelsior. Mientras conducía, me miró y me preguntó:

—¿Qué te pasó en el rostro?

Me toqué las mejillas e hice una mueca.

—Tuve una pelea con una pared y un enredo con una hiedra. Te lo explicaré luego.

Entramos al vestíbulo del Excelsior y fuimos hasta la recepcionista, una mujer joven con una sonrisa fija y cabello teñido de rubio.

—Mi nombre es Abigail Szymczyk —mentí—, estoy buscando a mi hermano, Ritchie. Tengo malas noticias, sobre nuestra madre... creo que debería decírselo en persona...

La recepcionista me miró con ojos compasivos mientras miraba el registro.

—Habitación 171. Y lo siento mucho, por lo de su madre.

—Era de esperarse —contesté, mientras me dirigía al elevador, con Alan detrás.

—¿Quisieras explicarme...?

—Ritchie Szymczyk es un alias. Durante los últimos cinco años, el hombre que lleva ese alias ha intentado que me quede este hotel con él.

Llamé a la puerta de la habitación 171. No hubo respuesta, así que golpeé más fuerte.

Después de una pausa y el sonido de un corcho de champaña, la puerta se abrió y me encontré con Mickey Anthony.

—Alis Storey —dije. Miré por encima de su hombro pero no pude encontrar señal de la hija de Alan.

—¿Quién? —dijo Mickey, con el ceño fruncido. Estaba vestido, pero su camisa estaba abierta y su cabello estaba despeinado.

—¿Dónde está ella, Mickey? —ordené.

—Mira, Sam —dijo Mickey, intentando sacarme de la habitación—, este no es un buen momento. Tal vez podamos charlar mañana.

—Sé que está ahí, Mickey —dije. Crucé los brazos sobre mi pecho y golpeé la alombra con el pie. No iba a irme a ninguna parte.

Alis apareció saliendo del baño, vestida con una bata de baño de seda y una expresión de perplejidad en su bonito rostro.

—Ritchie... Sam. Papá —dijo en cuanto nos vio.

Con una mirada de resignación, Mickey levantó las manos y dijo:

—Será mejor que pasen.

Entramos en la habitación del hotel y descubrimos la ropa de Alis en el suelo. Había dos copas llenas de champaña. Una de las copas tenía una mancha del lápiz labial de Alis.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá —preguntó Alis, adoptando mi pose anterior, cruzando los brazos frente a ella. Estaba indignada—. ¿No puedo tener cinco minutos de privacidad?

—Me mentiste, Alis —dijo Alan. Me pareció que se escuchaba bastante calmado, dada la situación.

—Una mentira blanca —respondió ella.

—Nunca me habías mentido antes.

—Si te hubiera dicho la verdad, ¿me habieras permitido pasar el fin de semana con Ritchie?

—Él no se llama Ritchie —intervine.

Alis se volvió a mirarme.

—¿De que estás hablando, Sam?

—He conocido a este hombre por cinco años; su nombre es Mickey Anthony. Es un hombre casado al que le gusta explorar otros campos.

—¿Ritchie? —exclamó Alis, desconcertada. A pesar del maquillaje y el peinado, se veía inocente y perdida. Me sentí mal por ella.

—Dile la verdad, Mickey —inistí.

—De acuerdo —concedió Mickey—. Mi nombre es Mickey —dijo. Caminó hacia ella y le puso las manos sobre sus hombros, mirándola directo a los ojos—, pero eso no cambia los sentimientos que tengo por ti.

—Eso se lo dice a todas cada semana —dije—. Es una chica diferente cada vez.

Alis se soltó del agarre de Mickey.

—¡Maldito! —gritó, lanzándole una bofetada.

—Vístete y sube al auto, Alis —ordeó Alan y Alis obedeció con docilidad, retirándose al baño.

Mientras Alis se vestía y Mickey bebía champaña, me dirigí a Alan.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero no seas tan duro con Alis. Cometió un error, pero es inteligente para aprender de él. No la avergüenses. No hagas que te odie.

—Hablaremos de ello, pero no armaré un alboroto —me aseguró Alan.

Alis salió del baño, completamente vestida y con lágrimas en los ojos. Alan la tomó del codo y la llevó al elevador, no sin antes mirar con ira a Mickey desde la puerta. Imaginé que esto era lo mas molesto que podía estar.

Le di a Alan y Alis un momento a solas y me volvi hacia Mickey.

—¿A qué crees que juegas? ¡Es solo una niña!

—Es una mujer —insistió Mickey—. Y yo la amo.

—Eres lo bastante mayor para ser su padre.

—De acuerdo —coincidió, pero luego sonrió seductoramente—. Hay una diferencia de edad entre nosotros, pero eso no altera lo que sentimos —sorbió un poco de su champaña. Me ofreció la copa de Alis, pero me negué—. Tú nos acercaste, ¿sabías? —dijo.

—¿Cómo?

—Redes sociales... estoy conectado contigo y tú estas conectada a su padre. Alis está conectada a su padre. Su nombre apareció en la lista de posibles contactos...

—Ahora te odia —afirmé, queriendo borrar esa sonrisa de satisfacción del rostro de Mickey.

—Es tu culpa, Sam —dijo él, encogiéndose de hombros, observando el contenido de su copa—. ¿Es eso parte de tu psicosis? Eres infeliz, así que quieres que los demás también sean infelices.

—No soy psicótica. Tengo miedos, es verdad, pero hay explicaciones lógicas para esos miedos.

—Déjame tomar mi violin mientras cantas sobre tu triste infancia.

—¿Y qué hay de tu infancia, Mickey? ¿Qué te trajo hasta este punto?

Por fin, su sonrisa se esfumó y vi odio en sus ojos.

—Estoy cansado, es mejor ue te vayas.

—¿No quieres invitarme a pasar la noche? —le pregunté, echando un vistazo a la cama.

—Tú y yo hemos terminado, Sam —dijo, azotando su copa de champaña en la mesita de noche.—. No hay más favores de mi parte —añadió, dándome la espalda.

—Me parece muy bien, Mickey, muy bien.

Capítulo Treinta

Tres días después, habiendo ordenado mi computadora nueva, fui a la casa de Alan para cenar.

—Hola, Sam —me saludó Alan con un beso en la mejilla—. Me alegra que vinieras.

—¿Cómo está Alis? —pregunté mientras me deshacía de mi gabardina.

—Está en la sala, ve a ver por ti mima.

Me adentré, con algo de nerviosismo, en la sala de Alan y encontré a Alis recostada en el sofá, escuchando música en su computadora personal. Me miró y se retiró los audífonos de sus oídos.

—Hola —le sonreí, alisando mi falda para sentarme en una silla frente a ella.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió. Miró de nuevo su computadora y jugueteó con sus audífonos, evitando mi mirada. Luego de un momento, miró de nuevo hacia arriba y murmuró—: Supongo que fui una tonta.

—Tengo el doble de tu edad y soy el doble de tonta —le dije.

Alis me dedicó una sonrisa tímida. Apagó su computadora y se enderezó en el sofá, jugueteando ahora con su largo cabello rizado.

—¿Has arreglado tus diferencias con tu padre? —pregunté.

Ella hizo una pequeña mueca.

—El me dio un sermón. Yo me disculpé por mentirle. Él se disculpó por no comprender cómo me sentía, por no apreciar que ya no era una niña pequeña.

—Eres su única hija; siempre serás su niña pequeña.

Alis me miró por primera vez en la noche.

—Creo que tienes razón.

Nos quedamos en silencio. Alan llegó a la habitación y luego se devolvió a la cocina. Mas tarde, volvió con una botella de vino blanco, que dejó a mi lado. La calidez que Alan y Alis habían compartido se había enfriado, lo que era entendible. Ambos estaban heridos y, como yo ya sabía, recuperarse de una herida tomaba tiempo.

—¿Volviste a saber algo de Mickey? —pregunté para romper el silencio.
Alis negó con su cabeza.

—No quiero verlo nunca más —dijo, mirando hacia su regazo. Noté que quería hablar, desahogarse, que estaba buscando las palabras adecuadas—. No tuvimos sexo. íbamos a hacerlo. Yo quería hacerlo. Pensé que lo amaba.

—Encontrarás a alguien sincero a quien amar. Eres muy bonita, Alis; no te faltarán ofertas.

Ella me miró con sorpresa real en su rostro y pude reconocer algo familiar; el espíritu de alguien que no apreciaba lo que realmente valía. Era aparente que nos habíamos entendido mal hasta el momento. Yo no era el ogro violento que Alis había imaginado y ella no era la muchacha despreocupada que yo pensaba. La muerte de su madre la había afectado emocionalmente y estaba vulnerable, aunque lo escondía bastante bien.

—Gracias —dijo con una sonrisa y los ojos brillantes.

Alan volvió a la sala. Llevaba un delantal de plástico sobre los jeans y un sueter de lana. *Un hombre de casa; me gusta como suena eso.*

Alis miró a su padre. Se levantó del sofá con su estilo suave y lánguido y se dirigió a la puerta de la sala.

—Supongo que ustedes dos quieren hablar —dijo.

—La cena estará en quince minutos —anunció Alan

—Está bien —dijo Alis. Se quedó un momento donde estaba—. Sam... lamento todo lo que dije sobre ti. Creo que estoy pasando por un mal momento. Supongo que estaba celosa. Pensaba que querías apartar a mi padre de mí...

Me levanté, me dirigí hacia ella y nos abrazamos. Alis logró soltar las lágrimas que se había guardado por tanto tiempo y sentí como humedecían el hombro de mi blusa.

Después de un largo rato, Alis se soltó, limpiándose las mejillas con los dedos.

—¿Estás bien? —pregunté y ella asintió. Había llorado todo pero aun había mucha felicidad dentro de ella como para producir un arcoíris.

Alis se retiró a su habitación para refrescarse, mientras su padre la miraba con preocupación y cariño paternal.

Alan, que tenía una copa de vino en la mano, me siguió a la sala.

—Gracias por ayudar, Sam —dijo, bebiendo su vino.

—Has sido muy bueno conmigo, te lo debía —dije, encogiéndome de hombros. Entonces, sentí ansiedad y pensé que me rechazaría—. ¿Qué sientes

por mí? —pregunté, con un nudo en la garganta, a pesar del vino.

—Te amo. Nada ha cambiado en ese aspecto.

—Cuando todo haya pasado y Alis se sienta mejor, ¿crees que podamos ir a la cabaña?

Alan sonrió y pude ver una felicidad escondida en él.

—¿Quieres pasar un fin de semana conmigo?

—Supongo que sí.

—Has cruzado el puente.

—Supongo que lo hice.

—¿Cómo? ¿Cuándo? Cuéntame. Alan me tomó de la mano y nos sentamos juntos en el sofá.

—En mi oficina, cuando te conté lo de Vincent Vanzetti y mis miedos con Alis. Pensé que ibas a perder los estribos conmigo. Pensé que ibas a golpearme porque yo había puesto a Alis en peligro. Pero estabas calmado; durante todo lo que pasó, estuviste controlado. Cuando nos conocimos por primera vez, me sentí atraída hacia ti, pero temía que me lastimaras. Creo que ese miedo se ha disipado. He cruzado el puente. ¿Aún quieres llevarme al paraíso?

Nos abrazamos y nos besamos apasionadamente. Seguíamos besándonos cuando el timbre del horno de Alan nos avisó que la cena estaba lista.

Más tarde, durante la cena, me di cuenta de que Alan no había respondido mi pregunta. Sin embargo, cuando Alis se hubo retirado a su habitación, pasamos más tiempo juntos en el sofá. Y supongo que los hechos hablan más que las palabras.

Enlaces Web

Para más detalles sobre Hannah Howe y sus libros, visita <https://hannah-howe.com>

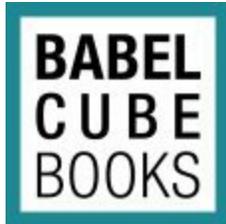


Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

